

# RAÚL, AMIGO...

EDICIONES COPYGRAPH



# RAUL, AMIGO...

(59169



Foto de portada: Martín Hombauer

Portada e Interiores: Claudio Sapag

Producción periodística: Jimena Zúñiga

Dirección editorial: Reinaldo Sapag

Primera edición 8.000 ejemplares

Inscripción nº 101.325/1997

Con las debidas licencias

I.S.B.N. 956-7119-11-2

© Raúl, Amigo...

© Ediciones Copygraph  
Rafael Cañas 270 Providencia  
Fono: 235-2616 Fax: 235-9720  
Santiago, Chile

Impresor: Salesianos S.A.  
Bulnes 19, Santiago de Chile

Se terminó de imprimir el 27 de septiembre de 1997

## **Presentación de S.E. el Presidente de la República, don Eduardo Frei Ruiz-Tagle**

Honrosa misión prologar este libro sobre el Cardenal Raúl Silva Henríquez, hombre visionario y multifacético, personalidad trascendente que marcó a la Iglesia chilena post-conciliar, pastor comprometido con la suerte de Chile y de sus pobres.

En su labor pastoral nos topamos cara a cara con el amor y el impacto de la solidaridad; una solidaridad no abstracta, sino concreta y ligada a la experiencia de respeto a los derechos de cada persona, de cada hombre y mujer, de cada niño.

Su perseverante afán por el respeto evangélico que a cada ser humano le es debido, especialmente a los más pobres e indefensos, tuvo también contratiempos y dificultades.

Sin embargo, éstos no lograron impedir su desbordante generosidad y su inagotable energía y valentía en la búsqueda de la justicia. Su defensa de la justicia social en los sesenta, la fundación del Comité Pro Paz y, posteriormente, de la Vicaría de la Solidaridad, en los difíciles años en que el autoritarismo conculcaba los más elementales derechos humanos, son ejemplos vivos y concretos de este amor, de este cimiento que necesitaba establecerse con solidez en nuestra patria. Dentro de este contexto histórico, el Cardenal fue un exponente y un ardiente defensor de la "cultura de la vida". Buscó afanosamente para Chile paz y reconciliación. Libertad y tolerancia. Soñó con un país unido, con una comunidad de hombres y mujeres viviendo en armonía.

Fiel al Evangelio, el Cardenal mantuvo la integridad moral de Chile, ayudando a que la Iglesia Católica se constituyera en defensora de los pobres y los perseguidos.

Salvador de vidas, su orientación profundamente humanista y cristiana provocó no pocas iras y presiones. En la huella de Jesucristo, fue criticado y juzgado como si sus posiciones fueran extremistas y violentas, pero su prudencia y valentía no le permitieron detenerse. Su aporte al desarrollo moral de la patria, indudablemente, sobrepasa cualquier ámbito y cualquier investidura.

Las páginas de nuestra historia escritas por el Cardenal Raúl Silva Henríquez nos llenan de orgullo. Su incansable compromiso con los que sufren; su acción por que todos nos podamos reconocer como hermanos y como hijos de una misma Patria, quedarán como un testimonio imborrable de los grandes hombres en los momentos difíciles.

La acción pastoral del Cardenal Silva Henríquez queda graficada en sus propias palabras:

*“El maestro ya nos ha respondido. Le hemos preguntado cómo debe constituirse un nuevo orden social, y él nos ha dicho: el amor.*

*El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos”.*

Honrarlo consiste en perseverar en la construcción de una sociedad justa, libre y equitativa.

EDUARDO FREI RUIZ TAGLE

Presidente de la República.

## A la altura de los niños

Alicia Acuña L.

*Alicia, esposa de Ramón Cerda, la "Mami" de Punta de Tralca. Don Raúl se preocupaba de cada detalle de la vida de estos pequeños y de quienes están a su cargo. Por eso las oraciones de don Raúl contribuyeron a que Alicia tuviese un hijo, cuando los médicos habían descartado esa posibilidad.*

Conocer al señor Cardenal Raúl Silva ha sido un acontecimiento realmente importante y significativo en mi vida.

Durante mis años de estudiante de la carrera de Trabajo Social en la Universidad Católica (1973 a 1978), la figura del señor Cardenal se convirtió para mí en un líder espiritual, a quien admiraba por su fuerza y valentía en la defensa de los derechos humanos.

En 1986 mi esposo concurrió al llamado que la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca hizo para elegir Director y para gran alegría de ambos, fue seleccionado. Así, se convirtió en el "Papi" de muchos niños que tenían su hogar en esta Aldea, fundada en 1978 por quien cariñosamente es llamado en este lugar como "Tío Cardenal".

En esos primeros días yo no podía imaginar que me esperaba la hermosa oportunidad de conocer, y tan de cerca, a ese importante personaje de la vida nacional e internacional.

Sabía que se trataba de un hombre intelectualmente brillante, de gran fuerza espiritual, que amaba la verdad y que decía la suya sin temor. Lo admiraba por eso y por su capacidad de realización de obras concretas

importantes y de enorme beneficio para la gente más humilde. Pero le temía a su carácter. Me asustaba la idea de estar frente a él, tener que hablarle y no estar a su altura. Me habían hablado de su franqueza y de su incapacidad de endulzar sus expresiones, especialmente cuando algo no le parecía bien.

Sin embargo, me fui dando cuenta de que no había que temer. Él era capaz de ponerse incluso a la altura de los niños, a quienes dedicaba sus prédicas de la misa dominical y llevaba dulces para motivar la confesión. Esto no significa que el Tío Cardenal sea un especie de “abuelito chocho”, él mantiene su estilo más bien adusto en la forma, pero su corazón es tierno y acogedor.

Su presencia en la Aldea cada fin de semana, lograba infundir una especial mística a toda la comunidad, y a mí me hizo sentir partícipe de la “gran misión” de velar por el bienestar y la afectividad de los niños que, careciendo del calor de su propia familia, debían encontrar en nosotros un óptimo sustituto.

“**La caridad de Cristo nos urge**”, es el lema que eligió, y lo ha hecho una realidad en cada acto de su vida. Esa caridad que significa mucho más que limosna, que refleja de la mejor manera el verdadero amor **al prójimo**, que procura crear condiciones para la promoción del ser humano, sin distinciones de posturas políticas o credos religiosos. Para él, el hombre es uno solo y merece el amor del Padre y, por lo tanto, el suyo y el de todos.

Hace cuatro años que por su delicada salud, no puede visitar la Aldea. ¡Cómo extraño su presencia física, su conversación, su fuerza espiritual!. Sin embargo, sé que él siempre velará por su querida **Aldea S.O.S. de Punta de Tralca**.



## Al Cardenal Raúl Silva Henríquez

José Aguilera B.

*Comunes esfuerzos para dignificar al hombre de trabajo, hicieron posible que entre Pepe y el señor Cardenal se forjara una identidad de intereses y acciones. Para don Raúl siempre Pepe será un hombre confiable y un amigo incondicional.*

**E**scribir algunas palabras sobre el Cardenal Raúl Silva Henríquez, al cumplir sus 90 años es para mí un desafío y un homenaje, como uno sus colaboradores.

Desafío porque significa decir algo sobre uno de los más grandes hombres de la historia de la Iglesia y de Chile. Homenaje que se suma a muchos que cariñosamente durante toda mi vida me ha brindado al señor Cardenal con su confianza y su amistad de Pastor.

Además, ¡qué tarea más difícil! No porque no tenga nada que decir, sino porque hay tanto que decir y quizás no podré escribir algo relevante.

Hace 36 años tuve ocasión de estar presente en una de las primeras reuniones, en la que don Raúl era invitado como nuevo Pastor.

Población Valledor Sur, Parroquia San José Obrero, domingo en la tarde, éramos más de 80 obreros sentados casi en el suelo, en una población naciente.

“La Iglesia quiere estar cerca de ustedes -nos dijo- y estos sacerdotes están a vuestro servicio. Ustedes son dignos, son hijos de Dios, deben unirse para luchar en forma organizada para que tengan un hogar más digno en donde vivir con su familia”.

Allí empecé a conocerlo, pues me integró, a sugerencia de su Obispo Auxiliar, como parte de su Consejo Pastoral que se reunía en su casa de la calle Lota. Cada vez que llegué y estaba solo, lo encontré con un rosario en la mano, reuniéndose con nuestra Madre la Virgen.

Cuando fue Presidente de la Confederación Episcopal, creó con algunas grandes figuras sacerdotales y algunos laicos, la oficina Técnica de Planeamiento (O.T.P.) para que se fuera viendo cómo pastoralmente se unía Iglesia y Mundo. Fui nombrado por él como parte de la O.T.P., porque un referente de los trabajadores debía estar allí.

Hace algunos años, estábamos invitados a tomar té a su casa, con algunos de los dirigentes sindicales más representativos de éste país. “Se acaba de saber el nombre de mi sucesor”, nos comunicó y escuchamos la frase visionaria que muchas veces nos recordó:

“La fortaleza de los trabajadores es su solidaridad y sus organizaciones, acojan a mi sucesor con el mismo afecto, que a mí me han manifestado. Que Dios los acompañe siempre”.

La bendición de Dios, quizás más permanente que nunca entregó a los que allí estábamos -hombres simples, trabajadores- al igual que hace 36 años.

La primera reunión con trabajadores hace años y esta última, cuando nombraron a su sucesor, nos mostraron el camino. “Ustedes son dignos, son capaces, son imagen y semejanza de Dios”.

El camino de la dignidad, pasa por terminar con la oscuridad de no saber leer. Pasa, por revitalizar facultades del hombre un poco dormidas. Volvamos a leer y escribir. Volvamos a enseñar a un hermano, para que sea digno y se sienta digno.

Y nos mostró el camino en la Campaña Nacional de Alfabetización (1962). Y dándole sentido a un grupo de políticos y empresarios a su tarea por un Chile libre. ¡Cuánta gente de “poder” conocimos los dos trabajadores (un hombre y una mujer) que fuimos nombrados por él, en el equipo responsable de esa campaña!

Jesús, qué cerca estás de nosotros y no te conocíamos en el vecino, en el hermano, en el amigo. Llevamos adelante un equipo de laicos y sacerdotes, una tarea casi imposible, pero que Él animaba e impulsaba.

Miles de reuniones en grupos familiares para escuchar por radio, el Mensaje de Jesús, conocerlo, profundizarlo. Cada cuadra, cada manzana fue removida por la Misión General. Encontramos un camino para evange-

lizar desde la vida misma.

“Iglesia de Santiago ¿Qué dices de ti misma?” En 1967 esta fue su gran pregunta después del Concilio.

Campesinos, intelectuales, empresarios, obreros, dueñas de casa, jóvenes y adultos, hombres y mujeres junto a su Pastor. Reunidos en el gran Sínodo de la Iglesia de Santiago.

“Iglesia ¿qué dices de ti misma?”

¿Qué dicen ustedes cristianos, qué vamos a hacer en esa Iglesia nuestra, y en esta Patria nuestra? ¿Qué vamos a aportar, cuál es nuestra originalidad?

El Pastor mostraba el camino para ser Iglesia.

La Iglesia predica y vive el amor. Eso no sólo en palabras:

“Los bienes de la Iglesia son de todos los hombres, especialmente de ustedes campesinos, los que menos tienen. Porque la Paz sólo se construye con la justicia social, ustedes son responsables de ésta semilla”.

“Cada persona es un hermano”. Esta frase esencialmente evangélica fue el corazón de la defensa y el desarrollo de los derechos humanos. Y creó junto con otras Iglesias el Comité por la Paz y posteriormente la Vicaría de la Solidaridad (1973), (1975).

Y nos muestra caminos cuando parece que no hay caminos.

Algunos no lo entienden y sufre; pero siempre está su rosario, la lectura de la Biblia y el agradecimiento de muchos que sufrían.

Cuando algunos trabajadores, saliendo de su egoísmo, se unen con otros en una organización para que su dignidad de hombres no sea pisoteada; hay rasgos del Reino de Dios que se construye. Hay que revelar desde allí quién es Jesús. Cuál es su Mensaje. Hay que promover y defender los derechos de los trabajadores y sus familias.

Y, sólo para remarcar algunos gestos especiales de cariño inmenso para conmigo y mi familia.

20 de octubre de 1980 un hijo es chocado en su moto y queda al borde de la muerte, día 21 a las 17:00 horas volviendo a casa lleno de pena y confuso. Sentado en un sillón el Cardenal Raúl Silva Henríquez para acompañarnos en nuestra pena y darnos esperanzas: “Confíen en Dios, Él los ayudará”.

Nuestro hijo Juan José, un vegetal sin vida casi durante seis meses sin poder operarlo del cerebro, porque se moría, despertó y con sólo pequeñas

secuelas vive y juntos agradecemos a Dios y a don Raúl por su visita inolvidable.

12 de mayo de 1976 soldados con metralleta rodean mi casa y frente a mis hijos, me detienen y me llevan a 4 Alamos.

Don Raúl suspende una reunión con un ministro de ese tiempo porque un colaborador está acusado injustamente.

Una de las más altas autoridades de este país ordena mi libertad y cuando visito al señor Cardenal para agradecerle, me dice: "Dios te quiere, la verdad se impondrá siempre".

Hoy día cuando lo visito, me toca la cabeza, me hace una cruz y me da su bendición y dice: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y Paz a los hombres de Buena Voluntad». Mi fe en Dios y en el ser humano se agranda infinitamente.

...Así podría seguir horas y horas.

Don Raúl nos abrió el Camino, camino que nos lleva a Jesús de Nazareth a través del hermano.

¡Felicidades y gracias al cumplir 90 años!

---

**El Cardenal Raúl Silva Henríquez,  
educador salesiano  
Padre Augusto Aliaga R.**

*El Padre Augusto le debe su vocación sacerdotal salesiana, en buena medida, a don Raúl, a quien quiere y respeta profundamente. Hoy ambos están juntos; el Padre Augusto dirige la Casa de Salud Salesiana donde el señor Cardenal recibe las cariñosas atenciones del que fuera su discípulo.*

La figura paterna y bondadosa, que al mismo tiempo infundía un gran respeto, del entonces Padre Raúl Silva, ha quedado grabada en los recuerdos de todos los que lo tuvimos como profesor de Religión y Director del Liceo Manuel Arriarán Barros.

Es interesante que el impacto que recibimos de él todos los compañeros de curso, significó el mantenernos unidos a su persona a través de los años y cada cierto tiempo reunirnos con él.

La razón profunda, a juicio de todos, es que la personalidad del Padre Raúl Silva nos conquistó y la irradiación de su espiritualidad marcó nuestra vida con la figura de ese Jesucristo tan atrayente que él nos presentó en sus clases y sermones. Cuando nos hablaba de Cristo las frases se hacían fluidas, su voz tomaba un acento profético, de gran emotividad, lo que nos impactaba enormemente.

A partir de esa, mi experiencia de alumno he sistematizado mis recuerdos, complementándolos con los de otros compañeros de curso, y es

lo que aquí presento como parte de mi testimonio del Cardenal Raúl Silva como educador:

**Un Conocedor profundo de las personas:** Una de las cualidades sobresalientes, que admirábamos en el Padre Director del Colegio, era su capacidad de interiorizarse del joven y conocerlo tal cual era. Al conversar con algún compañero, al encontrarlo en su camino o al interrogarlo en clase, sus ojos se detenían un instante en su interlocutor, la mirada se hacía profunda y era evidente que se había formado un juicio cabal de ese joven. Como consecuencia de esta capacidad de plasmarse de cada joven, existía en el Colegio atmósfera en que cada cual sentía que el Padre Director conocía sus defectos y cualidades.

Este don de conocimiento del ser humano, unido a su comprensión y franqueza nos hacía tenerle un gran respeto y acudir a conversar con él, en la plena seguridad que nos sentiríamos bien acogidos e iluminados, con alguien que nos conocía y, por lo mismo, nos comprendía.

Admirábamos su don de gentes, su capacidad organizativa, su claridad para exponernos las problemáticas más difíciles. En su mirada penetrante había destellos de un fuego interior, tras el cual nos hablaba Cristo. Lo respetábamos porque lo queríamos, como alguien muy cerca de nuestra realidad juvenil.

**Su actitud de respeto hacia el niño:** En todas sus determinaciones afloraba un gran respeto por los niños. Esta actitud lo llevaba a no imponer nada contra la voluntad de ellos. En los recuerdos que conservan quienes lo conocieron como Director en otros Colegios Salesianos, se repite esta actitud de respeto. Ella era expresión de confianza plena en el niño, en su potencialidad, en decirle con los hechos: tú eres capaz.

He conversado con un amigo, al que su padre quería, contra su voluntad, internarlo en el Patrocinio de San José. El Director, que era el Cardenal, pidió conversar primero con el niño. Fueron a dar una vuelta, durante la cual preguntó al joven que es lo que quería. Luego de comprender que había una rebeldía total de parte del joven ante la imposición del padre, le dijo que estuviera tranquilo. De regreso informó al papá que no había vacantes en el curso en que quería matricular a su hijo. Hasta hoy esa persona admira el respeto con que lo trató el Cardenal.

**Exigente, pero paternal.** Sin dejar de ser severo y exigente se demostraba con cada uno de nosotros bondadoso y paternal. Nuestro

recuerdo del Cardenal, como educador nuestro, nos indujo a relacionar la imagen de Dios con su actitud paterna, que manifestaba siempre una bondad amable y acogedora.

En esa actitud él nos hacía partícipes de un principio pedagógico fundamental: conquistar al niño, a través de actitudes amables y hacerlo vivir en el colegio una experiencia bondadosa de Dios, a través de un clima que traducía el “espíritu de familia”.

Conocedor de la realidad chilena, el Padre Silva percibía, en la gran mayoría de nosotros, la necesidad de cariño y afecto. Descubría que la imagen de Dios para muchos era la de un juez castigador, fruto de la religiosidad vivida en el hogar. Por eso, a través de su modo comprensivo de tratarnos nos ayudó a redescubrir en Dios a un Padre, que por amor nos ha creado y por amor nos ha dado a Jesucristo como amigo y hermano.

Recuerdo que al morir mi hermano Domingo, mi mamá fue a hablar con él, ya que debido a los muchos gastos que había significado su enfermedad y su muerte, no podía pagar mi mensualidad del Colegio. Se produjo una escena que llevo grabada: al concluir ella de exponerle la petición, en que le hizo presente el gasto por mis hermanos que estaban en el Seminario de Macul, el Padre Raúl le dio un beso en la frente a ella y a mí. Me emocionó ese gesto de padre, que a la vez era un reconocimiento a todo lo mucho que mi mamá había trabajado y sufrido. Era un estímulo de aliento para que continuara cumpliendo su rol de madre. Luego, él mismo conmovido le dijo que no se preocupara, porque don Bosco se haría cargo de mí. Desde ese día yo quedé libre del pago de la mensualidad en el Liceo Arriarán Barros.

**Dirección Espiritual.** Era nuestro confesor querido. Nuestra predilección de confesarnos con él nacía de constatar que era acogedor y siempre estaba animándonos. A través de los encuentros, en el confesionario nos sentíamos guiados espiritualmente en forma seria y profunda.

Sabíamos los tiempos en que él estaba atendiendo en el confesionario. Desde luego, todas las tardes de los sábados se ubicaba en la Capilla. Allá acudíamos, porque sabíamos que muchas incertidumbres, y vacíos recibían su iluminación y respuesta.

Como guía espiritual unía a su gran carisma, su fuerza interior con un gran respeto por el joven. Al invitarme para ir al Seminario Salesiano (Macul) sentí que me dejaba libre para discernir. Me lo dijo a principios de

año. Luego, nunca más me habló sobre el tema. Sólo al final de año me preguntó cual era mi decisión. Al responderle que había optado por hacerme salesiano, guardé en mi interior que el referente que me guiaba para tomar esa decisión era el testimonio que él me había dado como educador, al estilo de Cristo y con la alegría juvenil de don Bosco.



---

## Tenemos que hacer cosas grandes

Padre Carlos Alonso D.

*La jovialidad del Padre Carlos y su espíritu alegre y juvenil conquistaron al señor Cardenal. Carlos lo quiere y lo admira enormemente; atento en hacerle la vida grata, allanando todas las dificultades que se presenten. Entre ambos se produjo una sintonía de vida, objetivos y cariños que se mantiene incólume a pesar de los embates del tiempo y la salud.*

**E**n cierta oportunidad, hace muchos años, al finalizar un Simposio Eclesial de la Congregación Salesiana se le escuchó decir al Padre Silva Henríquez: “Cosas grandes, tenemos que hacer cosas grandes”. Se me vinieron a la memoria los hermosos y grandes sueños del Santo Patrono, don Juan Bosco, los que posteriormente se convertirían en lindas realidades.

Sin lugar a dudas que el señor Cardenal tenía conciencia que disponía de grandes dotes, recibidas del Señor, para desarrollar en su vida sacerdotal “cosas grandes”. Con su corazón magnánimo, una inteligencia aguda y con gran audacia en su accionar, apuntaba alto, apuntaba a Dios: no se satisfacía con lo mediocre, buscaba un modelo original que apoyado en la organización y la técnica fuera capaz de servir en mejor forma a los pobres. Buscó un modelo que fuera moderno, dinámico, popular y genuinamente de Dios. Tenía que encontrar en que inspirarse para el desarrollo de este modelo tan especial y lo encuentra en San Juan Bosco, el amigo de la juventud, de los niños y del pueblo. A través de este modelo es que pudo llevar a cabo su sacerdocio mediante una Santidad activa, en continua unión con su Dios

para así entregarle a su Congregación, a su Iglesia y a su Patria, el hermoso testimonio de haber hecho “cosas grandes”.

¡Cuántas “cosas grandes” desarrolladas en su fructífera vida sacerdotal!

Quisiera recordar tan sólo una de ellas: la defensa de los perseguidos por el régimen militar. El pueblo sufría. El señor Cardenal inspirado en la parábola del buen samaritano, fomenta la creación del Comité Pro Paz para ir en apoyo de ellos. Posteriormente crea la Vicaría de la Solidaridad la cual también recibe los embates de la Junta de Gobierno que intentaba impedir este trabajo de tan hondo contenido humano. Entonces surge con fuerza la palabra de don Raúl dicha directamente a la Junta Militar: “La Iglesia va a defender esto. No voy a terminar con la Vicaría, no la voy a cerrar y si ustedes tratan de hacerlo, yo les aseguro que voy a poner a los perseguidos y refugiados debajo de mi propia cama si fuera necesario”.

Y así, la Vicaría pudo seguir realizando su tarea humanitaria en defensa de los derechos del hombre. El señor Cardenal al recordar esos días me diría: “El gobierno me respetó porque era Jefe de la Iglesia, porque era Cardenal”. Y agregó, “si el día de mañana tuviera que hacer una nueva Vicaría para defenderlos a ellos, también la haría”.

Pero también quiero retroceder en el tiempo. Poco después de llegar de España, a finales de febrero de 1954, visitamos al Padre Director del Teologado, don Raúl Silva Henríquez. Pude comprobar que allí se había hecho una “cosa grande”. El Padre Raúl de aquel entonces me miró fijamente, era una mirada franca. Con un fuerte abrazo fraterno y la prueba de su acción, yo internamente repetía “cosas grandes”, tenemos que hacer “cosas grandes”.

Nunca pensé, en esos momentos, lo que ese hombre significaría para mí y para mi vida: ha sido un verdadero padre, mi maestro, mi confidente, mi compañero de viajes, mi hermano, mi sacerdote, mi amigo...

---

## **Señaló un camino de solidaridad, dignidad y vida en la empresa**

**Jorge Anwandter P.**

*En Jorge impresiona su incansable testimonio y acción de vida en torno a la justicia y los trabajadores. Este espíritu es el que lo une con el pensamiento de don Raúl; así nació una amistad y un aprecio de sólidas raíces.*

**E**l Cardenal entró en mi vida en 1968, a raíz de mi participación como uno de los organizadores de una gran peregrinación nacional al Santuario de Maipú.

Yo lo conocía de referencias por su gran labor pastoral realizada hasta esa fecha, pero principalmente porque fue uno de los promotores de la rehabilitación del Padre José Kentenich, fundador del Movimiento de Schoenstatt, y porque en octubre de 1965, junto a mi hermano sacerdote, Humberto, había recibido en Roma, al Padre Kentenich, y le brindó acogida en un convento salesiano, después de 14 años de exilio en Milwaukee, USA y de una separación dolorosa de su obra, por decisión del Santo Oficio. Los schoenstattianos de corazón, nunca podremos olvidar la acción de nuestro Pastor.

En 1974, impactó definitivamente en mi quehacer profesional y empresarial al designarme Vicepresidente de la Comisión Organizadora del Año Santo Chileno. Así tuve el privilegio de estar muy cercano a él y de conocer su carismática personalidad.

Fue un año que se inició con la carta pastoral "CHILE, PAIS DE HERMANOS", en la cual el Episcopado nacional realizaba una vigorosa

defensa de los derechos humanos que estaban siendo atropellados en el país, y hacía un fervoroso llamado a la reconciliación y a la paz.

El gobierno militar trató infructuosamente de impedir la impresión y circulación de éste trascendental documento y el Cardenal demostró su temple y coraje para desafiar a las autoridades y respaldar personalmente a sus colaboradores, en momentos en que nos querían hacer creer que existía un Estado de Guerra, que el enemigo eran hermanos nuestros, y que quienes aparecíamos como partidarios de la paz, éramos traidores a la Patria, entre ellos por supuesto nuestro Pastor.

En esas circunstancias pude admirar en don Raúl, su serenidad y su intransable voluntad de defender la dignidad y vida de quienes eran atropellados en sus derechos fundamentales.

Me hizo recordar al Padre Kentenich, quien desde el primer momento se opuso al régimen nazi de Hitler, y tuvo que pagar un alto precio por su actitud: sobrevivir a tres años de prisión en el campo de concentración de Dachau, Alemania.

En definitiva fue en el mundo de la empresa, donde se consolidó mi admiración y amistad con don Raúl, el Cardenal de los trabajadores, como lo llamaban.

El había creado diversas organizaciones de apoyo solidario a los cesantes, cooperativas y empresas autogestionadas, que eran víctimas del sistema económico imperante, considerado el “milagro chileno” y que colapsó en la crisis de 1982.

Tuve la oportunidad desde esa época, de participar en la gestión de una empresa de trabajadores y en algunas organizaciones de apoyo al sector de economía social.

El Cardenal fue designado por los trabajadores de nuestra empresa como “Presidente Honorario” y en el cargo de Vicepresidente fue nombrado don Clotario Blest, el gran líder sindical chileno ya fallecido.

En la etapa dura y difícil, en que luchamos por la supervivencia, contamos siempre con su palabra oportuna de aliento y con su presencia en los actos más significativos de nuestra vida laboral.

Él nos señaló un CAMINO DE SOLIDARIDAD, DIGNIDAD Y VIDA, en el mundo de la empresa.

Nos motivó para aplicar la Doctrina Social, y nos impulsó a luchar por un desarrollo con justicia y equidad, en libertad y democracia.

---

Expresó que: “La Iglesia que represento, es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero. Así nació y así la queremos ver siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y está entre los humildes”; y por eso su llamado a “aquellos creyentes que cumplen un rol empresarial para que urgidos por la justicia y el amor desarrollen al máximo su generosidad, su imaginación, y comprendan el deber que tienen de realizar una verdadera reforma de la empresa”, se trata de “que los hombres, y particularmente los trabajadores puedan asumir su rol de sujetos y no de objetos de la Historia, que puedan elegir y decidir su destino, en lugar de recibirlo, pasiva y silenciosamente de otros”.

En la CEPAL, 13 años después, S.S. Juan Pablo II, en su histórico llamado a construir una economía solidaria, porque “los pobres no pueden esperar”, se dirigía a los empresarios, constructores de la sociedad en términos similares a los de nuestro Cardenal.

Mucho se podría hablar de quién fue y es el Cardenal para millones de chilenos, un hombre que no se limitó a ser testigo de una época difícil de la historia de Chile, sino que fue un actor de primera magnitud en la defensa de los derechos humanos de miles de nuestros compatriotas.

Ha sido un hombre que en momentos de flaqueza en nuestra lucha por construir un nuevo orden social más justo y más humano, nos ha transmitido su fuerza y su confianza, para impulsarnos a seguir siendo portadores de la Buena Nueva, y a soñar que más temprano que tarde, nuestras utopías se harán realidad.

Quisiera terminar este testimonio personal, en una forma similar al testimonio que el Cardenal nos entregó del Fundador de Schoenstatt....  
“He creído encontrar en mi vida a un auténtico hombre de Dios...”

## **El encanto del púrpura**

**Eliana Araneda de Palet**

*Junto a su esposo Enrique, se acercaron a don Raúl y aprendieron a conocerlo. Con él vivieron jornadas de dificultades y alegrías.*

**D**on Raúl. Una persona entrañable. Un personaje multifacético cuya figura pasará, seguramente, a la historia de nuestro país y de nuestra Iglesia. Y se perpetuará, sobre todo, en el recuerdo de la gente más sufriente de nuestro pueblo.

Lo conocí de cerca a través de su amistad con Enrique, mi marido, y de variados encuentros personales con él. Supe de su amor y preocupación por sus hermanos y hermanas más postergados y vulnerables de la sociedad, de su gran capacidad conductora, de su espíritu visionario. Supe de su fina sensibilidad que se traducía, con frecuencia, en una voz quebrada y en unos ojos humedecidos cuando hablaba de alguna situación de injusticia o de dolor, y de ese constante querer rodearse de amigos alrededor de su mesa en fines de semana. Le gustaba conversar a don Raúl, intercambiar opiniones, hacer recuerdos, inquirir detalles de la situación política y social de su país. En esas circunstancias se le veía animoso y cómodo, disfrutando de la compañía de sus amigos.

No creo que haya disfrutado igual, sin embargo, con la cercanía de las señoras de sus amigos. Una natural timidez, sumada a su educación salesiana, lo hacían más bien reservado y distante con nosotras.

Recuerdo la primera ocasión en que nos invitó a Enrique y a mí a cenar a su casa. Yo era la única mujer entre los demás comensales y, en honor a la verdad, no me sentí del todo cómoda ante su presencia. Aparte de las

buenas maneras que todo señor tiene con una dama en la mesa, parecía no interesarse por lo que pudiera decir u opinar. Sin embargo, debo confesar haberme entretenido mucho por la variedad de tópicos que en esa oportunidad se trataron y la amenidad de los contertulios.

En otra ocasión en que fui invitada, supe que también concurría Sergio Molina y Pauline, su señora. Ella que como yo, tenía también las mismas aprehensiones, me animó a ir, asegurándome que al estar juntas sería todo distinto. Y así fue. Recuerdo que en un momento de la conversación don Raúl evocó su nombramiento como Cardenal y de los atuendos propios que todo príncipe de la Iglesia usaba en esas ocasiones y en esos tiempos: capa de armiño, zapatos especialmente hechos a mano en un taller artesanal de Roma, medias, etc.

“Mi capa no fue de armiño sino hecha de unos pobres conejitos blancos chilenos, no más”, dijo don Raúl. “Igual de bonita se veía”, agregó con esa sonrisa socarrona tan característica suya.

Como de vestimentas se tratara y como Pauline y yo nos interesáramos mucho en el tema y los detalles de las vestiduras, repentinamente don Raúl se levantó de su asiento y salió del salón para volver en cosa de minutos con los zapatos y los calcetines que había usado en aquellas primeras reuniones con el Santo Padre, nombrado ya Cardenal. “La capa la tengo tan guardada que tomaría tiempo sacarla del lugar donde está”, nos dijo mientras nos enseñaba ambas prendas. Eran unos preciosos zapatos de fino cuero negro, ribeteados de color púrpura y unos calcetines hasta la rodilla del mismo tono del ribete de los zapatos. Lindos y finos.

Podría afirmar que en esos momentos nos dedicó toda su atención al dirigirse personalmente a nosotras dos con ese gesto de padre que muestra, con chochera, algo de lo cual está orgulloso, y que al mismo tiempo, quiere satisfacer la curiosidad de dos hijas, que de buenas ganas se hubieran guardado las medias color púrpura de recuerdo.

## **El alma de Punta de Tralca** **Hermana Magdalena Sofía Astorquiza**

*A cargo de la Casa de Ejercicios de Punta de Tralca, compartió con don Raúl esfuerzos y proyectos para hacer de ese lugar un escenario de ideas y voluntades para la construcción de un país y una sociedad sustentados en el amor al prójimo.*

**E**l gran deseo del Cardenal Raúl Silva Henríquez fue la Casa de Ejercicios de Punta de Tralca, lugar de espiritualidad de la Iglesia de Santiago, donde reina la presencia del Señor a través de retiros, conferencias, vida de oración, trabajo y recreación. Luego, la Aldea S.O.S., donde niños abandonados encuentran un hogar, formación y amor.

Cada semana -cuando sus trabajos pastorales no se lo impedían- llegaba interesándose por todo: los grupos que estaban, cómo progresaban los trabajos, las necesidades para el mejor mantenimiento; dando nuevas ideas y soluciones. Se sentía ser el alma de la Casa.

Visitaba la Aldea S.O.S. para ver a los niños, ellos corrían al encuentro de su "Tío Cardenal", y pedían confesarse. Él les llevaba dulces, "esto -decía- es muy necesario para los niños porque por un lado entra el caramelo y por el otro sale el pecado".

Con cuánto gusto recibía las visitas, mostrándoles la Casa, los progresos y viendo que se les atendiera en todo lo que necesitaran. Si venían con problemas, los veía y aconsejaba y ellos salían contentos.

Su recuerdo se conserva presente, latente en cientos de personas. No olvidan la misa de 12, los domingos se llenaba la Iglesia, su plática llegaba



---

al fondo de los corazones en especial la frase que siempre repetía: “Amaos los unos a los otros, como Dios os Ama”.

A la salida de la misa lo esperaban para saludarlo, pedirle su bendición y acompañarlo hasta su oficina... Su oficina, si ella pudiera hablar, cuántas cosas nos diría de sus conversaciones con ilustres personajes, obispos, sacerdotes, Presidentes de la República, señores, jóvenes y niños...

Las hermanas de la comunidad, quienes casi todas han estado estos 20 años aquí, no tienen más que alabar y agradecer su bondad. Cuando expresaba un deseo, lo hacía tan sutilmente, que daba alegría proporcionarlo. Rezaba con nosotras Laudes y la Santa Misa y a veces una palabra que nos enfervorizaba.

Gozaba con las flores y plantas del jardín, los pajaritos y peces; nada pasaba desapercibido para él. Gustaba de pasear por la playa y pescar.

Santa María de las Rosas, casa de oración en El Quisco, perteneciente al Episcopado, era otra preocupación que le gustaba ir a visitar, recorría sus jardines con flores y frutas. Un verano pasó unas semanas allá, pero prefería volver a Punta de Tralca, aquí, decía, era su mejor descanso.

Quiera el Señor que su recuerdo permanezca siempre; es un ejemplo de sencilla y profunda santidad. Esto es lo que se oye continuamente y lo confirman quienes lo conocieron.

## **Mi casero, el Cardenal de Chile**

**Luis Alfonso Avendaño**

*“Pochito”, le decía con cariño el Cardenal, en sus frecuentes visitas al Mercado Central de Santiago para comprar pescados y mariscos. Después de conocerlo, don Raúl le manifestó su lealtad incondicional: nunca compró en otro local del Mercado.*

**A**l Mercado Central llega mucha gente, se ve de todo, pero que un Cardenal venga a comprar personalmente, lo encontré bastante curioso. Yo lo había visto antes, compraba al lado en una fiambrería, su figura era inconfundible. Un día, por allá en el año 1971, él apareció por el pasillo de las pescaderías, lo reconocí y le dije cuando pasaba frente a mi puesto: “¡Mi Cardenal, ¿en qué puedo servirle?!”. Noté que se alegró con el saludo y desde ese momento el Cardenal de Chile se convirtió en mi cliente, mi “casero”, como decimos en el Mercado.

Hace más de cuarenta años que trabajamos mi familia y yo en este lugar, somos “Los Pochos” y para todos es un honor y una gran satisfacción que don Raúl prefiriera nuestra atención. Sabíamos que los martes o jueves eran sus días de compra, entonces llegaba y me decía con voz fuerte: “¡Hola, Pochito!, ¿cómo está hombre?”, yo lo saludaba y todos nos esmerábamos en atenderlo lo mejor posible, porque ya sabíamos qué pescados y mariscos le gustaban: la corvina, el congrio y las machas, eran sus preferidos.

Así, con el tiempo, fue creciendo la admiración y el cariño que yo sentía por él. En realidad, para todos quienes trabajamos en el Mercado, verlo acá era muy grato, y todos “Los Pochos”, nos sentíamos orgullosos. Porque el

---

Cardenal siempre fue bien recibido, incluso después de 1973, en los años difíciles cuando mucha gente lo criticaba, nunca hubo un mal gesto hacia él, sino siempre un gran respeto. Recuerdo que en una oportunidad vino a comprar un vice almirante de la Armada y justo llegó el Cardenal, cuando se encontraron los dos, se saludaron con mucha cortesía.

Una bonita experiencia fue conocerlo y saber que con nuestro trabajo estábamos presentes en la mesa del Cardenal. Y él no se olvidaba de nosotros, lo demostraba cuando preguntaba por la familia y se interesaba en saber cómo estábamos; también, cuando de sus viajes nos traía regalos, todavía conservo -entre otras cosas- una medalla que me trajo de Roma.

Desde que dejó de venir lo echamos mucho menos, cuando su salud no le permitió salir como antes, venía su hermana a comprar para él o hacían el pedido por teléfono y yo mismo iba a dejarlo a su casa en calle Los Pescadores. Aunque igual seguíamos atendándolo, no era lo mismo. Extrañamos su saludo y sus gestos de cariño, que demostraban que era una gran persona y, al mismo tiempo, sencilla.

Con el Cardenal llegaron varios clientes amigos suyos y cada vez que los vemos preguntamos cómo está él, porque nos interesa saber si está bien y siempre deseamos lo mejor para el Cardenal, “nuestro casero”, porque se lo merece.

## Sus cariños Jorge Awad M.

*Cuando en la Universidad Católica muchas veces se requería una opinión en materias financieras o administrativas, don Raúl pedía la de Jorge, a quien le dio grandes muestras de confianza y aprecio.*

Su Eminencia, como me acostumbré a llamarlo, desde que tuve el privilegio de conocerlo en el año 1971, me brindó siempre, por sobre toda otra cualidad, su cariño.

Su tan distinguida y encantadora sencillez para expresarse con quienes tan insignificamente tratamos de colaborar en sus obras, resaltaré siempre para quien ha tenido la suerte de participar de su liderazgo.

En mi vida profesional, el paso por la Universidad Católica de Chile es una etapa que me ha marcado, debido a tantas personalidades cautivantes y queridas que conocí en esos cuatro años tan intensos, y en los que pude sentir toda la envergadura de la personalidad de Su Eminencia.

Dentro de este período tuve que desarrollar muchas tareas, todas muy reconfortantes por más difíciles que parecían, pues siempre pude contar con el apoyo y solidaridad de Su Eminencia.

Así me ha quedado marcado para siempre el mes de septiembre de 1974, no sólo porque es el de mi matrimonio, sino también porque a consecuencia de diferencias que se produjeron entre el Rector de la universidad de esa época con mi gestión como Vice Rector Económico, debí presentar mi renuncia al cargo. Fue en esa especial circunstancia cuando, una vez más, recibí todo el apoyo del Cardenal que con su gran sencillez y claridad de valores, me dijo: “Jorge, ha

llegado el momento de partir”.

Su Eminencia apreció la circunstancia desde su perspectiva de Gran Canciller de la Universidad y decidió suspender el ejercicio de sus funciones.

En ese momento sentí todo su cariño, compartimos la frustración de lo que quedó por realizar, junto al goce de la adhesión a valores tan nobles e intransables, que Su Eminencia siempre enseñó a cumplirlos con su ejemplo superior.

Desde esa fecha, septiembre de 1974, siempre he contado y disfrutado de sus cariños.

Son innumerables las ocasiones en que mi familia gozó con la hospitalidad y generosidad de Su Eminencia.

Cómo no recordar sus imprevistas llamadas telefónicas para invitarme a almorzar o comer a su casa para compartir toda su dedicación con invitados tan diversos, o simplemente solos para disfrutar de todo su ingenio y carácter que, aunque en ocasiones expansivo o en otras más parco, siempre tenía una especial preocupación para cada uno de sus invitados. Finalizada la comida, nos invitaba al bajativo con su humorada habitual de tomar un poquito de “agua de cebada”.

Siempre en cada punto de encuentro, en sus parroquias, colegios, universidades, su casa, u oficina y en los viajes al exterior, me impresionó el respeto y consideración de quien tenía al frente; independiente de toda condición, a todos respetaba y todos disfrutaban de sus cariños.

Testimonio de su bondad, es mi hija menor, que desde su nacimiento tuvo serios problemas de salud. Recuerdo su visita a mi casa cuando ella estaba recién nacida para brindarnos toda su fortaleza y esperanzas en un momento especialmente difícil, ánimo que siempre continuó reiterándonos.

Hoy cuando escribo, en julio de 1997, quiero decirle a Su Eminencia, ¡gracias por tantas vivencias tan enriquecedoras, pero sobre todo, gracias por haberme sentido desde 1971 su amigo, por disfrutar tratando de servirlo muy imperfectamente en sus múltiples obras, hasta el día de hoy, al participar en algunas de las muchas instituciones creadas por el tan querido, don Raúl!

## Desde la Vicaría de la Solidaridad

Andrés Aylwin A.

*La ineludible defensa de los derechos humanos, tanto por parte de Andrés como de don Raúl, implicó una identidad de valores y actitudes que los unió en el alma y en la acción.*

En aquellos meses posteriores al 11 de septiembre de 1973 la represión se dejó caer implacablemente contra millares de chilenos que se convirtieron en forma súbita en “enemigos” de su propia patria. Así, en virtud de supuestas “razones de Estado” se practicó la tortura, el asesinato político y la desaparición forzada de personas.

Apenas semanas después de desatarse la brutalidad, los que no tenían casa para compartir sus dolores encontraron casa; y los que carecían de voz aun para suplicar clemencia, encontraron una voz para solicitar justicia. Esa casa y esa voz fue el Comité de Cooperación para la Paz, después convertido en Vicaría de la Solidaridad.

El creador y alma de ambas instituciones fue Monseñor Raúl Silva Henríquez.

Lo recuerdo como si fuera hoy: al interior de los edificios que albergaban a estas instituciones se creó una hermosa solidaridad que, en todo caso, no era suficiente para disipar una dramática sensación de “ghetto”. ¡Allí estaban los “derrotados”, los marginados, los marcados por el crimen y la inseguridad!

Sin embargo, cuando Monseñor Silva Henríquez llegaba hasta allí, todo cambiaba: la oscuridad se transformaba en luz, la calidad de personas dignas de todos los perseguidos adquiría dimensiones desconocidas y la

---

voluntad de sobreponerse a la maldad y la crueldad brotaba de las propias debilidades humanas.

Monseñor Silva Henríquez no era efusivo pero irradiaba bondad, no exhortaba líricamente a la tranquilidad pero producía una enorme paz en su entorno.

Me cuento entre los que llegamos a la Vicaría como abogado, sin ser integrante de los “vencidos”. Nosotros, también encontramos allí hogar y hermandad, mientras una tremenda sombra de dudas y críticas se alzaba en contra nuestra, que brotaba de mentes fanatizadas y de una opinión pública alienada por el odio y la desinformación.

¡En ese ambiente perverso era fácil, muchas veces, sentirse desorientado!

Sin embargo, para nosotros, al igual que para las familias de las víctimas, la presencia, los gestos y las palabras sencillas y profundas del Cardenal nos daban siempre fuerza y luz, indicándonos que nuestra labor en la Vicaría era no sólo un camino correcto sino, más aún, el único éticamente posible después de habernos convertido en testigos de la crueldad.

No creo equivocarme si expreso que el testimonio de Monseñor Silva Henríquez en ese mundo fue decisivo para que muchas personas visualizaran a Cristo por primera vez, o se reencontraran con Él, o sintieran más fuerte que nunca la presencia del Hijo de Dios entre los hombres.

Al poco tiempo de crearse la Vicaría, se vio claro que en nuestro país existía no sólo el imperativo ético de defender a determinadas personas víctimas de la represión; se percibió que la tragedia superaba los sufrimientos personales y había que asumir la presencia de un dramático crimen social, consistente en la implementación de una política de “terrorismo de Estado” diseñada para eliminar físicamente a determinados grupos humanos como instrumento para aplastar y destruir a ciertos partidos políticos.

Ante esa realidad era indudable que no bastaba sólo el testimonio de compartir el dolor y procurar mitigarlo. Era, además, indispensable el mensaje profético que condenara abiertamente el camino perverso, señalara públicamente y sin ambigüedad que nadie puede ser perseguido por su manera de pensar y denunciara que, aquí en Chile, desgraciadamente, había antecedentes preocupantes para deducir que se estaba diseñando una perversa política de eliminación física de seres humanos como herramienta para conseguir fines políticos.

Frente esta cruda realidad, que requería de lucidez y coraje, las palabras del Cardenal resonaron siempre claras, categórica e inequívocamente dirigidas a un presente doloroso que exigía la necesidad de condenar y superar.

En esta forma, Monseñor Silva Henríquez -nos consta- pudo no sólo salvar muchas vidas sino, también salvar la fe de muchos hombres en el camino de la paz y la “no-violencia”, puesto que nada produce más irritación -y por lo mismo violencia- que la complicidad generalizada ante el crimen y la arbitrariedad.

Tal vez podemos expresar que mirando aquellos tiempos desde el interior de la Vicaría, sentíamos claramente el avance de la crueldad -con toda su fuerza arrolladora- pero percibíamos, también, muy nítidamente -expresado ello en el rostro y conducta de muchos seres humanos- lo que puede significar el testimonio de un solo hombre que, con claridad y coraje, defiende a los perseguidos en tiempos de violencia desatada, y afirma valores éticos y espirituales en medio de la crueldad y el fanatismo.

Por eso, no lo dudamos, Monseñor Raúl Silva Henríquez es el hombre más notable de aquellos tiempos. Así lo percibíamos, en aquellos días difíciles, desde el interior de la Vicaría.

El transcurso de los años ha ratificado históricamente esa imagen.



## **Prudencia y coraje**

**Patricio Aylwin A.**

*La vida pública de ambos hizo posible que surgiera entre ellos el respeto y el cariño. Durante su gobierno, don Patricio decidió presentar las Memorias del Cardenal, como una muestra de este sincero afecto.*

**E**l Cardenal Raúl Silva Henríquez, “don Raúl” para sus muchos amigos, es una de las personalidades más vigorosas que he conocido en mi ya larga vida. Hombre de profunda fe cristiana, servidor abnegado de su Iglesia, logró conciliar en su persona atributos que rara vez se juntan en un mismo individuo: la sencillez del hombre de campo con la fuerza de su profunda fe, la prudencia del hombre práctico con la visión y coraje del idealista. Su palabra, siempre clara y certera, no sólo refleja convicción profunda, sino que adquiriría a menudo caracteres de visión profética.

Uno no sabe qué admirar más en este Príncipe de la Iglesia, sencillamente humano y, a la vez, tan firme y digno en el ejercicio de su autoridad episcopal. Al escucharle narrar por qué eligió a la Congregación Salesiana para realizar su vocación religiosa y cómo estuvo a punto de verla frustrada por su dificultad para arrodillarse, uno aprecia su sencillez y humildad de siervo de Dios. Al escucharle, en días tristes de la historia patria, su lección magistral sobre “el alma de Chile”, o al volver a leerla, no se puede sino admirar su sabiduría, coraje y patriotismo. Al recibir su socarrona invitación a saborear una “agüita de cebada”, se conoce al ser humano, fraterno y sencillo, enamorado de la vida. Y al oír tronar su voz cuando despidió en la Catedral a su amigo Eduardo Frei Montalva, repitiendo las palabras evan-

géticas: “Venid, benditos de mi padre, heredad el reino... Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber”, etc., quienes lo escuchamos sentimos en sus labios la voz de la justicia.

Hoy don Raúl ya no nos puede regalar su afectuosa hospitalidad, ni deleitar con sus palabras sabias y agudas, ni admirar con su fidelidad y fortaleza de servidor de Dios. Pero quienes lo conocimos y fuimos honrados con su amistad, damos gracias a Dios por el Testimonio que de Él nos dio: el Cardenal Silva Henríquez.

---

## **Un Obispo Providencial**

### **Mons. Alfonso Baeza D.**

*El señor Cardenal fundó la Pastoral Obrera en 1977. Desde esa fecha hasta ahora, el Vicario de la Pastoral ha sido Mons. Baeza. Entre ambos se cimentó una amistad y cariño entrañables.*

Con don Raúl como Arzobispo de Santiago, comencé mi vida activa de sacerdote. A su comprensión debo el haber podido dedicar el ministerio sacerdotal al mundo de los obreros y trabajadores urbanos. Labor que comencé por el año 1964 como asesor del Movimiento Obrero de Acción Católica, MOAC, y, en 1977, como Vicario Episcopal para la Pastoral Obrera, hasta estos días.

Como colaborador suyo en este último cargo pude apreciar mejor su grandeza como hombre, como cristiano y como Arzobispo.

Puedo decir con admiración y gratitud que don Raúl fue un obispo providencial para los complicados desafíos que vivió la Iglesia de Chile y universal, en los años de su episcopado y cardenalato. La historia de la Iglesia de Chile, tendrá que dedicar un reconocimiento especial a su valiente actitud, coherente con la enseñanza de Jesús sobre el Buen Pastor (San Juan 10), al defender los derechos humanos sin preguntar si los perseguidos o los reprimidos eran católicos o no, durante la dictadura.

Los trabajadores y su Pastoral agradecen a don Raúl el enorme amor por ellos y el impulso que les dio con la creación de la Vicaría de la Pastoral Obrera, como asimismo las múltiples iniciativas que estimuló para promover la participación de los trabajadores en las empresas, tanto en su gestión como en la propiedad de muchas de ellas. Lo mismo en el campo de la

vivienda popular, la educación y en su interés por la difusión de la doctrina social de la Iglesia.

Puedo afirmar que no hay aspecto de la vida de los trabajadores, de sus familias - particularmente en la defensa y constante enseñanza de sus derechos-, en el cual su preocupación, no sólo teórica sino también práctica, haya estado ausente.

Personalmente, estimo que su compromiso pastoral con la defensa y promoción de los derechos humanos, en especial los de los trabajadores en los momentos en que más arreciaba el poder de la dictadura post golpe militar, constituye un aporte histórico a la imagen y posición de nuestra Iglesia en relación al tema. Su testimonio ha sido un elemento fundamental para la credibilidad de la Iglesia, factor esencial en la evangelización de los trabajadores.

Su famosa expresión: “La Iglesia no puede olvidar su cuna en una familia obrera”, repetida en varias oportunidades, explica la razón profunda de su actitud pastoral hacia el mundo de los trabajadores.

Sentía un dolor enorme al comprobar la injusta desigualdad. Con ese énfasis tan característico en él cuando estaba dolido o indignado, me dijo un día indicando con sus manos: “**¡No puede ser!, ¡No puede ser!**, que en Chile exista una cantidad tan enorme de gente que no tiene lo mínimo para ser hombres. **Eso me hiere, me duele**. He querido hacer lo posible, que es muy poco realmente, para solucionar ese grave problema. Pero los chilenos de verdad, los que quieren evitar que existan violencias enormes en Chile, tienen que reconocer que hay que solucionar este problema, ya que sólo entonces Chile será una nación grande”.

Agradezco al Señor por haber podido colaborar directamente con un obispo tan admirable y haber experimentado en todo momento su cercanía, amistad y apoyo paternal en la realización del trabajo sacerdotal, al servicio de la misión que recibí en su tiempo como Arzobispo.

## Nuestra misión imposible

Padre Juan Bagá B.

*Desde que llegara de España, Juan, y don Raúl fueron desarrollando actividades que permitieron unirlos en el amor a Cristo y en el servicio a los hombres.*

**S**e hacía querer como un padre. Lograba que uno se interesase en las tareas que encargaba, de una manera tal que las hacía sentir como propias. No imponía trabajos haciendo sentir que era una obligación el realizarlos, sino que consideraba a cada uno como una persona en la que había depositado toda su confianza.

Tres años antes de llegar a Chile y a mis 31 años de edad, me encargó una campaña de difusión de la Biblia y Nuevo Testamento para toda América Latina. Comenzaba en 1961 la aventura por los caminos de la difusión escrita. Le expuse al dominico francés Jacques Leow la posibilidad de editar en castellano la revista "Faites et saisons"; me dijo que muchos habían soñado en hacerlo, pero los franceses no concederían el permiso si no se hablaba de, a lo menos, un tiraje de 100.000 ejemplares. De todas estas gestiones tenía al corriente al señor Cardenal Silva, quien me animó a su realización. Las traducciones de cada número, hechas por Guillermo Blanco, viajaban a París para imprimirse hasta 160.000 ejemplares que se mandaban en camión a Barcelona donde la editorial Seix Barral las enviaba a todos y cada uno de los países latinoamericanos según el número que le indicaba la Distribuidora Latinoamericana de Publicaciones S.A., DILAPSA (el nombre de la razón social que operaba en Chile).

Al Cardenal Silva le gustaban las cosas grandes y no fue difícil que se tentara de animar a los laicos que le propusieron hacerse cargo de la Editorial Zig-Zag, el poder impresor y editor mayor de Chile.

Para que no todo sean elogios a Monseñor Silva quizá corresponda colocar algún defecto que descubriéramos los que trabajábamos con él: le gustaban los éxitos y sus protagonistas, y como no es permanente la consecución de ellos se daba la sucesión de personas que iban pasando por su período de favoritismo. Nunca para alejarlas de su corazón, ya que la bondad y la posibilidad de perdón no se agotaban.

Era lógico que los problemas propios de cada aspecto pastoral, por ejemplo, los referentes a la juventud universitaria, al mundo obrero, o la necesidad de estar presente en los medios de comunicación social, eran advertidos por los sacerdotes que trabajábamos en cada uno de estos campos. Al proponerle acciones concretas a realizar, no era frecuente que él diera el sí a la primera. Pero, a los pocos días, tampoco era raro que en un nuevo encuentro con él, nos indicara que había pensado que convendría hacer aquellas mismas acciones apostólicas que uno le había propuesto tiempo atrás.

Los sacerdotes vivíamos, junto a nuestro obispo, la esperanza del Concilio Vaticano II. Todos sentíamos la realidad de nuevas formas socio-políticas que emergían de una sociedad diferente. No escaseaban los peligros ni el dolor de ver cómo muchos compañeros quedaban en el camino al querer dar al cambio evangelizador una velocidad irreal e imposible. Todos vivíamos, anclados en la fe y en un inmenso amor a la Iglesia; lo que el señor Cardenal Raúl refería en uno de sus encuentros con los sacerdotes de la arquidiócesis: Una misión imposible.

## Compartir el silencio

Wenceslao Barra C.

*El “Padre Wenche”, lo llamaba cariñosamente don Raúl, quien, cuando sabía que su amigo estaba en Punta de Tralca, con expresión de alegría, anunciaba: “lo invitaremos para que nos acompañe en la mesa”.*

Conocí al Cardenal antes del Concilio en la Diócesis de Valparaíso, el año 1961, siendo él Obispo de ella. Se interesó inmediatamente en lo que hacíamos los asesores de la acción católica, campo absolutamente extraño para él. Percibí por primera vez una característica propia de su personalidad: abierto a la iniciativa ajena, la aceptaba, se convertía en un gran “facilitador” con esa tremenda capacidad de obtener y disponer al servicio de los demás los bienes materiales necesarios.

También recuerdo de mi relación con él otros momentos, durante el Concilio. Me llamó a colaborar en su equipo asesor. Destaco de esta etapa, su trabajo de compartir tan horizontalmente con sus asesores. Pese a no ser un teólogo, se esforzaba por clarificar en toda su profundidad y trascendencia las materias que discutía con ellos, logrando así una expresión de ellas ante los demás que demostraba ser fruto de una profunda adhesión e identificación personal con sus contenidos. Cuando él hablaba uno tenía la sensación de que no se apoyaba en opiniones ajenas, sino que hablaba desde el fondo de su ser. No era su estilo hacer muchas citas. Este profundo compromiso con lo que asumía llevó a muchos obispos en el Concilio, a buscar su compañía, adhiriendo muchas veces públicamente a sus planteamientos, lo que no dejó de causarle ciertas dificultades con algunos sectores de los padres conciliares.

Otro instante privilegiado para mí, fue el trabajo en el Seminario Pontificio Mayor de Santiago. Esta fue una etapa difícil para don Raúl, quizás como ninguna. En ella su capacidad de entender y participar de las iniciativas ajenas llegó a sus límites: allí mostró siempre su lealtad y franqueza con aquellos en quienes él confiaba. Me consta que fue con gran dolor que tomó la decisión de interrumpir la experiencia de la etapa experimental del Seminario, a la que adhería tan plenamente y en la que había puesto tantas esperanzas.

Finalmente, quiero expresar un rasgo de humanidad de don Raúl y que es tan difícil encontrar en personas que desempeñan altas funciones: su capacidad de producir en sus interlocutores, tranquilidad y seguridad para expresar sus propias ideas, sintiéndose acogidos, respetados; aun cuando, a veces, claramente decía no compartir tales ideas. Aún más, la tranquilidad que daba de permanecer largos ratos compartiendo el silencio, sin hacernos sentir la presión de tener que llenar con palabras el tiempo que uno pasa ante un superior.

Creo que la capacidad de producir en otros esta tranquilidad y este compartir el silencio son la prueba más evidente de la paz interior que lo inundaba, de la conciencia que tenía de la presencia permanente de Dios.



## Sintonizando con un religioso educador

Hno. Andrés Bedard B.

*El Hermano Andrés, más conocido como el Hermano Pedro, ha dedicado su vida a la formación juvenil. Don Raúl siempre tuvo un gran respeto y admiración por los hermanos canadienses del Sagrado Corazón. Justamente en un viaje a San Antonio para celebrar la Misa de 50 años de un miembro de esta congregación, sufrió el accidente que dañó su salud en forma irreversible.*

Los Hermanos del Sagrado Corazón fueron llamados a Chile por quien fuera el primer Cardenal chileno, José María Caro Rodríguez, Arzobispo de Santiago. Como el objetivo era la misión educadora y evangelizadora de los niños y jóvenes en los medios populares, los cinco hermanos fundadores llegaron decididos a ser cooperadores de los pastores chilenos. Por ello aceptaron ser servidores en establecimientos de Iglesia. Consecuentemente, las relaciones con el obispo jurisdiccional han sido siempre una característica del Instituto.

Personalmente, antes de que fuera obispo, conocí y pude compartir algo con el Padre Raúl Silva en las reuniones de la FIDE Secundaria. Era un hombre recio, de definiciones tajantes, con quien pocos se atrevían a polemizar, y con razón, pues sus ideas, basadas en conocimientos profundos respecto de la educación de la juventud, dejaban chiquitos nuestros argumentos de novatos. Mas, con el temperamento que Dios me regaló, tuve la

oportunidad de discutir con él sin complejos -a los ojos de algunos, esto era atrevimiento ingenuo. Resultó que por el choque de las ideas, abrí una brecha en su aparente frialdad; tanto que en una circunstancia se me acercó amigablemente y me demostró mucho interés por mi apostolado con los jóvenes de la Federación del Sagrado Corazón que asesoraba en el Liceo Ruiz Tagle. Me alentó a seguir adelante con mi trabajo y el trato auténtico que tenía con los muchachos; me dio juiciosos consejos respecto de cómo prepararme y actuar en el acompañamiento espiritual de ellos.

Apenas instalado en el Obispado de Valparaíso, su *CARITAS CHRISTI URGET NOS* remece su corazón de educador a la vista poco halagüeña que presentaba la situación académica y administrativa del Colegio-Seminario San Rafael. Había que buscar una solución y reflatar este establecimiento educacional diocesano. En conocimiento del interés que nosotros, los Hermanos del Sagrado Corazón, teníamos de buscar una oportunidad de expandirnos por Valparaíso, él tomó contacto con los superiores y esbozó la estrategia conducente a conseguir la aprobación del Consejo Diocesano. Poco después, llama al superior regional para darle la buena noticia: aprobada la idea de entregar el Colegio San Rafael a los hermanos. Pero muy discretamente se pone en campaña para reducir la oposición de buena parte de su clero. En uno de esos tira y afloja muy diplomáticos, se muestra muy cauteloso y escribe a nuestro superior: "... estos deseos, que he comentado con los Consultores Diocesanos de mi Diócesis y que ellos también han aprobado, encuentran una fuerte oposición en un pequeño sector de mi clero, por lo demás, muy respetable. Deseo llevar las cosas de tal forma, que pueda realizar pacíficamente mis designios, que creo son utilísimos para la Diócesis".

Pese al fracaso de las diligencias, pudimos experimentar la bondad de su corazón y la sensibilidad que se escondía bajo una aparente frialdad de comunicación.

Siendo nuestros establecimientos dependientes del Arzobispado de Santiago, tuve varias oportunidades de intercambiar opiniones con don Raúl, quien, siempre atento a nuestras actividades educacionales y pastorales, nos brindó su apoyo y su afecto. Con ocasión de jornadas y congresos catequísticos educacionales y misionales, el trato se hizo como familiar, pues su lema de pastor, tomado de San Pablo, sintonizaba muy profundamente con mi propio anhelo apostólico. La Gran Misión, que me llevó a

---

evangelizar en Lonquén, en las faenas de la represa Rapel y en el barrio San Ramón de Santiago, me hizo comulgar más íntimamente con los anhelos pastorales de Don Raúl. Su condición de Cardenal de la Santa Iglesia no fue nunca una barrera que impidiera intercambios de apreciación respecto de los métodos específicos usados tanto en las misiones como en las actividades catequísticas; la bondad y humildad con que nos trataba, demostraban lo aquilatadas que eran sus virtudes.

Y con los años, fue en la EISA (Escuela Industrial de San Antonio) que se hicieron más constantes los encuentros con el Cardenal-Arzbispo. Su corazón de pastor demostró un cariño muy profundo por la obra y especialmente por el H. Gratien Tremblay, quien fuera su director e impulsor de transformaciones profundas tanto en los niveles de infraestructura como de los propiamente académicos y formativos. Don Raúl no desperdiciaba ocasión alguna para dar su vuelta por San Antonio y tomar contacto con la EISA, su personal y los alumnos. Cuantas veces podía, invitaba al H. Gratien y a otros hermanos a su mesa en El Quisco.

Don Raúl se apenaba por la escasez de vocaciones para nuestra comunidad en Chile; su consejo para subsanar dicha escasez, lo sintetizaba en aquello que dijo alguna vez a uno de nuestros superiores mayores: **“¿Quiéren vocaciones?... Hagan dirección espiritual a sus alumnos.”** Desafío que, Dios mediante, podrá resultar en una floración de vocaciones de hermanos que llenarán las escuelas de Iglesia para gloria del Corazón de Jesús y regocijo del corazón del Cardenal Raúl Silva Henríquez, aunque sea sólo desde el Cielo que lo aguarda.

Qué el Buen Dios nos lo conserve largo tiempo, para testimonio y edificación de la Iglesia chilena.

## La fe y el compromiso histórico

Sergio Bitar Ch.

*Sergio siempre consideró al señor Cardenal como un hombre providencial para Chile en los tiempos difíciles de la represión militar. Él vivió en carne propia los rigores de la dictadura en la Isla Dawson. Entre ellos siempre hubo cariño, amistad y un gran espíritu de servicio para construir una patria más justa, mas humana.*

**E**stamos frente a un sacerdote notable, a un hombre consagrado a la causa del Evangelio, a un testimonio de vida y de fe contundentes y señeros para la vida de la Iglesia y del país.

Desde su ingreso a la orden salesiana el Cardenal Raúl Silva Henríquez se propuso servir a todos con humildad, sin transar su especial preocupación por los más pobres y por la educación de las nuevas generaciones. Junto a otros notables pastores como José Manuel Santos, Manuel Larraín y Enrique Alvear, fue capaz de leer los signos de los tiempos y llevar a la Iglesia chilena a no cometer el error de divorciar la fe del compromiso histórico. “Está claro que si el cristianismo se enajena de la sociedad y de sus luchas, no es verdadero. La fe lleva siempre a su compromiso social y político”, afirmó en 1972.

Su obra más señera, la más profética y por la que los chilenos lo recordarán con gratitud, fue la creación de la Vicaría de la Solidaridad, meses después del golpe militar de 1973. Cuando en nuestro país se interrumpió el Estado de Derecho y las garantías constitucionales quedaron sin resguardo, la Vicaría fue capaz de dar respuestas concretas para defender

---

los derechos básicos. En ella se conjugaron los valores permanentes del Evangelio, como el medieval derecho al asilo, con una aguda visión de una sociedad en crisis que necesitaba recomponer sus esquemas básicos de convivencia.

Menos ataques e incompresiones hubiera vivido el Cardenal Silva si él hubiese optado, como Pastor, por una actitud prescindente hace más de 20 años. Pero él siempre supo distinguir entre la política contingente, tarea de los representantes electos por la ciudadanía, y la alta política, esfera donde se expresa la voluntad de servicio público, se debaten y articulan los grandes proyectos y demandas nacionales. En la segunda el Cardenal hizo un aporte sustantivo. Sus cartas pastorales, sus discursos, sus homilías fueron fruto de una preclara inteligencia y de una vivencia testimonial del Evangelio que dejó honda huella en muchas generaciones de cristianos. Afirmó en muchos de nosotros la confianza en los valores y principios, nos dio seguridad para luchar por la democracia y marcó el camino de una sociedad más justa para Chile.

Su presencia y peso intelectual y pastoral se dejaron sentir en las múltiples declaraciones de la Conferencia Episcopal durante el régimen militar, las que fueron la voz de los que no tenían voz, pruebas de la mejor tradición chilena de respeto a las ideas y de convivencia pacífica y documentos testimoniales de la fe encarnada en la historia y en los sufrimientos y esperanzas de los hombres y mujeres de esta tierra.

Siempre recuerdo su inteligencia, visión y ese gran humor en los almuerzos en su casa de Ñuñoa.

En momentos en que nuestra sociedad vive un período de confusión y de cambio cultural tras una acelerada modernización, el testimonio de vida y fe que nos ha regalado el Cardenal Silva, debería servirnos a todos, cristianos y no cristianos, para iluminar nuestro caminar y reencontrarnos con la más profunda tradición de la Iglesia: madre y maestra de humanidad.

## ¿Hombre de Hierro? Guillermo Blanco M.

*Redactor, junto a su hija Mónica, de la biografía del Cardenal, denominada: "Aventura de una fe"; el cariño y la admiración fueron los móviles para que Guillermo decidiera hacer esa tarea.*

Un testimonio sobre don Raúl. Más que testimonio, una imagen entre muchas posibles. Si fuera dibujo, sería croquis, no retrato. Y en los trazos del croquis se sentiría, como siempre, algo del personaje y algo de la mano que boceta.

Desde cerca, don Raúl da la impresión de un hombre tímido. Corto de genio, vuelto hacia dentro: quizá cuál sea la expresión exacta. ¿Retraído tal vez? . Como quiera que se le llame al rasgo, más de alguien tendrá dificultad en vincularlo la varón recio, que tantas veces se enfrentó a la fuerza con una voluntad de hierro.

Nadie es de hierro. Y acaso don Raúl menos que muchos. Sí, sus ojos pueden mirar con una firmeza que impone. Pero son ojos que saben llorar, a pesar suyo, frente al dolor de los otros. No es de hierro el que, con fe de hombre sencillo, lleva en su cartera una imagen del Santo Sudario.

No es de hierro -¿cómo olvidarlo, quién lo vio?- el sacerdote que dice una misa especial para los niños , les habla en su idioma y les cuenta el Evangelio con una inocencia que los niños y él comparten. Un Evangelio donde ni aun los "malos" son suficientemente malos como para no pensar que habrán sido más bien un poco tontos, ¡cuando resultaría tan simple ser buenos y evitar problemas!

---

El hierro está en otra parte. Está en la convicción, en la necesidad de ser quien se es, de responder de los talentos. También está en su limpio sentido del deber. Limpio y llano. Las Bienaventuranzas son claras y frescas como el agua: ¿Qué duda puede haber para quien busca ser hombre de Dios?

Tímido, retraído, corto de genio, con un fuerte pudor de sí mismo, don Raúl se hace querer a pesar, o a través, de esa especie de cerco que su carácter tiende en torno a él. El cerco desde el cual, de tanto en tanto, cuando no aguanta ya más el impulso, lanza lo que algunos de sus próximos llaman - con enorme cariño- “sus patadas de mula”.

No podrían faltar en el croquis, una palabra áspera, una frase cuya dureza resulta inesperada o desproporcionada, salen de ahí: del hombre vuelto hacia dentro que intempestivamente estalla y, porque le cuesta ser duro, va y se pasa de duro. Y hiere porque no quiere herir. Suena seco porque le cuesta ser seco. El reproche le sale áspero porque va más contra él mismo, por tener que reprochar.

¿Hombre de hierro?.

Hombre de carne y hueso, gracias a Dios.

## De ternura y dulces

María Isabel Bustos

*Las mami de la Aldea S.O.S., se transformaron en colaboradoras importantísimas del “Tío Cardenal”. Él se preocupaba de su selección y de motivarlas con estímulos espirituales por la enorme responsabilidad de ser madres -como María Isabel- de niños necesitados de amor.*

Soy una mamá de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, Institución fundada por Monseñor Raúl Cardenal Silva Henríquez en 1979, después de haberle dedicado largo tiempo a su estructuración.

Tuve el privilegio de conocer personalmente al Cardenal Silva Henríquez, un poco antes de llegar a trabajar en la Aldea. Fue con ocasión de un gran encuentro que tuvimos los jóvenes de la Diócesis de Melipilla con el Pastor, en los momentos difíciles de nuestra Iglesia y haciéndonos eco de la pastoral impulsada en esos momentos por el Arzobispo de Santiago. Me impresionó como un señor muy visionario, con una tremenda fuerza, pese a parecer un poco hosco.

Cuando llegué a trabajar a la Aldea, sabiendo ya que esta era una más de sus tantas obras, no imaginé que iba a conocer mucho más de cerca a este Arzobispo. Yo lo admiraba por su valor, por la fuerza de sus mensajes y por el carisma que supo darle a la Iglesia como “La Madre que acoge y quiere a todos sus hijos”.

Los niños hablaban de él como el “Tío Cardenal”, y me llamó la atención la familiaridad y el cariño con que lo hacían. A los pocos días de empezar a trabajar en la Aldea, un día domingo suena la bocina de un auto



en el portón. Todos los niños salieron corriendo de sus casas y gritando: ¡El Tío Cardenal! ¡El Tío Cardenal!. Salí y ví el auto del señor Cardenal entrando y a todos los niños corriendo tras de él hasta la Capilla. No me atreví a acercarme, porque a pesar de admirarlo tanto, me inspiraba cierto temor su figura imponente. Con el tiempo me di cuenta de cómo este hombre, siempre tan rodeado de gente importante y famosa, era capaz de hacerse pequeño con los pequeños. ¡Con qué ternura les hablaba, les repartía los dulces, los confesaba y les dedicaba la misa el día domingo!

Muchas veces lo vi subir solo desde la Casa de Ejercicios, con su bastón, sombrero o boina y el poncho café. Los niños corrían a recibirlo, le quitaban el bastón y lo ayudaban del brazo a llegar a la capilla de la Aldea. ¡Con qué orgullo se paseaba el que lograba tener el bastón del Tío Cardenal! Era el más grande de los tesoros.

En la medida que lo fui conociendo, vencí el temor de saludarlo y empecé a acompañarlo a repartir los dulces, a ordenar los niños para la confesión, y así también empecé a ser invitada a cenar o almorzar con el Tío Cardenal (ya empezó a ser también para mí el “Tío Cardenal”). Otras veces se reunía con nosotras, las mamás, para escuchar nuestra inquietudes, o bien para aconsejarnos en cómo educar y querer a estos niños que él nos confiaba. Nos decía: “Si las madres están bien, los niños también lo estarán”.

En este momento no puedo dejar de recordar la última vez que estuvo en Punta de Tralca; fue en Semana Santa de 1993. Ya le costaba más caminar, y no subió a la Aldea. Yo bajé con Mati para regalarle un cordero de Pascua, preparado por nosotras, a nombre de los niños y del personal. Él estaba cenando con varias personas. No puedo describir el gesto que se dibujó entonces en su rostro: era un regalo tan sencillo, y él estaba acostumbrado a recibir muchos regalos, pero el corderito de Pascua se lo enviaban sus niños. Desde aquella, su última visita acá, cuánta falta nos ha hecho a todos. Creo que su figura permanecerá por mucho tiempo en este hermoso lugar.

Agradezco a Dios el privilegio de haber conocido a este preclaro Pastor de la Iglesia Católica Chilena, conocido en el mundo entero por su estatura moral, por el tremendo mensaje de amor que nos legó en el servicio a los más pobres. En los últimos tiempos, y como presintiendo que ya no podría estar más con nosotras, sus homilías fueron siempre un mensaje de amor: “Amen al prójimo como a ustedes mismos”, o bien, “El primero de

los mandamientos es, Amar a Dios y al prójimo como a ti mismo”.

Sólo me resta decir, ¡Gracias, Monseñor Raúl Cardenal Silva  
Henríquez!

¡Gracias, Tío Cardenal!

## Mirar bajo el agua

Fernando Castillo V.

*La Reforma Universitaria en la Universidad Católica hizo posible que Fernando y don Raúl logaran fácilmente entenderse y quererse. Son cerca de 40 años de cariño compartido*

Si existe alguna persona, más allá de mis padres y hermanos mayores, a quien yo deba agradecer su apoyo y permanente preocupación por mi persona, ese es nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Había escuchado mucho de él sin llegar a conocerlo, hasta que me llamó para contarme la posibilidad de que yo asumiese el Pro Rectorado de la Universidad Católica de Chile.

De allí para adelante, no diría yo que nació una amistad, pero sí, quizá, algo más profundo y misterioso que guió mis pasos y me cubrió con su manto protector.

Con el Gran Canciller de la Universidad Católica jamás discutimos los temas que frecuente y necesariamente teníamos que tratar. Simplemente él me relataba su parecer, los peligros o ventajas de una u otra posición, sin requerir mi pronunciamiento. Terminada su exposición me decía: “Ese es, Fernando, mi parecer al respecto; usted es el rector y usted debe pensar profundamente antes de decidir. Yo confío en usted y estaré siempre acompañándolo en las buenas y en las malas”.

Y así sucedió siempre. En los tiempos más difíciles, su actitud paternal y cariñosa fueron mi gran fortaleza. Ante todo momento de flaqueza él estuvo cerca de mi noche y día. Si las cosas estaban bien, él desaparecía.

Cuando alguna decisión mía resultaba errada, irónicamente me decía:

“¿Ve, usted, que yo tenía razón? Todavía no aprende a mirar bajo el agua”.

Jamás dejó de asistir, en su calidad de Gran Canciller, a los Consejos de la Universidad. Nunca dio su opinión dentro del debate, observaba apoyando el rostro en su mano, como sumergido en el asiento. Cuando las cosas se ponían tensas, con humildad pedía la palabra para calmar los ánimos y entregar una frase sabia que nos llegaba como un mensaje de alguien superior.

Porque él es un ser superior cuya máxima santidad está en haberse involucrado con el mundo que vivía osadamente, sin vaguedad ni temor, escuchando la voz de su Señor.

Por eso estoy contento cuando lo veo en su condición actual, ajeno a los problemas de hoy.

Tiene el derecho a descansar, mientras espera que se haga la voluntad de quien lo envió para cumplir la misión de conducir al Pueblo de Dios.

## Relato de una intuición menor

Ascanio Cavallo C.

*Ascanio pudo absorber la vida de don Raúl, primero como periodista, y luego como un gran amigo. Las memorias del Cardenal, trabajadas durante años por Ascanio junto a don Raúl, constituyen la mejor demostración de una osmosis que los unió en el esfuerzo y la amistad.*

Conocí al Cardenal Silva Henríquez cuando ya había dejado el Arzobispado de Santiago y vivía en esa calle inquietantemente llamada Los Pescadores. ¿Cómo se encuentra uno en su vejez con una calle que sugiera en forma tan expresiva las intenciones de toda una vida?

Estuve en algunos de sus amistosos almuerzos, bautizó a Sebastián, ayudó a que Felipe ingresara a uno de sus colegios favoritos; presentamos un pequeño volumen con sus homilías de la época del régimen militar y pasamos alguna tarde mirando viejas fotos del Píduco. Pero siempre lo más intrigante era esa extraña mezcla de cordialidad y fuerza, de domesticidad y poder, de mansedumbre y bravura, una especie de perpetua y recíproca invasión entre lo privado y lo solemne, una incómoda coexistencia de la anécdota con la historia.

En 1989 me invitó a trabajar en sus Memorias. Recibí ese insólito privilegio con la cierta distancia profesional que se ensaya como primera defensa ante las tareas difíciles. En la primera reunión dijo que, si el libro reportaba algún beneficio económico, él dispondría que fuese donado a una institución benefactora, y luego hizo una vaga mención a los honorarios, que, puestos en esa secuencia, pasaron a quedar intempestivamente mancha-

dos por el egoísmo, la codicia, la usura o quizás algo peor. Cuando el Cardenal hablaba de dinero, todos, con la discutible excepción de los niños, eran culpables; para entonces ya había introducido en la sociedad chilena el indispensable sentimiento de culpa social sin el cual sería imposible sacudir las modorras y las tibiezas de los satisfechos, pero uno está poco acostumbrado a transferir la escala histórica a la pequeñez del día. En eso nos llevará ventaja a todos hasta el último suspiro. Aquella tarde acordamos (pero no: él acordó) que beneficios y honorarios debían seguir el mismo destino. Después supe que esta manera de implantar el cielo en la tierra y convertirlo en un amasijo inesquivable era una técnica aprendida en años muy tempranos.

Supongo que, como muchos de mi generación, crecí mirando al Cardenal como un punto de referencia fundamental de la vida chilena. Crecí *pelándolo*, admirándolo, suponiéndole intenciones, formulándole reproches, mezclando en él el trigo y la cizaña que han formado nuestra convivencia, precipitando sobre su figura todas nuestras debilidades y orgullos.

Nos acostumbramos -seguramente con muchas otras generaciones- a esperar que el Cardenal hiciera lo que pensábamos que tenía que hacer; y él nos acostumbró a no hacer eso, sino aquello que consideraba su deber.

¿Cuántos de los reproches públicos y privados que todos le hemos hecho no partían de esta sencilla contradicción entre la expectativa y la conciencia?

El Cardenal no cedió a la tentación de la estadística: sin ocultar sus dudas -sin ocultar la madera humana de que está hecho- nos acostumbró a ver en él a una figura segura, firme, de convicciones fuertes: como un hito, como un mástil al que conviene mirar de vez en cuando para no perderse en el fragor de la tormenta.

Quizás por eso, ha terminado por suceder algo misterioso, que tal vez los historiadores tendrán ocasión de advertir mejor y que fue una persistente intuición en los años que trabajamos juntos: el temperamento del Cardenal, su genio seco y directo, su sentido de la convicción, se han ligado inextricablemente con la historia chilena de 30 años; ya no se sabe quién hizo a quién, qué fue primero, dónde estuvo la chispa, cuál fue el hombre y cuál la circunstancia. Desde que se instaló en el Arzobispado de Santiago, a comienzos de los 60, las cosas no volvieron a ser iguales, ni estaba el Cardenal dispuesto a que lo fueran: en la imponente reciedumbre

de esa certeza se encuentra la razón de por qué sea la única personalidad del siglo que se haya atrevido a describir, sin asomo de duda, lo que llamó "el alma de Chile". Tal vez la historia separará la duda de la razón.

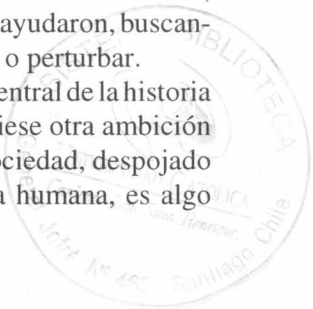
Pero de momento se puede confirmar que sin la convicción que a cada rato -a veces hasta la majadería- nos recordó la validez de ciertos principios fundamentales, muy distinto habría sido nuestro rumbo como comunidad. En muchas ocasiones, quizás demasiadas, no fue oído. Pero, consciente de que su tarea era arar en el mar, predicar en el desierto, sembrar bajo el vendaval; el Cardenal no cejó en la obstinada decisión de mostrarnos nuestras debilidades, nuestras carencias, nuestras renunciaciones. Se requería una porfía superior -una porfía profética, dirían sus sacerdotes- para insistir en todo esto bajo circunstancias tan adversas tan violentas y tan duras como las que vivió Chile entre los 60 y los 80.

Y sin embargo, la semilla que parecía dispersada, la palabra que se creía perdida, terminaron por incrustarse en la conciencia nacional. A la vuelta de tres décadas de fuego, se puede decir que si Chile encontró un momento de serenidad lo logró gracias a la pertinacia de hombres como el Cardenal, a su mensaje incesante sobre la esterilidad del odio, sobre la impotencia denigrante del odio, sobre el deber de auxiliar a los perseguidos, sobre el imperativo de atender a los más débiles.

En su intransigencia, esa gestión convirtió al Cardenal en la más poderosa voz moral de la nación a lo largo de 30 años. Por aquella voz hablaron las ansiedades y las aspiraciones de los desheredados, de los marginados, de los dolientes, pero también las de unos cuantos hombres justos que, equivocados o no, quisieron construir un Chile mejor.

Cuando emprendimos la redacción de las Memorias supuse que, como serán otras memorias, habría muchas cosas por omitir, retocar, disfrazar. Hallé lo contrario: un hombre honrado, directo, franco, que quería revisar su vida con una modestia desconcertante, reconociendo errores, valorizando apreciaciones, recordando a quienes lo rodearon y ayudaron, buscando explicar lo que pudo ser polémico, lo que pudo herir o perturbar.

En esa esencial honradez me pareció ver un rasgo central de la historia del Cardenal. Que un hombre de más de 80 años no tuviese otra ambición que la de seguir siendo un instrumento de paz para su sociedad, despojado ya de la historia que parecía querer reducir a la escala humana, es algo inquietante y misterioso. Y tal vez conmovedor.



## El episodio de la “Cueva de la Negra”

Alfredo Cea E.

*Su familia y la de don Raúl se conocieron hace muchos años. La madre de Alfredo, quien fue compañera de juegos del pequeño Raúl, no sospechaba que su amigo llegaría a ser Cardenal, ni que su hijo continuaría con la amistad.*

La playa extendida y los roqueríos costeros del “Alto Colorado”, y el fundo del “abuelito” Antuco Baraona, eran en esa época, el obligado lugar de veraneo familiar. Se blanqueaban prolijamente los ranchones y se acomodaban anualmente para albergar a los mayores y la turba de niños que tomarían por dos meses, el dominio del lugar. Al grupo familiar, se agregaban otros, invitados a compartir la austera convivencia veraniega.

Entre ellos, los Silva Henríquez.

Una de las actividades preferidas de la gente menuda eran los paseos de exploración a lugares vecinos, y, entre ellos, por su particular atractivo, la llamada “Cueva de la Negra”, un sitio de extrañas leyendas que la imaginación juvenil poblaba de seres misteriosos. También, era el lugar privilegiado para que los niños, divididos en grupos elegidos al azar, se enfrentaran en batallas campales con proyectiles de la más variada naturaleza y consistencia.

Sólo se producían daños menores entre los contrincantes, daños que las “mamas” ocultaban y los niños silenciaban esperando la oportunidad de la revancha.

Fue así hasta que un día, en una nueva refriega, la Margarita Egaña, alta y fornida, poseedora de una especial habilidad para dirigir proyectiles



---

al enemigo, colocó un certero peñascazo en la cabeza de Raúl Silva, parapetado entre las piedras a la entrada de la cueva.

La herida y el sangramiento interrumpieron de inmediato el combate y fueron motivo de escándalo, preocupación y severa reconvención de los mayores.

A partir de ese incidente las acciones bélicas veraniegas quedaron prohibidas y los niños frustrados en sus ímpetus guerreros. Margarita y Raúl, sentidos y distantes.

No volvieron a verse, la vida los alejó por caminos distintos. Ya maduros cada uno recordaba con humor ese peñascazo que definió la contienda en la Cueva de la Negra.

En una oportunidad en que hacíamos recuerdos con don Raúl, le señalé que la mamá sentía dolorosos remordimientos por ese certero disparo a la futura mollera cardenalicia.

Le solicité me permitiera organizar junto al Padre Gustavo Ferraris, una ceremonia de “perdón y reconciliación” entre ellos, en terreno neutral y con la sola presencia de testigos familiares cercanos.

Esa ceremonia inolvidable se realizó en el casino de la señora Orfelina en Las Cruces, en presencia del Padre Gustavo y la familia como testigos.

Si aún quedaban rescoldos de la reyerta entre Margarita y Raúl, quedaron ese día, alegremente superados. Los dos niños volvieron emocionados a encontrarse. Con un cariñoso abrazo hicieron las paces.

La herida del Cardenal seguía reconocible, pero ya largo tiempo cicatrizada y olvidada. Doña Margarita, por su parte, había perdido también ya completamente su prodigiosa puntería con las piedras.

Un brindis de fina “agüita de cebada”, provista por don Raúl, cerró el acto.

## Mi sociedad con el Cardenal

Sebastián Cea E.

*Hijo menor de Alfredo Cea, su sociedad con el Cardenal se consolidó en 1992, cuando Sebastián tenía tan sólo seis años. El compromiso de ambos, aún sigue vigente.*

Una vez fuimos con los papás a un *wiken* de CCN (Cristianos para la Ciudad Nueva) en Punta de Tralca. A mediodía nos invitó el Cardenal Raúl a almorzar los tres con él.

Durante el almuerzo, muy rico, los grandes conversaron cosas muy interesantes con el Cardenal. De repente, él se paró, me miró, me hizo un guiño con el ojo y salió por un momento.

Volvió con un maletín: “Míralo bien”, me dijo. Luego lo abrió y vi que estaba lleno de dulces. Entonces me dice: “Te propongo que hagamos una sociedad: Yo pongo los dulces y tú te los comes”.

Le contesté que estaba de acuerdo y nos dimos la mano para formalizar “Mi sociedad con el Cardenal”.

Cada vez que lo visité después, comprobé que nuestro acuerdo se mantenía y así aparecía el maletín con dulces.

Pero siempre tengo una pequeña duda: ¿Seré el único socio del Cardenal?

## El ejercicio de un lema

Eugenio Celedón S.

*Cada vez que se presentaba algún problema con la disponibilidad de agua para las obras sociales de la Iglesia, el nombre de Eugenio salía de los labios del señor Cardenal. ¡Cuántas veces contó la anécdota del agua en El Melocotón! Así creció una amistad que se alimentaba con la aventura de ayudar.*

**T**uve el privilegio de conocer personalmente al Cardenal Raúl Silva Henríquez con ocasión de mi desempeño como Ministro de Obras Públicas y Transportes, en el gobierno de Eduardo Frei Montalva. A partir de esa fecha he podido admirar su personalidad, sencillez y vivencias, orientadas preferentemente al cumplimiento de su lema pastoral: “La caridad de Cristo nos urge”, y sus deseos de estar siempre junto a los que sufren pobreza y dolor. Esta actitud ejemplar influyó de manera tal que mi familia y colaboradores de mi actividad profesional depositamos en él nuestra confianza, afecto y disposición de trabajar en aquellas labores de bien social en que le fuéramos útiles.

Convencido, como nos decía, que todo el amor recibido o dado es obra del amor gratuito de Dios, nos instaba a entregar estos dones al servicio del hombre y los más necesitados, y agregaba en sus cartas que, como cristianos, “procuráramos que ellos vivieran dignamente al igual que nosotros”. Su testimonio y acción venció nuestra indiferencia, y nos condujo a construir y donar obras de captación de aguas subterráneas que beneficiaran a la

Iglesia y otras instituciones de bien social. Entre ellas cabe mencionar, el Hogar Universitario de Temuco (1974); la Escuela Carmela Larraín de Maipú (1976); el Hogar San Ricardo de Guanella, en Batuco (1977); el predio El Parronal en Huechuraba (1978); la Escuela Parroquial de Portezuelo (1979); y la frustrada maniobra a que dio lugar la construcción del pozo para dotar de agua potable a la casa de descanso de los arzobispos de Santiago, en El Melocotón (1981), junto al riego del predio vecino de la familia Pavez Maureira, donde se construyó la obra.

Intencionalmente, he dejado para el final sus obras predilectas: la Aldea S.O.S. y la Casa de Ejercicios Espirituales de Punta de Tralca, administrada por la abnegada y eficiente madre Sofía Astorquiza, que facilita el contacto de cristianos provenientes de bases populares en jornadas de estudio y reflexión.

Es valiosa la labor del Cardenal y sus demás colaboradores en la solución, entre otros problemas, de aquellos relacionados con el abastecimiento de agua en una zona en que, durante los meses de verano generalmente, fue escaso y crítico.

Termino recordando que resulta emocionante comprobar cómo los profesionales chilenos le testimoniaron su afecto y reconocimiento por la labor realizada durante los 22 años que tuvo a su cargo la Arquidiócesis de Santiago. El 1 de octubre de 1983, más de 1500 miembros de los diversos Colegios Profesionales de nuestro país, colmaron las instalaciones del Círculo Español de Santiago, y le expresaron su gratitud al Pastor.

## Conociendo al Hombre

Ramón Cerda C.

*Ramón, el "Papi" de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, gran admirador de don Raúl, continuador de su obra y amigo de tantos fines de semana de paz y alegría.*

**E**n septiembre de 1986, asumo como Director de la Aldea de Niños S.O.S. de Punta de Tralca, y al tercer día de trabajo me entrevisto por primera vez con el señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, fundador y Presidente Honorario de esta prestigiosa Institución.

Me provocó cierto temor y nerviosismo este primer encuentro con quien yo ya consideraba la primera autoridad moral de este país.

Me recibió en su casa de Punta de Tralca con un trato muy deferente. Conversamos mucho acerca de la Aldea y de los niños principalmente y, como se hizo de noche, me invitó a cenar para seguir conversando.

Mientras cenábamos fui conociendo al hombre. No dejaba de impresionarme su calidez y su capacidad para acoger a sus invitados, su chispa y humor en la anécdota oportuna y, por sobre todas las cosas, su sabiduría.

Desde ese momento tuve con él una relación semanal muy estrecha, de maestro a alumno; cada reunión con él era una clase magistral sobre la verdadera pedagogía.

Me enseñó a comprender un principio muy básico y sencillo para la formación de nuestros niños y jóvenes: "Hay que estar siempre al lado del niño para que no se equivoque", y ¡por Dios que tiene razón!

Esto, él lo practicó semana a semana con nuestros niños y jóvenes. Su llegada a la Aldea, siempre provisto de muchos dulces, era la alegría que

necesitaban, la confesión era el acompañamiento oportuno, y su presencia significaba la seguridad.

Hoy lo recordamos con el mayor afecto, está presente en todo nuestro quehacer y sus enseñanzas perdurarán en este lugar que él creó para sus amigos, los más pequeños y desprotegidos.

Me siento un privilegiado por haber conocido y estado con él durante casi nueve años, compartiendo una obra tan noble y altruista como la Aldea, y con un sano orgullo puedo sentirme, también, amigo de don Raúl.

---

## Un Profeta para Nuestro Tiempo

Hermana Mercedes Chahín C.

*Tres hermanas llegaron a ser religiosas. El Cardenal las llamaba "las madres Chahín". La Madre Mercedes, de la Congregación del las Esclavas del Amor Misericordioso, colaboró con compromiso en distintas obras de don Raúl.*

**P**ido a Dios saber compartir mis experiencias con relación a nuestro Cardenal Monseñor Raúl Silva Henríquez.

Pienso que el Cardenal es un regalo de Dios para nuestra Iglesia y para nuestra Patria.

Mucho se ha hablado y escrito sobre él, pero hoy quiero entregar mi propio testimonio y experiencias.

En las múltiples ocasiones en que tuve el privilegio de encontrarme con el señor Cardenal, siempre me llamó la atención lo arraigados que estaban en su corazón y en su espíritu, el sentido de la justicia, el derecho, el amor y hasta la ternura. Pero, por sobre todo, su fe y fidelidad a Dios y al Evangelio.

Recuerdo que, a raíz de los acontecimientos de septiembre de 1973, me incorporé al equipo que atendía a los refugiados en el Comité que se creó con ese fin. El equipo lo formaban miembros de las diferentes Iglesias. Me correspondía como religiosa católica, conversar casi a diario con el señor Cardenal, pues le informaba lo que sucedía y, ante la afluencia creciente de nuevos refugiados, le solicitaba más espacios para albergarlos. Con la decisión que lo caracterizó, disponía inmediatamente destinar a ese fin las

Casas de Retiro de la Iglesia. Lo vi conmoverse e indignarse ante los atropellos que sufrían nuestros hermanos. Y muchas veces lo vi llorar.

No olvido cuando le expresé mi pena por la falta de comprensión y mala interpretación de su persona que hacían algunos sectores del país. Me contestó: “Recuerde, hija, las palabras del Señor: ‘Alégrense y no se preocupen cuando se diga toda suerte de mal sobre ustedes’. Yo me preocuparía cuando nadie me ataque”. Entonces me di cuenta de ante quien estaba, y lo admiré y amé mucho más.

Respecto a la vida religiosa, con especial interés y preocupación creó la Vicaría de Religiosos de la Diócesis, nombrando al padre Roberto Pelton, CSC, como Vicario de Religiosos, y pidiéndome colaborar como secretaria de la Vicaría. Con profética visión hizo descubrir la necesidad de una profunda renovación de la vida religiosa chilena, bajo las directrices del Concilio. Nuestro trabajo en conjunto contó con su apoyo y disponibilidad, cuando solicitábamos su presencia o participación en algún tema relacionado. Con todo este esfuerzo y gracias al apoyo del señor Cardenal, los religiosos revisamos nuestros reglamentos o constituciones, haciendo de nuestra vida una forma de ser más conforme a los tiempos actuales.

Siempre nos animó con su afecto llegando a gestos de gratitud que, a veces, nos confundían.

Durante varios años fuimos sus vecinas en la casa que nuestra Congregación del Amor Misericordioso, tenía al lado de la casa del Cardenal, en calle Simón Bolívar. Con su bondad y carácter cordial nos saludaba como “vecinas”, o bien, afectuosamente, “cómo está, madre Chahín”. Recuerdo que cuando un fuerte temblor nos sacudió en el año 1976, tuvo la delicadeza de llamarnos para enterarse de cómo nos encontrábamos.

El señor Cardenal celebraba la eucaristía en la capilla de su residencia, cuando otros compromisos se lo permitían. Muchas veces pude compartir con él, el rezo de laudes y la eucaristía. La misa, plena de hondo fervor como para almacenar fuerzas, a fin de enfrentar las tareas del día muchas veces dolorosas, dado lo que se vivía en esa época. Sin embargo, su fe en el poder y la misericordia de Dios era infalible. Esto se sentía en la dulzura con que dirigía su canto a Dios:

*“Nosotros aguardamos al Señor, Él es nuestro auxilio y escudo,  
con Él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre confiamos.”*

*Salmo 32.*



## Un compromiso personal con Cristo

Fernando Cifuentes S.

*Durante años compartieron en la casa de calle Los Pescadores. Leal y sincero, el padre Fernando constituyó una compañía insustituible en el día a día de la vida de don Raúl, compartiendo viajes, fines de semana en Punta de Tralca, la mesa y la misa de todos los días....*

Aunque conocí a Raúl hace ya mucho tiempo, cuando estudiábamos filosofía y luego en el Seminario Menor, siempre admiré la grandeza de su espíritu que manifestaba en su relación con los demás, no imaginé que él llegaría a ser un salesiano tan importante en la historia de Chile.

Recuerdo que tanto como compañero o colega en la pedagogía, Raúl se destacaba por un particular y gran dominio personal en las situaciones que debíamos enfrentar. Su actitud era una mezcla de sencillez, impregnada de nobleza, con un toque tímido; fuerte y prudente a la vez.

Al mismo tiempo, llevaba una vida interior muy profunda e incesante que se reflejaba, entre otras cosas, en una serena alegría que no lo abandonaba.

Fue durante el trabajo pedagógico que descubrí en mi compañero una serie de cualidades que merecieron mi admiración y, ante todo, mi amistad hacia él. Como Asistente del Seminario Menor, el señor Silva -como lo llamaban los aspirantes- desplegaba su capacidad espontánea de hacerse respetar y querer por sus alumnos, quienes sabían apreciar, más allá de su seriedad, su juicio y rectitud frente a los problemas disciplinarios.

Siempre me asombró que su título de abogado no fuese un motivo de orgullo personal o superioridad, sino que se convirtiera en una vocación de servicio que lo llevaba a dedicarse plenamente a los jóvenes, usando su carisma innato para acercarse a los alumnos mediante la conversación sobre la vida.

Pasarían varios años antes de volver a encontrarnos. Ya no seríamos compañeros de estudios, sino de tareas. Nuestras vidas seguían, de acuerdo a nuestro compromiso con el Señor, el camino del servicio; por eso debí ayudarlo y me convertí en su secretario privado durante tres años.

En esta etapa presencié vivamente su lucidez y claridad de ideas para manejarse con personajes importantes de la sociedad. Espontáneo, firme, consecuente, gentil, alegre; así se presentaba ante ellos.

También fui testigo de un capítulo importantísimo en su vida: los campesinos y la Reforma Agraria. Recuerdo que al presenciar la obra ya realizada y el progreso de los campesinos del fundo San Dionisio, exclamó: “¿Quién iba a pensar que de una procesión de carretas que hace treinta años me salió a recibir, hoy íbamos a tener una procesión de camionetas?”.

Alegre al ver realizada su pasión por el compromiso social, revelaba un compromiso personal con Cristo y con la Iglesia, acogedores de sus iniciativas en favor de la justicia.

## Una entrega de difícil olvido

### Familia Cumming Melaj

*La familia de Federico Cumming se unió al señor Cardenal en espíritu y en una preocupación constante por él. Don Raúl se sentía muy a gusto en su compañía, puesto que en todo momento le demostraban cariño y admiración. Este testimonio lo escribe una de las hijas de la familia, Patricia.*

**A**l conocerlo, su mirada y sus palabras hacen que la distancia se acorte, mientras que la amistad y el respeto crecen.

Hombre de mucha sabiduría, la que expresa mediante los términos precisos y una vida llena de experiencias, muy humanas, vividas intensamente a lo largo de sus días.

Cada hecho de su existencia, es una lucha por la verdad, la justicia y el amor. Ya que no mueve un dedo o dice una palabra, sin haber pasado estos, por la reflexión y la meditación.

Hombre de mucha vida y de gestos precisos. Recuerdo que al conocerlo, antes de hablarme, me entregó una medallita, expresión que consideraré de mucha sutileza y de gran significación.

Su rostro, sus manos y su mirada son muy intensos, donde se percibe su fuerza, dedicación y lucha en esta vida; donde ha hecho de sus logros, satisfacciones para todos quienes lo admiran y lo siguen.

No hay palabra que no contenga su mensaje de vida, ni movimiento que no delate su inteligencia, es muy exacto y demasiado sencillo para el gran conocimiento que entrega.

Su humildad la demostró especialmente en los días que nos acompañó en nuestra casa en el sur, donde compartió con nosotros sus inolvidables experiencias, que hacían crecer nuestra admiración y cariño por él.

Sus palabras contenían una intensa vida llena de felicidad, donde ellas daban a conocer los actos que hacen del Cardenal un hombre especial, cargado de enseñanzas; destinado a entregar lo mejor de sí, logrando lo que nadie ha podido, ya que tiene una fuerza singular que hace que toda persona que se enfrente a él sienta un gran respeto.

Hombre de mucho amor, precisión, dedicación, entrega y lucha, pero sobre todo de gran humildad, que lo hace destacar entre el común de la gente. Sabe que tiene mucho que entregar y es eso lo que ha hecho durante su vida: abrir sus manos a los demás, muchas veces colocando en riesgos las suyas. Abriendo su corazón y dejando que entren a él, sin hacer exclusión alguna.

Hombre fácil de querer y admirar, pero difícil de olvidar.

---

## Con François Mitterrand

### Enrique D'Etigny L.

*Don Raúl siempre alentó el trabajo intelectual como un mecanismo de promoción humana y de servicio a los demás hombres. Con la intervención universitaria durante la dictadura, el Cardenal Silva creó la Academia de Humanismo Cristiano, cuyo vicepresidente fue Enrique, con quien compartió muchos años de trabajo en la hermosa tarea de preservar el pensamiento libre y pluralista.*

No me resultó fácil cumplir con el honor de dar este testimonio sobre don Raúl. Fundamentalmente porque se agolparon en mi conciencia tantas actitudes y palabras que tuve el privilegio de apreciar y escuchar de este hombre excepcional. No sabía por donde empezar, cómo expresar en tan pocas líneas el profundo significado que el señor Cardenal tuvo en mi vida y en la de tantos chilenos.

Nace mi admiración por don Raúl con motivo de los trabajos que se realizaron en Chile en la preparación del Concilio Vaticano Segundo. Me tocó participar en ellos y apreciar la claridad de su pensamiento franco y directo, tendiente a acercar siempre la Iglesia a la gente.

Este hombre sencillo y elocuente terminó por conquistarme definitivamente por su actitud valiente y decidida en defensa de los derechos del hombre, de las libertades individuales y del respeto por un desarrollo intelectual y cultural pluralista.

Es por ello que trabajar junto a él como vicepresidente de la Academia

de Humanismo Cristiano constituyó un honor que le agradezco muy profundamente. En esta condición me encontraba cuando el Presidente François Mitterrand invita oficialmente a don Raúl a una conversación en el Palacio del Elíseo, a la cual asistí acompañándolo. Habíamos acordado juntarnos en el Palacio mismo por lo que yo me encontraba a su espera en la entrada del Elíseo. De pronto aparece un pequeño automóvil conducido por un sacerdote salesiano el cual ingresa a los patios del Palacio. Obviamente que la guardia que estaba esperando un automóvil moderno para la solemne entrada de un famoso Cardenal quedó absolutamente desconcertada ante este hecho inusual.

Don Raúl se baja del automóvil y consulta: “¿Cómo se llega donde el Presidente? Tengo una entrevista con él”.

Pasada la sorpresa inicial, el protocolo de palacio asume el rol que le corresponde y nos guía hasta el salón donde se realizaría la entrevista. Mitterrand lo recibe con claras muestras de cordialidad y aprecio. Le saluda afectuosamente en francés. A su lado se encontraba un intérprete que de inmediato le traduce el cordial saludo al señor Cardenal.

Don Raúl con su excelente francés le responde que no es necesario traducción alguna ya que él había sido profesor de ese idioma.

Fue una conversación muy profunda en donde Mitterrand le rindió un gran reconocimiento a la labor desplegada por don Raúl en su valiente defensa por los derechos humanos en Chile.

Asimismo, le ofreció la cooperación del Gobierno Francés a alguna de las actividades impulsadas por don Raúl, la que finalmente recayó en la Academia de Humanismo Cristiano, específicamente a través del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), de fructífera labor durante muchos años difíciles en los que la libertad intelectual se encontraba censurada en el país.

Muchos pensamientos se agolpan en mi mente ¡Cuánto se puede alabar al Cardenal de Chile por su coraje y vocación de servicio en favor de grandes y nobles causas!

---

## Transcende te Ipsum

César Díaz-Muñoz C.

*César y don Raúl compartieron muchas jornadas de conversación sabia y amena. Ambos de gran cultura y sensibilidad social, fueron capaces de unir pensamiento y acción en aras de crear una sociedad más justa.*

Ningún espacio para la leyenda o el mito hay en el ancho destino del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Por el contrario, todo es acción eficaz, múltiple, concreta, al servicio del prójimo desvalido.

Esencialmente activo desde sus primeras acciones sacerdotales, sigue más bien la conducta evangélica de Marta, que se ocupó en atender las necesidades materiales de Cristo, que el modelo de María -más inclinada a la contemplación-, quien entretanto oía, inactiva y absorta, la palabra del Señor.

En esa vocación o llamado profundo, súbitamente las circunstancias externas o históricas lo empujan entrañablemente a trascender. Su oído agudo y atento, su alma fuerte, su corazón sensible encendido en llamas, busca a los oprimidos, a los vejados y ofendidos, a los exiliados y abruptamente desaparecidos o ciegamente encarcelados, y el Cardenal se convierte en la voz alta y escuchada de esa multitud espectral, impotente y muda.

Este acto evangélico y caritativo constituye un hito relevante en el perfil histórico perdurable de nuestro Cardenal.

Existe un vegetal, el diente de león, que, plantado en el valle, es apenas una hierba que se arrastra esforzadamente sobre la superficie del suelo

alcanzando una floración incierta y apenas perceptible. La misma planta, en cambio, en las laderas de los cerros, en las alturas, se desarrolla como un arbusto esbelto, de decidida silueta decoradora, y sus flores son rojas y llamativas.

Acaso el Cardenal Silva ha sido un hombre providencial. La coyuntura histórica ardua y atribulada en que le correspondió gobernar la Iglesia de Santiago, representa la cima del cerro, es decir, el medio óptimo que le permitió trascender en el ajeno beneficio, materializando de esta manera en acción útil y concreta las más valiosas y entrañables virtudes de su personalidad rica, fuerte e insoslayablemente significativa.



---

## **¡Raúl amigo, el pueblo está contigo! Homenaje al Profeta de la Solidaridad.**

**Javier Luis Egaña**

*Javier Luis se jugó por entero con eficiencia y buen criterio en llevar a la práctica las líneas directrices que imponía don Raúl a la Vicaría de la Solidaridad. Entre ellos se cristalizó una gran amistad sustentada en una lealtad a toda prueba.*

**E**l Padre Silva caminando por la Población San Gregorio, hace muchísimos años, cuando este gran salesiano era responsable de Caritas, es la primera imagen que se viene a mi mente al mirar los 90 años del querido Pastor y amigo, Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Desde ese momento hasta hoy cuántas vivencias en común; es por eso que a través de algunos brochazos quiero rendir mi homenaje al Cardenal Raúl; mirando en el pasado lo veo :

A través del trabajo de mi padre como Secretario General de Caritas en la vieja Casa de Erasmo Escala.

En su partida a Valparaíso y en su llegada apoteósica como Cardenal de la Iglesia desde el antiguo aeropuerto de Cerrillos hasta la Iglesia Catedral. Después, en el gran salón del Palacio Arzobispal tuve el privilegio de fotografiarlo junto al Administrador Apostólico de la época Monseñor Emilio Tagle el día de la “transmisión del mando.”

Luego, durante sus primeros pasos como Cardenal Arzobispo de Santiago, con su equipo de vicarios y su enorme energía pastoral reflejada en tantas actividades como la Misión General de 1963; el Movimiento

Familiar Cristiano; y su intervención oportuna en la crisis de la Universidad Católica en 1966.

Incluso tomó el arado y lanzó con don Manuel Larraín, ex Obispo de Talca, una profunda y verdadera Reforma Agraria, respaldando con créditos y asistencia técnica a los campesinos beneficiados.

Demostó su profunda voluntad de justicia social durante los períodos que ejerció la Presidencia de la Conferencia Episcopal y en los años en que creó su Banco del Desarrollo. Pero sin duda su espíritu de Pastor que cuida sus ovejas sin distinción lo mostró en los peores años de la vida nacional.

En octubre de 1973, crea con otros pastores el Comité de Cooperación para la Paz en Chile. En 1974 me toca, por designación del Episcopado, presidir el Comité Ejecutivo del Año Santo y trabajar muy cerca del Cardenal Silva.

En 1975 organizamos con los Vicarios de Santiago, encabezados por el querido y recordado Monseñor Enrique Alvear una gran acogida al Cardenal a su regreso de un viaje a Roma, bajo el lema "La Iglesia junto al Pastor". Las autoridades de la época impidieron realizar esta celebración. Su Cabildo Metropolitana no siempre le hizo las cosas fáciles. Se opusieron a la Reforma Agraria y el Cardenal la sacó adelante con el respaldo personal del Papa Juan XXIII. Más adelante, en 1978, los canónigos nuevamente se cruzaron al Cardenal durante el Simposium de los Derechos Humanos en Chile, ya que no querían prestarle al Arzobispo, su Iglesia Catedral... con delicada habilidad nuevamente el Cardenal llevó a buen término su programa.

El 1° de enero de 1976 el Cardenal crea la Vicaría de la Solidaridad y así llegamos al período donde me tocó vivir día a día los dolores y sufrimientos del Cardenal Silva, por su pueblo que sufría. El trabajo en la Vicaría, en el recuperado Palacio Arzobispal de Plaza de Armas y la decisión del Cardenal de dar acogida a todo perseguido marcó mi vida. Como su primer Secretario Ejecutivo ayudé a crear y organizar este símbolo del compromiso evangélico para asistir a los que sufrían, a los presos, a los familiares de los detenidos y luego desaparecidos, a los enfermos, a los niños en centenares de comedores infantiles que fueron plasmados en las históricas arpilleras de la Solidaridad.

Fueron años muy difíciles. No exentos de tensiones, incluso con el propio Cardenal. Allí mostró su valentía, su amor por Chile, su fiereza y su humildad. Su impetuosa actividad no dejaba ver al hombre de Dios, al

sacerdote de oración profunda, al Pastor que sabía acoger en su buena mesa y celebrar la amistad con sus amigos.

En esta época muestra con nitidez cómo era un profeta en campos siempre considerados delicados. Dió pasos significativos en el terreno ecuménico, no sólo creando el Comité Pro Paz y presidiendo el Te Deum Ecuménico de Fiestas Patrias, sino que apoyó acciones donde cristianos de diversas iglesias trabajaron en común.

Pero sin duda los laicos le debemos mucho al Cardenal Raúl. Supo valorar nuestro rol en la Iglesia; abrió espacios, otorgó confianzas, superó temores y acogió con pluralismo a quienes actuando lealmente, estuvieron dispuestos a servir en instancias eclesiales, como fueron varias de sus vicarías especializadas a pesar de tener variados orígenes políticos.

En 1978 me tocó viajar con él a Nueva York para encontrarnos con monseñor Cristián Precht y recibir el premio de Naciones Unidas por las acciones de la Vicaría. Lo sentí orgulloso por el hecho.

El hombre de vida sencilla que gozaba viajando a Punta de Tralca a ver a sus niños de la Aldea S.O.S. y a caminar y reflexionar por las playas que llevan a La Puntilla, también viajaba por el mundo, era acogido y respetado en todas las naciones y obtenía los recursos para las innumerables obras que llevaba adelante.

Cuando dejé la Vicaría y viajé a Roma por razones de trabajo, nunca dejé de llamarnos inmediatamente que aterrizaba en la ciudad eterna y siempre marcábamos agenda para salir a comer o almorzar con mi esposa Pilar y mis hijos. Allí mostraba una faceta que su rostro serio muchas veces ocultaba: su cariño por los niños. Mis hijos Rafael y Pilar se entretenían mucho con él.

En esa época, no obstante las tensiones que se vivían en el país y el sufrimiento de chilenos que le pedían que intercediera para poder regresar a la patria, el Cardenal siempre mantuvo arriba la esperanza, siempre entregó una palabra optimista y siempre dijo lo que pensaba. No siempre fue comprendido y sufrió muchas veces intensamente.

Su casa acogía y daba seguridad. Su palabra enseñaba y daba esperanza. Cómo no recordar con emoción sus homilias patrias durante los Te Deum del 18 de septiembre, en particular la llamada: "El alma de Chile".

El Cardenal mostró algo que llevaba con fuerza en su corazón: era un hombre profundamente demócrata.

Muchas veces conversamos en Roma en los últimos meses de su ejercicio como Arzobispo. Celebramos en San Calixto sus 40 años de sacerdote y en ese lugar sobre las tumbas de miles de cristianos de la época romana, recibí la notificación de que le habían aceptado su renuncia como Arzobispo de Santiago, por límite de edad. Fue una pena muy grande que no haya podido seguir algunos años más en ese cargo. Estaba muy bien, en la plenitud de sus formas.

Después cumplió con humildad tareas de consejero espiritual en varios colegios, hasta que la salud dejó de acompañarlo.

Hoy retirado en la Casa Salesiana de Macul, reza y recuerda. Mira jugar los niños que siempre quiso, frente al ventanal del living donde pasa largas horas del día.

El Cardenal Raúl Silva sabe apreciar y agradece a quienes lo visitan.

Su participación en el Concilio Vaticano II; su presencia activa en Puebla y Medellín; ser el único chileno que ha actuado y votado en tres Cónclaves para elegir Sumo Pontífice a Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II y a la fecha uno de los tres Cardenales más antiguos del Colegio Cardenalicio, ya que fue creado por el Papa Juan XXIII en 1962, sin duda lo marcan como uno de los más grandes hombres de la Iglesia chilena en este siglo.

Su figura, su nombre, sus escritos quedarán grabados en la Historia de Chile. Miles de chilenos enseñarán a sus hijos que alguna vez la patria tuvo un Pastor que amó a sus hijos hasta las lágrimas, los cuidó, los guió, los amonestó y les enseñó con el amor del Maestro.

Es posible que los jóvenes de hoy no lo conozcan. Es responsabilidad de muchos que tuvimos el privilegio de conocerlo y pudimos gozar de su confianza, el darlo a conocer, como ejemplo de consecuencia con la vida y con la fe.

A un amigo siempre presente, lo saludamos con un abrazo y un silencio profundamente agradecido.

---

## **Un Pastor apasionado por Cristo y por los hermanos**

**Mons. Ricardo Ezzati A.**

*Obispo de Valdivia. Confesor y consejero de don Raúl, con quien compartieron decisiones muy importantes para la Iglesia y la Congregación Salesiana a la cual pertenece, como también la riqueza de la amistad.*

**E**l 8 de febrero de 1981, en la Iglesia Santuario de María Auxiliadora de Santiago, el Cardenal Raúl Silva Henríquez presidía la celebración eucarística en sufragio de quien había sido, por varios años, su confesor y confidente del alma: el Padre Simón Wojciski, salesiano, misionero de nacionalidad polaca, llegado a Chile en 1924.

Una vez terminada la celebración y ya en la Sacristía, el Cardenal me llamó y en voz alta, me dijo: “De hoy en adelante, tú serás mi confesor”. Me quedé perplejo, sin saber qué decir. Lo mismo, supongo, habrán sentido mis hermanos salesianos presentes. Ante mi asombro me llevó a la capilla que se encuentra al lado de la Sacristía, para que lo escuchara en el sacramento de la reconciliación. Recuerdo ese momento: el corazón latía rápido y fuerte, mucho más fuerte que las palabras del Cardenal. Cuando él terminó, atiné a decir una palabra, pero mi voz estaba totalmente quebrada. Don Raúl se dio cuenta de mi aflicción; me tomó bondadosamente de la mano y me dijo: “Por esta vez no me des ningún consejo; quédate tranquilo porque los cardenales somos pecadores como todos los demás hombres”. Yo acababa de cumplir 39 años, demasiado inexperto y de pocos años para asumir la tarea de ser guía espiritual de un hombre de la estatura de don Raúl.

En verdad, él siguió siendo maestro y yo un discípulo: En él vi y de él aprendí tanta sabiduría de vida, esa sabiduría que brota de la fe ilimitada en Dios.

Desde ese día, dos veces al mes, me acercaba a su casa, esperaba a que terminara la Eucaristía o el rezo del Oficio Divino y luego lo escuchaba, celebrando con él las misericordias del Señor.

De a poco fui descubriendo su interioridad, el tesoro escondido en su alma, la fuente y la fuerza propulsora de sus motivaciones de vida y de su energía de Pastor. Fui conociendo la fe y el amor que lo apasionaban por Jesucristo, su propósito de fidelidad en el desempeño del ministerio de Pastor en Iglesia y su compromiso de encarnar, en el hoy, el mismo amor de Cristo hacia los pobres y los pequeños. El hecho de compartir la misma espiritualidad salesiana me facilitó la tarea: Nos encontrábamos en sintonía de alma. Nació así, una amistad muy profunda, densa y rica de espiritualidad. Repito que cada vez que salía de su casa, me iba enriquecido.

En abril de 1984 fui nombrado Superior Provincial de los Salesianos de Chile. Le pregunté si no quería cambiar de confesor. Me respondió bromeando: “Es cierto, tú ahora eres mi superior, y el superior no debe ser confesor de sus súbditos; pero, por esta vez, hagamos un excepción y sigamos adelante”. Seguí hasta septiembre de 1991, cuando una nueva obediencia me llevó a Roma para prestar un sencillo servicio a la Sede de Pedro, en la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. La salud del Cardenal estaba ya bastante deteriorada y el alejamiento fue doloroso para ambos. Desde el año pasado, todas las veces que desde Valdivia paso por Santiago, no dejo de ir a verlo. Siento por él, veneración y afecto.

Como confesor y amigo he pasado muchas horas con don Raúl.

He compartido su experiencia de hombre fuerte en la fe, su anhelo ardiente de fraternidad, su trabajo por la justicia y, la vez, la calidez humana, el trato señorial y el sentido profundo de amistad que siempre cultivó. A menudo, he quedado asombrado y conmovido frente a las manifestaciones de su corazón tierno, paterno y bondadoso hacia los niños o frente a los problemas de los pobres, los marginados o desprotegidos. La espiritualidad salesiana fundada en el estilo del Buen Pastor había logrado victorias importantes sobre su carácter fuerte, y a veces, terco.

Espiritualmente lo he acompañado en la etapa de la vida que se va, del tiempo que parece escaparse más rápidamente, cuando, como repetía don Raúl: "Se es emérito". Hora en la cual hay que descubrir una nueva fecundidad de la vida, un nuevo estilo de servicio y proyecciones diversas a las vividas hasta ese momento. En ese contexto existencial, he sido testigo de algunos momentos particularmente delicados y densos de su experiencia de hombre y de Pastor. Entre ellos puedo mencionar la hora en la que, por límites de edad, tuvo que dejar el pastoreo de la Arquidiócesis de Santiago; el accidente que sufrió mientras regresaba de San Antonio a Santiago; en agosto de 1988 y que, según mi parecer, marcó el momento en que el Cardenal comenzó a tomar la conciencia de la declinación de sus fuerzas; el abandono paulatino de muchas personas y la soledad.

De a poco, y no sin el descargo que ello supone, el hombre de brillantes realizaciones, siempre rodeado de ilustres personalidades, va escondiendo su vida en Dios y va experimentando en una soledad habitada el gozo sereno de una nueva fecundidad: "Si el grano de trigo cayendo en el suelo muere, no puede dar fruto". Todo esto no se improvisa. Es fruto de la gracia y de un largo entrenamiento.

En 1987, con ocasión de celebrar los 100 años de la llegada de los Salesianos a Chile, pedimos a don Oscar Pinochet de la Barra que escribiera una biografía del Cardenal Silva. Lo hizo con la maestría que siempre lo caracterizó. El día de la presentación del volumen, frente al Padre Egidio Viganó, Rector Mayor de la Congregación Salesiana y frente a eminentes personalidades nacionales y extranjeras, dije que el libro me parecía incompleto. Le faltaba un capítulo; uno que describiera la razón profunda y la explicación más radical de todo lo que se decía bellamente en sus 250 páginas.

Hablando del Cardenal Silva, en efecto, se destaca, ordinariamente, su exuberante actividad pastoral, su multifacética acción social y sus sorprendentes iniciativas, muchas veces visionarias y proféticas.

¿De dónde provenía tanta fuerza? ¿Quién lo inspiraba?

Soy de aquellos que pueden atestiguar que el motor propulsor de su vida residía en la fe y en el amor entrañable a su Señor. Muchos, sin duda, recuerdan como esta fe y este amor afloraban en su diario vivir. Quien no lea la vida del Cardenal desde esta clave, lo apreciará por su trato humano, por su capacidad e intuición pastoral, por su genio emprendedor, por su

habilidad política, por su compromiso social, pero no habrá descubierto la raíz motivadora de su ser y de su quehacer. Esta se encuentra concentrada en el lema de su escudo episcopal: “Caritas Christi Urget Nos”. Es decir: lo que me apremia, lo que me motiva, es el amor de Cristo. Este es el núcleo unificador de su vida y la motivación desde el cual emprendió todo.

He sido testigo cercano de esta motivación. El mismo amor que apremió a Cristo a dar su vida por los hombres, urgió también al Cardenal Silva a vivir y actuar entregado al bien de los hermanos, modelando su vida a la del Buen Pastor que da la vida por las ovejas. El fundador de su Familia Religiosa le había enseñado lo que significa amar hasta la temeridad.

Puedo atestiguar que el Cardenal Silva ha tenido y cultivado una conciencia clara del llamado recibido de Dios: “Ser Pastor bueno en medio del pueblo”. Un Pastor que, diariamente y en diálogo orador con su Señor, ha intentado reproducir y prolongar en su tiempo el amor de Cristo, Buen Pastor por excelencia. El amor lo llevó a ser Pastor intrépido, que cree en la fuerza salvadora del amor hecho obra concreta.

Me atrevo a aplicar al Cardenal Silva cuanto la Regla de Vida salesiana afirma de San Juan Bosco: “Profundamente humano y rico de las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, *vivía como si viera al Invisible*. Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario... Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso”.



## Los niños, su principal preocupación

Roberto y María Lourdes Fantuzzi

*Roberto, un empresario con conciencia social.  
Su amistad con el Cardenal nace a raíz de la  
preocupación mutua por los niños en situación  
irregular. Él y su esposa, Malule, junto al  
matrimonio de Ignacio Correa y Pilar, encabe-  
zaron la fundación del Hogar de Menores  
Cardenal Caro.*

Aún recordamos como si fuera hoy, aquel día del mes de julio, del año 1985 en que fuimos convidados a comer donde el Cardenal Silva; don Raúl, como lo llamaban cariñosamente las personas más cercanas.

Su casa de la calle Los Pescadores en la comuna de Ñuñoa, era el lugar de reuniones de todo tipo de personas que por los más diversos motivos llegaban allí. Bajo la atenta mirada de doña Clementina, su hermana, a cargo de la casa, con quien nos une una profunda amistad hasta el día de hoy; se realizaban amenas tertulias, donde se hablaba de nuestra Iglesia, de cómo se veía el acontecer nacional y por sobre todo del compromiso con nuestros hermanos más necesitados. Pero había un tema que lo apasionaba: los niños en situación irregular, aquellos niños abandonados o con problemas familiares que debían vivir en hogares.

Esos hijos de Dios eran su mayor preocupación, por eso las Aldeas S.O.S. atraían su atención y ayuda. Fue en ese tema donde tuvimos una comunión profunda y soñamos con ver a todos los niños chilenos viviendo dignamente -aunque no estuvieran con sus propias familias- en hogares, en sus queridas Aldeas S.O.S., donde se les pudiera acoger con amor y cariño,

cubriéndoles todas sus necesidades, teniendo como resultados niños felices.

Siempre recordamos que cualquiera fuera el tema que se estuviese conversando, por muy importante que este fuera, al hablar de las aldeas, el Cardenal desviaba todo su atención para saber y estar al tanto, de las actividades que estábamos realizando con los niños.

Fue así como cada vez que íbamos a su casa, el tema más importante que nos unía, era el de los niños y la necesidad de crear más hogares manejados por personas de buena voluntad.

Nosotros optamos por esta aventura, vivir el privilegio de servir.

Sonábamos con que estos niños fueran el día de mañana hombres y mujeres con valores, capaces de valerse por sí mismos, evitando así que en nuestra sociedad existan seres frustrados y sin esperanza, terminando en la delincuencia, abarrotando nuestra cárceles.

Así nació el Hogar de Menores Cardenal José María Caro, que comenzó con sólo cinco niños y hoy alberga a cuarenta pequeños y que hace posible que todos quienes trabajamos en él, vivamos a diario este milagro de amor.

¡GRACIAS, DON RAÚL!

## El Cardenal en el Rin

Mariano Fernández A.

*La amistad de ambos se gesta en Alemania, donde Mariano tuvo que permanecer después del golpe militar. En los frecuentes viajes de don Raúl a Europa, la presencia y contacto con Mariano, siempre fueron de gran servicio para las obras del Cardenal en Chile.*

La vida a orillas del Rin inevitablemente adquiere una cierta atmósfera melancólica originada en las brumas, las lloviznas, los tonos grisáceos del cielo y la excesiva placidez del entrañable Bonn am Rhein, nuestra segunda ciudad natal.

Viviendo ahí durante los años setenta, enturbiados por la dictadura militar y el terrorismo de Estado en nuestra patria, la visita periódica del Cardenal Silva Henríquez constituía un acontecimiento de primera magnitud para los residentes chilenos, mejor dicho para los exiliados chilenos, y particularmente para mí y mi familia, puesto que es esos parajes nos constituíamos en los principales *arrenquines* del purpurado.

La verdad es que la presencia del Cardenal instantáneamente generaba un halo de optimismo, de días gratos, de conversaciones animadas, de compromiso y esperanza. Diría que había algo mágico en la personalidad de este recio varón. Una simbiosis particular entre humanidad, autoridad y espiritualidad. Simultáneamente se presentaba con su franca sonrisa campechana, su reflexión angustiada y su decisión enérgica acerca de los caminos a seguir.

No puedo negar que me constituí en un admirador incondicional de don Raúl, apelativo que no apreciaba, prefiriendo el de señor Cardenal o simplemente Cardenal. Resultaba sencillo admirarlo al acompañarlo a un sinnúmero de encuentros, reuniones, charlas, con autoridades alemanas y europeas, con fundaciones y organizaciones privadas, con parlamentarios y políticos, con jóvenes y con chilenos. Su mensaje era de reconciliación, de justicia y de gran amor por Chile. En un momento de tajante y trágica división en nuestro país, colaborar con el Cardenal era encontrar el sentido de la vida.

Ese mensaje enseñaba y enseña que entre nosotros aún está prácticamente todo por hacer y que era casi una bendición no protagonizar un proceso cultural envejecido y agotado, sino que participar de un desafío de creación que ofrecería un amplio espectro de realización personal y colectiva, como sería la tarea de conducir a Chile al desarrollo y a la unidad; a la Patria para todos de la que nos hablaba en esa época Jaime Castillo, “el maestro”, quien en el mundo laico para muchos de nosotros ha jugado un papel semejante al del Cardenal Silva Henríquez.

En un cierto sentido la amistad y confianza del Cardenal constituyeron un fuerte aliciente para hacer de nuestra prolongada estadía en Alemania una suerte de destino noble y enriquecedor.

Podría dar numerosos testimonios, pero hoy al participar en el homenaje que se le brinda, con ocasión de su nonagésimo cumpleaños, desearía recordar con énfasis la humanidad graciosa y vital del Cardenal. Anécdotas hay muchas. Intentaré una breve.

## **El Rin francés**

El Cardenal es un gran conocedor de vinos, con estilo definido y palabra clara en la materia. La Viña Cousiño Macul jamás permitió que hubiera otro vino en la mesa del Cardenal.

Cuando viajaba por Europa, naturalmente, se veía compelido a beber otras razas de vinos y también nos entreteníamos en comentarios sobre estos asuntos.

En una de las primeras oportunidades que visitó mi casa en Bad Godesbag, como ya era regla, me avisó desde Roma la fecha y hora de llegada.

- Señor Cardenal, como usted llega temprano podríamos comer juntos, -le dije.

- Quizás podríamos comer jamón con melón -que le encantaba-, -me espetó directamente.

-Le tendré un estupendo vino seco de Alsacia (orgullo mío hasta hoy).-

Llegó, como era habitual, acompañado por Domingo Santa María a quien también mi mujer y yo tenemos gran afecto.

Luego de una animada conversación, pasamos a la mesa y al jamón con melón.

Serví el vino con cuidado y el mayor profesionalismo posible. Lo observó, me miró y dijo:

-Así que gran vino seco de Alsacia.

-Sí, comenté, es un Riesling de muy buena familia. Es un vino Rin, pero de la orilla francesa -añadí, sabiondo.

Dio una ojeada a la botella y apuró un sorbo con gran estilo. Lo disfrutó plazeramente. Yo esperaba la frase laudatoria que confirmara mis progresos vinícolas. Transcurría el tiempo lentamente. Bebió un nuevo sorbo y en su rostro emergieron la sonrisa irónica y la mirada socarrona que le ha caracterizado a través de su vida.

Repentinamente y con la sonrisa transfigurándose en risa, me dijo:

-¿Hace cuántos años que vives fuera de Chile?

-Cuatro -le respondí, sin comprender a qué venía la pregunta.

-¿Y no has podido volver?

-No.

-Se ve, señaló ya con franca risotada.

-¿Por qué? pregunté riendo, pero extrañado, sin entender de qué hablábamos.

-Porque parece que ya no te acuerdas lo que son los vinos secos, y se rió a voluntad. Domingo también soltó una carcajada. Keka, mi mujer, casi aplaudía porque a ella le parecía lo mismo y yo me reí, y en realidad me reí varios días cada vez que me acordaba de las palabras claras y graciosas que retrataban de cuerpo entero su temperamento. Aprendí, además, que hay vinos secos y vinos secos. Muy importante.

## **Una sonrisa conmovedora**

**Pinetta Ferraris D.**

*Pinetta, hermana del Padre Gustavo, llegó de Italia para colaborar con la hermosa tarea de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca. La "tía Peineta", como le decían los niños, se ganó muy rápidamente el cariño de toda la Aldea y, por supuesto, el del señor Cardenal.*

**D**el Cardenal Silva conocí primero su voz: en los lejanos tiempos del Concilio Vaticano II, estando él en Roma lo saludaba por teléfono y él me daba noticias de mi hermano, siempre con paternal preocupación y mucha amabilidad. Cuando le mandé una caja de "marrón glacé" (que por mi hermano supe que le recordaban a su mamá) me agradeció y dijo que le habían dulcificado los trabajos del Concilio.

Años más tarde, cuando vine a Chile de visita -entre 1979 y 1980- lo conocí finalmente en persona y me impresionó su gran autoridad unida a gran bondad y simpatía. Alojé en su casa en Simón Bolívar ya que mi hermano vivía con él en esos años. El recuerdo de esos días no se borró nunca de mi mente. Una mañana me convidó a que lo acompañara al centro: con gran sorpresa para mí entramos al Mercado Central y compró verdura, fruta y pescado. Los vendedores lo saludaban con cariño y respeto y él tenía una palabra para todos, con extrema sencillez. Quedé impactada. Para mí, italiana con esquemas mentales totalmente distintos, esa manera de ser tan auténtica y profundamente humana de un Cardenal, del Primado de Chile, fue algo trastornante realmente y me di cuenta, además, de cómo el pueblo chileno lo quería.

---

Desde entonces la figura del Cardenal ocupó un lugar importante en mi vida. Así, cuando decidí volver a Chile para quedarme definitivamente, hace nueve años, tuve el honor y la alegría de acompañar al Cardenal Silva a Punta de Tralca cada fin de semana y por mucho tiempo.

Allí, en ese lugar tan querido, lo esperaban los niños de “su Aldea S.O.S.”, que yo también siento un poco mía por el cariño que le tengo.

No puedo olvidar su cara sonriente y bondadosa, su mirada llena de amor mientras repartía los dulces a los niños que se ponían -¡peleando!- en doble fila delante de él, era un rito que puntualmente se repetía cada sábado. Esta es la imagen más querida del Cardenal que guardo en mi corazón. Ahora, cuando voy a verlo en la Casa de Reposo, me acoge con una sonrisa tan dulce que me conmueve, como si viera a mi padre. Estoy segura que él capta el gran cariño que le tengo.

## **Mi Padre Cardenal Padre Gustavo Ferraris D.**

*El último tiempo en la vida de don Raúl, en la casa de calle Los Pescadores, está impregnado de la presencia del Padre Gustavo, quien lo acompañaba en el descanso y en la misa, como una muestra de sólida amistad.*

**C**onocí al Cardenal Raúl Silva en Turín, el año 1936, cuando aún no era sacerdote. Lo encontré en un momento doloroso de su vida: le había sido comunicado que no podía ser admitido al sacerdocio por tener un defecto en la rodilla que le impedía arrodillarse como lo exigía la celebración de los actos litúrgicos. En ese momento él no sabía que por intervención de un superior amigo suyo se había resuelto la dificultad; lo encontré afectado pero no desesperanzado. Confiaba en los proyectos de Dios, siempre misteriosos y desconcertantes pero providentes.

Años más tarde, ya sacerdote, fue mi profesor de Moral. Allí aprendí su criterio práctico de Pastor, que busca siempre la solución de los problemas desde la óptica de la benevolencia de un Dios misericordioso que ama a sus criaturas y que dispone sus leyes para ayudar a salvar y no para reprimir y castigar. Él supo destacar la paternidad de Dios.

Recuerdo un sermón suyo en el cual acentuó la importancia de la figura femenina de María en la vida afectiva del sacerdote. En ese tiempo me sorprendió, ahora comprendo toda su profundidad.

Su vida se puede resumir en su gran amor a la Iglesia y a los pobres, miembros privilegiados de esa Iglesia. Recuerdo que recién designado Cardenal, le pedimos que defendiera en Roma la nueva orientación del



---

Seminario Pontificio Menor, que de un internado reservado a las vocaciones sacerdotales, se había abierto a toda la gama de vocaciones cristianas. Desde Roma había llegado una desaprobación del cambio. Estábamos en la época preconiliar. Acudimos los interesados en sostener la nueva orientación, que había propiciado el Movimiento Familiar Cristiano cuyos padres habían retirado sus hijos de los diferentes colegios para incorporarlos al nuevo seminario. El Cardenal nos escuchó, vaciló un momento y nos confesó. “Fui nombrado Cardenal para comprometerme a dar mi vida por la Iglesia, si fuera necesario derramar mi sangre, simbolizada en el color de la púrpura. No me pidan que empiece mi cardenalato oponiéndome a una diócesis de la Iglesia”; le replicamos: “pero le pedimos que Roma revise su intervención, aportándole usted mejor información. Estamos seguros que existe una insuficiente información y su intervención en las altas esferas puede lograr un mejor resultado”. Así fue, y cuando regresó de Roma, después de recibir el capelo, nos manifestó toda su alegría por haber logrado aclarar el problema.

Su gran preocupación como Pastor eran los pobres. Por su cultura y por su condición social, como abogado y como Arzobispo de Santiago, sentía una deuda inmensa hacía los más necesitados.

Sus fundaciones, Invica, Fintesa, Banco del Desarrollo, Improa, Indisa, Academia de Humanismo Cristiano, Universidad Blas Cañas; que él fundó o ayudó a constituirse o a subsistir, revelan esta preocupación fundamental de su vida: aliviar la carga social a los más pobres porque son los privilegiados de Dios. Lo movía la fe y no el éxito social, como muchos se atrevieron a interpretar. Él gozaba cuando recibía las noticias de cuantas casas se habían entregado y cuantas familias podían gozar de una existencia más digna.

Se emocionaba cuando los vicarios relatábamos algunos dramas que descubríamos en las poblaciones marginales. Lo vi llorar cuando supo que una pareja de casados no podía vivir su intimidad por tener que compartir la pieza con todos sus hijos.

Lo vi siempre como un hombre de oración. Tenía una vida muy activa en continuas instancias de importantes decisiones, escuchaba, intercambiaba informaciones para ver claro en los problemas que debía asumir, pero su tiempo de oración era sagrado, y podía verlo de noche, después de reuniones tardías y agobiadoras, antes de retirarse a su dormitorio, a la hora que fuera,

abrir su breviario y orar las frases que la Iglesia pone cada día en los labios y en el corazón de sus sacerdotes para pedir por todas las necesidades de los hombres. Esa fidelidad a Dios en la oración siempre me conmovió y me estimuló.

Como salesiano aprendió de San Juan Bosco el valor de los niños para el Reino de los Cielos: lo quiso entrañablemente; en La Cisterna, en la Gratitude, en el Patrocinio, -donde fue Director- y en la Aldea S.O.S. que él fundó, quiso explayar su amor a los pequeños y su sentido profundo de paternidad.

Manejó mucho dinero en su vida, hasta ser sospechado de interesarse más por el resultado financiero de las inversiones que de su incidencia pastoral, pero eran juicios superficiales: tuvo un desprendimiento tan elocuente que cuando dejó el cargo de Arzobispo puso en evidencia que su único interés había sido ayudar a la gente, y con libertad supo entregarlo todo.

Amó a su tierra y a su pueblo, le interesaba siempre la situación sociopolítica que tanto influye en el bienestar de la mayoría; conversaba con los dirigentes políticos de todos los bandos, estaba abierto a sus críticas y sugerencias con respecto a la actitud de la Iglesia en diferentes circunstancias, y en los tiempos más difíciles supo levantar su voz sin temer las represalias. Fue atacado y hasta repudiado, pero su corazón de padre nunca se cerró al perdón y a la comprensión. Se sometió a reuniones difíciles y hasta comprometedoras a altas horas de la noche, con el general Gordon, entonces Jefe de la CNI para cooperar en un posible entendimiento entre el gobierno de la época y la autoridad eclesiástica, en un momento en que las reuniones se habían cortado y el jefe del gobierno había interpretado la valiosa iniciativa del Arzobispo Fresno como un intento de unir a la oposición para derrocarlo.

Como nunca pude apreciar en esas noches el amor del Cardenal Silva para su patria y para su pueblo; son estos unos pequeño rasgos de un gran hombre.

## Líder de los perseguidos

Juan Fierro M.

*Médico personal de don Raúl durante muchos años. Vibraban juntos al planear y concretar ideas que ayudaran a resolver los grandes problemas de la salud de los pobres.*

El Espíritu Santo influyó en que don Raúl Silva Henríquez fuera designado como Arzobispo de Santiago, ya que el candidato más probable no era él, sino otro digno sacerdote que en esa época aparecía como de vanguardia. Sin embargo, el Espíritu Santo se hizo presente y don Raúl fue nombrado Arzobispo de Santiago y, en cumplimiento de su sagrado apostolado se constituyó sin buscarlo, en el líder de los afligidos, de los perseguidos y víctimas del poder. Su recia personalidad, inteligencia y santidad, fueron un testimonio vivo para todo el pueblo de Chile, que vio en él una vía de salvación. Su voz fue la voz de los sin voz; sus casas se abrieron generosas para recibir a los perseguidos. En estas circunstancias fue que conocí al señor Cardenal. Uno de mis hijos se vio enfrentado a la persecución del régimen y fue la intervención de don Raúl la que logró ponerlo a salvo. Su labor fue difícil, sufrió la presión del poder del Estado, del poder económico y también de algunos grupos minoritarios.

El Cardenal es un hombre de pocas palabras, con una personalidad fuerte pero de mucha acción. Sus homilías son de gran profundidad en la forma y en el fondo, y calan muy hondo a quienes lo escuchan.

Al finalizar este breve testimonio no puedo dejar de recordar el accidente automovilístico que sufrió en 1988, a consecuencia de ir en un frágil vehículo, ya que su automóvil habitual tenía prohibición de circular porque

por orden del Estado se le había retirado la placa diplomática. Desde esa época continué atendiéndolo y fui comprobando que él lentamente ya no era el mismo, pero siempre conservando sus rasgos de genialidad. Este santo varón como otros santos sacerdotes, como el Padre Hurtado por ejemplo, constituyen una verdadera “visita de Dios”.

## Recuerdos dulces y amargos

Hernol Flores O.

*Hernol y don Raúl, dos luchadores incansables por la justicia. El común accionar los reunió en varias oportunidades en la búsqueda incesante de un mejor destino para Chile, sus valores democráticos y, principalmente, sus trabajadores tantas veces oprimidos.*

Entre las tantas cosas que deberé agradecer a Dios en mi paso por la tierra, seguramente una de las más felices será la de haber tenido la oportunidad de conocer personalmente al Cardenal Raúl Silva Henríquez, y además convertirme en actor de algunas instancias importantes en la vida de este chileno excepcional, de quien tenemos tantas razones para sentirnos orgullosos.

Trataré de describir dos momentos muy gratos para mí, y que pienso son testimonios elocuentes de los rasgos de grandeza de don Raúl.

Comenzaba la década de los 80 y la dramática situación que vivíamos los chilenos trajo al país a una muy representativa delegación de sindicalistas internacionales, que venían a entregar su solidaridad a los trabajadores y a las entidades que luchaban por la recuperación de la democracia. Entre ellas, por supuesto, la Iglesia Católica.

Esta embajada sindical la encabezaba el propio Secretario General de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, CIOSL, John Vanderveken, y la integraban el Secretario General de la Unión General de Trabajadores de España, UGT, Nicolás Redondo; el Secretario General de UGT, Manuel Simón; el Director Ejecutivo del AIDSL y

dirigente de la AFL-CIO de Estados Unidos, William Doherty, y algún otro líder de igual importancia que lamentablemente ahora no recuerdo.

Salvo Bill Doherty, hombre de comunión diaria, todos los demás son libres pensadores, particularmente Nicolás Redondo, quien es mundialmente conocido como muy lejano de las creencias religiosas.

Todas estas personas, más Manuel Bustos y yo, fuimos invitados por el señor Cardenal a una cena en su casa de calle Los Pescadores de Ñuñoa, manifestación con la que se despedía a la delegación de sindicalistas que al día siguiente regresarían a sus países.

Durante la comida, don Raúl hizo una muy detallada relación de los problemas que nos aquejaban, agradeció la solidaridad internacional que merecían nuestras angustias, y dio a conocer con brillante elocuencia la posición de la Iglesia que él presidía con respecto a la situación de los derechos humanos, sindicales, políticos y sociales de los chilenos. En homenaje a la nacionalidad belga del Secretario General de CIOSL, el Cardenal en gran parte de su intervención habló en francés, idioma que también dominaban la mayoría de los visitantes.

Terminada la comida, don Raúl invitó a pasar a un pequeño living cercano al comedor, donde ofreció café y algunos licores.

Si hasta ese momento las visitas, y por supuesto Manuel Bustos y yo, estábamos muy gratos, la velada que siguió fue simplemente encantadora. Siempre hablando en francés, el Cardenal contó diversas anécdotas de su vida sacerdotal; reconociéndose como un cura díscolo, inquieto, que no siempre marchaba en total sintonía con las autoridades civiles y eclesiásticas. Por esto, según explicó, cada vez que era llamado a Roma presentía que era para formularle alguna reprimenda. Sin embargo, en cada oportunidad en que debió ir al Vaticano, regresó a Chile con un nuevo cargo superior. Así, dijo, ocurrió cuando se le ordenó Obispo, luego Arzobispo y después Cardenal.

Tocando suavemente con el codo a Manuel Bustos para que volviera a llenar los vasitos de licor y con una sonrisa picaresca expresó: “¡Ah!, pero también tengo una anécdota con la señora Jacqueline Kennedy”. Advirtiendo la mirada de sorpresa de sus invitados, se apresuró a contar que en una entrevista que él sostuvo con el Papa Juan XXIII, la conversación fue tan amena y se prolongó tanto, que la Primera Dama de los Estados Unidos debió esperar más de media hora para ser recibida en la audiencia que S.S. le había

concedido ese mismo día.

Al final de tan encantadora velada, el ateo Nicolás Redondo resumió en forma muy elocuente el sentimiento unánime de la Delegación Internacional al exclamar: “¡Hostias! Si todos los curas fuesen como éste, yo comulgo mañana mismo”.

Otro recuerdo del Cardenal, que por cierto no fue tan grato como el anterior sino más bien dramático, casi amargo, es el siguiente:

A fines de abril de 1983, la lucha por la democratización del país se hacía cada vez más dura y difícil. En el mundo sindical existían serias diferencias entre la Coordinadora Nacional Sindical y la Central Democrática de Trabajadores, gravitando negativamente en la eficacia de los esfuerzos que ambas organizaciones realizaban hacia el mismo objetivo libertario.

Dolido por esta situación, el Cardenal decidió convocar a una reunión que permitiera poner en sintonía a la CNS y la CDT para lo cual encomendó al Vicario de la Pastoral Obrera, Monseñor Alfonso Baeza, fijara una reunión entre Manuel Bustos y yo en la casa del Cardenal. Por supuesto que esta reunión debía ser en la más estricta privacidad, dado que la malquerencia de los partidarios del gobierno de la época seguramente tergiversarían la actitud del ilustre prelado, calificando su acción como una actividad política o, al menos, de manipulación de las organizaciones sindicales.

Planteadas así las cosas, convinimos efectuar esta reunión a las tres de la tarde del día siguiente. Para asegurar el carácter privado de este encuentro, Monseñor Baeza pasó en su automóvil a buscar a Manuel y luego a mí para irnos a la calle Los Pescadores.

Grande fue nuestra sorpresa y desconcierto cuando al llegar a la residencia del Cardenal vimos que una multitud de periodistas de todos los medios de comunicación ocupaban totalmente la puerta de acceso. Enseguida fuimos informados que en esos mismos momentos se había comunicado que asumía como nuevo Arzobispo de Santiago Monseñor Juan Francisco Fresno, y por tanto el Cardenal Raúl Silva Henríquez desde el mismo instante dejaba de ser Jefe de la Iglesia Católica.

El Sacerdote Cristián Precht, en ese momento Secretario de don Raúl, nos confirmó la noticia, advirtiéndonos que por esa razón ya no seríamos recibidos y la reunión se cancelaba definitivamente. Conmovidos, Bustos y yo insistimos en ver al Cardenal solamente para rezar con él un Padre Nuestro y recibir su bendición. Con su bondad característica y seguramente

en demostración de su amor por los trabajadores, don Raúl accedió a nuestra petición, bajó al primer piso y tomándonos de las manos rezó junto a nosotros y luego nos dio su bendición.



## **El pueblo está contigo** **Claudio y Maricarmen Glade**

*Ambos se han transformado en grandes compañeros de los días de vejez del Cardenal. La visita de Maricarmen y Claudio a don Raúl es sinónimo de enriquecer el alma y de verdadera alegría.*

**C**onocí al señor Cardenal cuando fue nombrado Arzobispo de Santiago. Él era Obispo de Valparaíso y se produjo el enroque con Monseñor Emilio Ruiz-Tagle (Administrador Apostólico de Santiago).

Don Emilio era muy querido por todos los seminaristas, fue una pena para nosotros que lo cambiaran. Por eso nos costó, al principio, aceptar a don Raúl. Ambos eran personas un tanto distintas. A don Raúl, uno lo sentía algo distante y frío.

En el seminario me correspondió un año ser caudatario del señor Cardenal, las relaciones eran formales solamente.

Después del '73 se acrecentó en mí la significación de su persona, al salir en defensa decidida por los derechos humanos, se jugó entero por aquellos que sufrían en aquel entonces.

Empecé a sentir admiración y un cierto cariño por él.

En Punta de Tralca, lugar tan querido por él, tuvimos, mi esposa y yo, la oportunidad de compartir gratos momentos en su mesa. Para nosotros fue un gran honor y aprendimos a conocerlo un poco más: su gentileza, su buen humor, su picardía y su acogida.

En este lugar le salía su vena salesiana, a veces lo acompañaba cuando iba a la Aldea S.O.S. a visitar y compartir con los niños y niñas de allá. Les

llevaba dulces y los asistía en la confesión. Con ansias, los niños de la Aldea esperaban la venida del querido “Tío Cardenal”, como lo llamaban con tanto cariño. En la misa dominical, al momento de darse la paz, los niños se avalanzaban para abrazar y besar a su Tío Cardenal.

El señor Cardenal siempre presidía allá las ceremonias de Semana Santa, sus palabras eran escuchadas con mucha atención y emoción. Al terminar la Misa de Gloria, espontáneamente todos los participantes aplaudían largamente y repetían la famosa frase: “¡Raúl, amigo, el pueblo está contigo!”.

Fuimos testigos de ver con qué cariño, las madres que atienden la Casa de Ejercicios, lo atendían a él, preocupadas de los mínimos detalles.

A propósito de atenciones, cómo no mencionar su querida Tere, que le preparaba esos ricos platos que a él tanto le gustaban.

Ya retirado de la vida pastoral activa, seguimos viéndolo en su casa de la calle Los Pescadores. Descubrimos un nuevo aspecto de su persona, afloró esa ternura, que cuando más jóvenes no supimos apreciar, cayeron las barreras que sentía cuando recién lo conocí. Empecé a quererlo como a un abuelo. Su rostro se dulcificó y se hizo más transparente. Aunque, de vez en cuando, saca su voz de autoridad. Permanece su humor, su tierna sonrisa y su picardía en la mirada. Ahora, en su casa de reposo, vamos más seguido a visitarlo. El señor Cardenal participa de las “tertulias del día domingo”, amenizadas por el Padre Marcial Umaña (sacerdote muy querido por él). Nos impresiona ver el cariño y las atenciones de los demás sacerdotes que conviven con él, y conmueve observar cómo él corresponde ese cariño que le tienen, con qué ternura apoya sus manos en la cabeza y la acaricia con delicadeza y les da su bendición. También nosotros hemos sentido esa emoción cuando su mano aprisiona la nuestra. Es como una forma de agradecer por la visita que se le hace.

Quisiera terminar dándole públicamente las gracias por todo el bien que hizo en la Iglesia -y *pasó haciendo el bien.*- y a tantos que no pertenecen a ella. Cuánta vida salvó, cuánto dolor mitigó, sólo Dios lo sabe.

Oremos siempre por él y démosle esas pequeñas grandes alegrías al visitarlo.

Gracias por todo, señor Cardenal. El pueblo lo siente realmente su “amigo”.

Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo te acojan en su casa cuando tengas que partir a tu último viaje. La Madre María Auxiliadora te recibirá con alegría. Amén.

## Su Eminencia, el Cardenal Raúl Silva Henríquez

Mario Gómez L.

*Para Mario, el señor Cardenal es una de las figuras más importantes de Chile en este siglo. Lo admira y lo quiere de todo corazón. Por su parte, don Raúl siempre le manifestó afecto y gratitud.*

Los reporteros, en esta profesión periodística, son irreverentes por formación y por necesidad, más aún cuando la tecnología les encajó en una mano una grabadora y en la otra un micrófono. Tal vez esto es lo que pone límites no visibles a quienes como yo, conocimos a Monseñor Raúl Silva Henríquez en el batallar de un suceso inesperado o en una ceremonia oficial, más a nivel de gobiernos que de Iglesia.

El primero de mayo de 1971, el Cardenal se sentó en una silla de primera línea en el escenario de Avenida Bulnes con Eleuterio Ramírez, como invitado a la celebración del día de los trabajadores. Era mediodía, él se envolvía en su capa, sus piernas cruzadas, escrutando hacia allá lejos. Veíamos un hecho histórico, primera vez que un Cardenal asistía a ese acto, políticamente delicado a menos de un año de haber asumido la Presidencia de la Nación el doctor Salvador Allende.

El Presidente pronunció un discurso repleto de recados a sus opositores para precisar que su gobierno y su programa eran esencialmente democráticos. Saludó la presencia del Cardenal, como un hecho histórico, protagonizado por un hombre respetable por él y por su cargo.

Nosotros intentábamos captar lo distinto, la vieja pelea reporteril, adecuada a la instrucción habitual del jefe de crónica que insistía:

-”Y no te olvides, el ángulo distinto del asunto, escrito con nervio y vida, sin dejar nada fuera”. Nunca un jefe de crónica me pudo explicar que era eso de “distinto”, pese a que yo mismo utilicé como jefe la misma frase innumerables veces.

Lo distinto era todo, pero el nervio y la vida del suceso era la presencia de un Cardenal junto a los trabajadores en el primer gobierno socialista, de izquierda, de una alianza antiimperialista en toda la historia de este país.

Pasarían los años y en el exilio siempre lo recordé en ese mediodía, como fotografía para tenerla en el comedor de la casa e invitar a reflexionar sobre ese hombre al cual le escuché cosas imborrables en su sentimiento hacia los trabajadores:

-Acusan de flojos, de curados a los trabajadores. Cuando esto ocurre entre los ricos no se dice, no se comenta. Los obreros han sido claves en la Historia de Chile, a ellos el país les debe mucho. Pero, claro, cuando un obrero comete un delito, de él se publica todo: carnet de identidad, nombre completo, dirección, hijos, mujer; todo. Cuando igual delito lo comete alguien de los poderosos esconden hasta el nombre.

Estos contenidos eran parte de sus conversaciones en la Vicaría de la Solidaridad donde se sufría minuto a minuto en la tarea de salvar vidas, cuidar gente, proteger familias.

Tuve ocasión de entrevistarlo en su casa de calle Lota, allá por 1965, para canal 13 en el programa Reportajes, del cual yo era conductor. Leonardo Cáceres obtuvo la exclusiva y como jefe me envió a cumplir esa misión.

-Le ruego que tenga muy presente que nos mantendremos dentro del tema estipulado, el papel de la Iglesia en este tiempo, sin meternos en política. Cumpla lo suyo.

En aquel entonces las entrevistas no admitían cortes, debían filmarse de “un tirón”, porque en el gigantesco camión donde estaban las tripas tecnológicas no existían aún las maravillas de las cámaras portátiles.

Nos paseamos por el jardín, a un costado de la casa caminando lentamente, la oscuridad rota por las lámparas de la TV y calculando no pasar del límite donde se me acababa el cable del micrófono. Dimos vuelta de retorno y de repente me recordó tomándome del brazo:

-Usted no cumple lo acordado. Esa pregunta sobre qué pienso del papel de los partidos políticos está fuera del acuerdo.

He debido recordar a pedazos, con mucho esfuerzo el tema de una de las tres interrupciones. Implacable, severo, pero atento y comprensivo. Cada detención significó empezar de nuevo la entrevista porque la tecnología no daba para hacer un corte y continuar.

Ya entonces estaba claro para nosotros los periodistas, que Raúl Silva Henríquez era distinto, novedoso, con la sabiduría cazarra de campesino nato, hecho en la tierra, con su cultura, con el Concilio Vaticano II y su compromiso de hombre de la Iglesia con su pueblo.

Tuvimos muchos encuentros, era amable pero no dado a charlar con los periodistas “porque ustedes no siempre se atienen a lo que uno dice”.

En mi exilio grabé a fuego una frase que hice mía: “La paz que reina en Chile es la paz de los cementerios y eso no corresponde”. Trabajaba en el exilio en México y fue como un resumen de una verdad sangrienta, un manifiesto de angustia, una declaración de vida, de compromiso con la gente y la realidad de aquellos tiempos.

No sé si él derrochaba humor, pero lo vi reír con ganas muchas veces, con gente importante, en ceremonias muy rigurosas. Sin embargo sus enojos, que más de alguien consideró excesivos calificándolo de “gruñón”, me pusieron al frente de su carácter cuando los Ministros de Relaciones de Argentina -Ortiz- y de Chile -Valdés- se reunieron a los pies del Cristo Redentor durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Por Radio Minería transmitíamos el banquete con las personalidades instaladas en el Hotel Portillo y micrófono en mano me acerqué donde él:

-¿Cómo se siente, Eminencia, en un momento tan trascendente como este encuentro entre gobernantes de Chile y Argentina?

Protocolar, medido, sin gracia, pero había que hacerlo hablar. Me miró con enojo: “Cómo quiere que le conteste con la boca llena de pollo. Cuando termine de comer, le contesto”. Debo aclarar que estaba comiendo una suculenta langosta de Juan Fernández.

Un gran hombre que me acercó más a los hombres, a sus límites, a sus sueños y también a los míos.

## **Aprendí a ser mejor cristiano y salesiano**

**Mons. Tomás González M.**

*Conocido como “el Padre Obispo”, salesiano como don Raúl; siempre visitó al Cardenal en sus viajes desde Punta Arenas, y éste lo esperaba con indisimulado interés, porque se trataba de un gran amigo.*

**E**n diversos momentos de mi vida compartí con el Cardenal Raúl, como joven religioso salesiano en la Gracitán Nacional, donde fue mi superior por varios años.

Luego lo acompañé cuando realizaba algunos de sus viajes a Europa. Él era ya Obispo de Valparaíso y yo estudiante de teología en Italia. Tuve la oportunidad de ir a Roma para la imposición de los signos cardenalicios. Allí asistimos a una memorable audiencia con el Papa Juan XXIII y lo ayudé a ponerse en las complejas vestiduras, de ese entonces, como Cardenal de la Iglesia Católica.

Con él regresé a Chile, luego de varios años en Europa.

Me pidió luego que fuera su Vicario para la vida religiosa en Santiago. Este servicio lo hice hasta mi ordenación como Obispo de Punta Arenas. El me ordenó para este ministerio episcopal.

Por varios años participamos juntos en el Comité Permanente del Episcopado y en la Conferencia Episcopal y sus asambleas plenarias.

Muchas veces conversamos cuando debía venir a Santiago. Cada plática era una rica transmisión de su experiencia de creyente, de religioso salesiano y de pastor.

Dada mi juventud aprecié en el entonces “Padre Silva” los valores del verdadero cristiano. Nos reunía semanalmente a los religiosos estudiantes que hacíamos la práctica pedagógica para explicarnos el evangelio. Debíamos dar, en esa ocasión, de memoria la lección de Diez versículos en latín... Aunque nuestro “padre” nos pedía tal lección, para él lo más importante era la trasmisión del contenido de la Palabra de Jesús, que veíamos cómo el mismo la vivía, especialmente el mandamiento del amor.

Se jugaba porque los niños y jóvenes se sintieran realmente queridos por nosotros. Que se construyera un ambiente de amistad varonil, pero experimentado en hechos muy concretos.

Me impresionó su defensa de la dignidad de los jóvenes, aun contra la mentalidad de algunos de los profesores.

En los coloquios personales con él, siempre me presentaba la persona de Cristo en su actuación y en sus dichos. En ese entonces yo pensaba: “Así debió ser el Señor”.

Con él aprendí a identificar mejor la fe con la vida de cada día en contacto con los jóvenes y niños.

### **Descubrí en su persona al salesiano actualizado**

Había escuchado, desde mi noviciado en la Congregación, qué significaba el carisma salesiano. Pero me faltaba ver un modelo de vida. Una noche paseaba, como religioso joven, en un extenso dormitorio de internos. Estaba algo molesto por algunas indisciplinas. Había castigado a algunos haciéndoles quedarse de pie al lado de su cama. Llegó el “Padre Silva” a dar, también él, su paseo. Al verme así y a esos jóvenes castigados, se me acercó y me dijo con mucha bondad: “Algo enojadito... pero recuerda que eres pastor de jóvenes, que también se equivocan; sé misericordioso”.

Allí me di cuenta de que ser verdaderamente salesiano era amar mucho al joven, también en sus debilidades, y tener una profunda caridad pastoral. La espiritualidad salesiana basada en la fe en el Señor, la vivía extraordinariamente. Su oración profunda y prolongada y con rostro de joven, era contagiosa.

Me hizo superar con su palabra y ejemplo, una fe basada sólo en prácticas.



Su pasión por los derechos humanos la empecé a apreciar desde ese entonces. Vi cómo esta fuerza le acarreó sinsabores y, sin embargo, era el camino del Maestro que asumió la cruz. Si hubo predilección, fue por los más débiles, los que se equivocan, los pobres.

Más adelante, siendo los dos ya obispos aprecie el por qué fue gran defensor de los derechos humanos.

Al verlo hoy ya anciano, doy gracias al Señor porque su persona es un ejemplo de cristiano y de salesiano, para el bien de la sociedad.

## Palabras a don Raúl, Cardenal de Chile

Alejandro Hales J.

*Ambos se querían y se admiraban mutuamente.  
Don Raúl gozaba con su compañía, pues la  
franqueza y el sentido del humor, los unían en el  
espíritu y la amistad.*

**R**esuenan su voz en mi memoria, revivo su mirada serena y vivaz, sus manos cruzadas, la atención puesta en lo urgente sin perder la perspectiva de lo importante y trascendente. Gozador de la vida y la amistad; en medio del trabajo, don Raúl abría su casa para recibimos en su mesa, valorando la risa en medio del dolor experimentado en carne propia.

Desde que asumió el Arzobispado de Santiago supo de la envergadura de la tarea y las dimensiones históricas del tiempo que estaba viviendo. Audaz y prudente, anticipó los cambios sociales dando los primeros pasos que habrían de culminar en un proceso decisivo: junto al Obispo Manuel Larraín, realizó la Reforma Agraria en las propiedades de la Iglesia, sirviendo de prueba de lo posible y de inspiración para que el gobierno de la época elaborara el primer proyecto de ley sobre la materia.

En medio del proceso desatado por el Concilio Vaticano II, fue prudente al enfrentar una de las mayores crisis al interior de la Iglesia institucional, clero y laicado, que culminó en la salida de muchos sacerdotes y religiosos, la ocupación de la Catedral y la formación de grupos que confundían el papel pastoral de la Iglesia con la tarea política de los cristianos en el mundo. Frente a sus críticos de entonces, tuvo paciencia y moderación.

Cuando la democracia corrió peligro por la falta de entendimiento político, don Raúl realizó una activa labor de acercamiento entre el Presidente de la República y la principal fuerza de oposición, encabezada por Patricio Aylwin. El Cardenal Silva Henríquez intuía lo que habría de pasar en caso de no existir acuerdo y sufrió ante el fracaso. Por eso, cuando se desató la intervención militar, asumió de inmediato un compromiso concreto con la defensa de los derechos humanos. Fue valiente y resuelto, prudente y astuto, según manda el Evangelio. Impulsó el Comité para la Paz, entidad ecuménica para la defensa de los perseguidos. Pero cuando las presiones del poder movieron a las demás iglesias a retirarse, él creó la Vicaría de la Solidaridad y así se lo hizo saber al gobierno, para seguir en su tarea fundamental.

El Cardenal responde la carta del General Pinochet, donde acepta el cierre del comité Pro-Paz y expresa que se reserva el derecho a desplegar “Dentro de nuestras propias y respectivas organizaciones eclesiolásticas, la labor caritativa y religiosa hecha hasta entonces por el comité”.

Por eso será siempre recordado como el Pastor de los Derechos Humanos.

Dio alero cariñoso y solidario a los que sufrían, extendido por Santiago, en parroquias y capillas. Abrió las puertas de la Iglesia para encontrarse con el mundo; trajo el anuncio liberador para los pobres, para los marginados, para los explotados; profeta de nuestro tiempo, denunció el horror y anunció las esperanzas, convocándonos a asumir nuestras responsabilidades. Ejemplo para muchos, nos recordó que no es valiente el que no teme, sino justamente el que a pesar del temor es capaz de actuar.

Fui privilegiado por estar cerca suyo, por recibir su amistad y su apoyo, por tener la oportunidad de compartir con don Raúl la lucha por la justicia.

## Un promotor de la vida Padre Renato Hevia R.

*Para don Raúl compartir experiencias y conversación con su hermano jesuita, Renato, significó siempre una gran alegría y un regocijo en su espíritu.*

La Biblia describió a Saúl, el primer rey de Israel, valeroso y discutido, como: “Del hombro arriba, más alto que todo el pueblo”. Se refería a su hermosa estatura humana, que lo hacía digno de conducir con autoridad al incipiente pueblo elegido de Dios.

Así podemos describir hoy a este moderno profeta del Señor, llamado Raúl, que en momentos de profundos cambios se irguió con la fuerza del Señor para hablar en su nombre y conducir con autoridad a su pueblo. “Del hombro arriba, más alto que todo el pueblo” (I Sam. 9, 3).

La valía y estatura del Cardenal Raúl Silva las medirá la historia. Porque en tiempos de honda crisis supo poner su mirada más allá de las conveniencias y levantar su voz en defensa del Hombre, de todo hombre. Al hacerlo, estaba reeditando en el presente, el afán de Jesucristo que vino para dar *vida* a la humanidad. Y dar vida es defenderla, promoverla, invitar a vivirla con alegría, señalar derroteros nuevos, inspirar, entusiasmar con una tarea significativa.

Esa fue la vida del Cardenal Silva: animó a la Iglesia de Chile y de más allá, la invitó a servir con alegría, la inspiró con su palabra fuerte, la guió con sabiduría organizándola para la promoción de la justicia, de la solidaridad, de la paz; la entusiasmó con su postura valiente y profética, la sostuvo en la defensa acérrima de la dignidad humana cuando muchos fueron pisoteados.

Uno se sentía respaldado por él para luchar la misma lucha, de promoción y defensa de la vida. Uno se sentía inspirado no sólo por su palabra de fuego -aún oigo sus homilías enardecidas en la Catedral-, sino también por su ejemplo, entregando las tierras de la Iglesia para la Reforma Agraria, dirigiendo un sínodo histórico en Santiago, creando el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad, organizando hogares para menores abandonados y jugando con ellos, creando un banco para el desarrollo de los más pobres, recurriendo incansablemente a los medios modernos de comunicación para interpelar, desafiar, agradecer. Uno se sentía animado a hacer de la Iglesia, con él, una comunidad al servicio de los demás, atenta a los gozos y esperanzas, a las penas y zozobras de la gente de carne y hueso.

Esto es ser *profeta*: anunciar con la propia vida la salvación que Dios trae por Jesucristo, aquí y ahora, a este pueblo concreto que sufre, trabaja y peregrina hacia el reino definitivo. Anunciar a Jesucristo no es repetir eternamente sus palabras y sus acciones, sino mostrar a los afligidos que Dios, por medio de su Hijo, ejecuta hoy y aquí la salvación, la vida en plenitud. Y esto Dios lo anuncia produciéndolo; sanando, liberando de cadenas y mitos, dando genuina esperanza, haciendo caminar a los cojos y paralizados por el miedo, “prodigando prodigios prodigiosos”, como dice la Biblia (Is. 29, 14).

A Europa, no iba sólo a los santuarios, o a reunirse con sus hermanos obispos. Recorría las puertas de cuanta organización había de ayuda al Tercer Mundo para conseguir más harina, más alimentos, más tractores, más medicamentos, más madera. Y sobre todo más dinero, que luego transformaba en trabajo, en publicaciones, en capacitación, en casas, en policlínicas. Así los invitaba también a la oración, a la caridad verdadera, a la toma de conciencia sobre los pueblos pobres y la solidaridad internacional.

“Don Raúl”, como lo llamábamos, se afanaba mucho en cosas “de este mundo”, no sólo en la oración y catequesis; porque sabía que a través de las cosas de este mundo es que llega el anuncio de la salvación de Dios. Jesucristo también se afanó por estas cosas, por dar salud a los enfermos, pan a los hambrientos, vista a los ciegos, libertad a los perseguidos, vida a los muertos, al igual que paz a los desesperados y perdón a los arrepentidos. Así, mostró con hechos el amor misericordioso e incondicional del Padre de los cielos. Haciéndose eco de su Señor, el Cardenal Raúl vino para promover la vida y promoverla en abundancia.

## **El Cardenal Raúl en mi agenda personal**

### **Padre Antonio Hidalgo D.**

*El padre Antonio llega de España después de ocupar un alto cargo en la Congregación Salesiana de su país. Al cabo de un tiempo asume la responsabilidad de acompañar a don Raúl los fines de semana. Entre ambos nació una amistad de profunda significación.*

**C**onocí al señor Cardenal en Roma. Guardo de aquel fugaz encuentro el recuerdo de su fuerte personalidad. Dieciséis años después, en Chile, asistí en el Círculo Español al homenaje que con motivo de sus ochenta años le ofrendaron los políticos y el pueblo. Entonces, resonó su voz profética, diciendo: “¿Es posible la unión!”

En 1993 me veo envuelto en algo impensado: los superiores religiosos me invitan a acompañar al señor Cardenal en su casa de calle Los Pescadores, por los fines de semana. Durante los primeros meses fui conociendo a un hombre de 86 años que mantenía restos de su fuerte personalidad, pero cada vez más templados, con claro conocimiento de una soledad ascendente. Su pasado quedaba en la historia. No obstante, se resistía a no servir a los demás. “¿Por qué no vienen a verme?, puedo serles útil” -decía.

Sorpresivamente llegó la bronconeumonía, la falta de riego sanguíneo a su cerebro hizo mella. Y comenzó el declive. Así conocí el rostro y el alma de un hombre paternal, misericordioso, piadoso, orante, agradecido, sereno, amante de su patria, reverente al Papa, agradecido de su Arzobispo, anciano y niño a la vez...

De 1993 a 1996 viví junto a él muchos días, le acompañé a la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, recibí a sus visitas -desde el Presidente Frei Ruiz-Tagle hasta el agradecido Andrés Padilla a quien salvó de la muerte en 1973-, alivié sus horas de soledad, compartí sus juegos de dominó donde cariñosamente le dejamos ganar. Sentí el afecto de un anciano agradecido por la más mínima atención. Se quedó en él mi corazón cuando a fines de 1996 retorné de nuevo a Europa, estimando un gran favor de Dios haber vivido esos años de su ancianidad en los que, poco a poco, el Cardenal ha ido perdiendo, por las leyes de la naturaleza, la fuerza de su gran lucidez; pero al mismo tiempo descubrí un corazón con sus más íntimos sentimientos, verdaderos y espontáneos, semejantes a la pureza y frescura de la niñez.

En mi agenda personal fui anotando apuntes diarios de esos años.

Pero antes quisiera traer a la memoria mi primer contacto con el señor Cardenal.

**Roma, 1971.** En una de las sesiones del Capítulo General Especial Salesiano se anuncia la visita del señor Cardenal Raúl Silva Henríquez. Después de la cena nos dirigirá la palabra en las "buenas noches". Allí he conocido por primera vez y aún recuerdo algunas de sus frases: "Me han llamado el Cardenal rojo. El dios del capitalismo es el dinero; el dios del socialismo es el hombre. Amo a los hombres en Cristo", me impresionó su recia personalidad.

En **1986** estoy destinado a Chile. Pocos días llevo en Santiago, cuando recibo la invitación de acompañar al señor Cardenal en su mesa. Hecho que se iba a repetir muchos martes en compañía de algunos religiosos salesianos. Observo que el señor Cardenal habla poco y escucha a todos; dirige la conversación, mantiene el interés por los temas y el análisis que de ellos se hace. Quedé impresionado al comprobar que nunca salía de sus labios palabras de condenación para nadie. Si tuvo enemigos u opositores a sus ideas, jamás escuché nombre alguno de ellos. Me pareció un hombre de corazón magnánimo y generoso.

**25 de enero de 1993.** Nunca pude imaginar que el Padre Inspector salesiano me invitase a acompañar al señor Cardenal todos los fines de semana a su casa. El Padre Gustavo Ferraris por sus muchas ocupaciones necesitaba de ayuda. Comencé el 25 de enero; el chofer estaba gozando de sus vacaciones, "¿Usted conduce?" -me pregunta el señor Cardenal. "Sí", le respondo. "Salgamos a casa de mi sobrino Clemente" -me dice. Le acompa-

ño hasta el coche y abro la puerta trasera. Él la cierra y abre la situada junto al conductor. Me permito cerrarla y vuelvo a abrir la primera. Me mira, se sonríe y dice, abriendo la puerta que accede al asiento junto al conductor : “Mi hijito, tú no eres mi chofer, tú eres mi hermano”. Comprendí que vivir junto a un hombre de esta categoría humana era un privilegio.

Durante meses estuve acompañando al señor Cardenal en sus visitas a los niños de la Aldea S.O.S.. Saludos apenas llegaba, confesiones el sábado por la mañana y la misa de las 12 el domingo con la capilla a rebosar entre los cantos y plegarias de su pueblo y de sus niños. Esos pequeños eran las pupilas de sus ojos; les llevaba caramelos, los confesaba, se paseaba con ellos, los recibía en su saloncito residencial, los conocía por sus nombres.... “Atiende tú -me pedía- a las mamis, yo confesaré a los niños”.

Transcribo algunas notas de mi agenda para ofrecer mis apreciaciones sobre la figura del Cardenal. Es mi homenaje a sus noventa años de edad:

**3 de abril de 1994:** Un grupo de estudiantes salesianos de filosofía visitan al señor Cardenal. Les dice : “Sed buenos y quered siempre a los pobres. Gracias por haber venido a verme, hijitos”.

**13 de mayo de 1994:** Son las 16:30; está en el sillón, las manos cruzadas sobre el pecho. Se va la enfermera y le oigo decir: “Señor, me diste poder y ya no lo tengo, me diste fuerza para mandar y ahora me siento sin fuerzas. No sé cuánto tiempo me queda de vida”. Me atrevo a insinuarle, “pongámonos en manos del Señor”. Y responde: “En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”. Entra la enfermera y guarda silencio.

**3 de junio de 1994:** Aparece en la prensa la noticia de la visita del Presidente estadounidense al Papa, y comenta : “Es algo nuevo; se han encontrado; han hablado; no piensan igual, pero no hay condena, ni lucha. Dialogan buscando solución. Es algo nuevo en la Iglesia.”

**9 de julio de 1994:** Lo visita el Padre Mariano Puga. Habla de los trabajos realizados. Dice : “Sí, con la ayuda de Dios hemos trabajado por los pobres... los pobres son muy agradecidos... me quieren mucho”. Al despedirme, el Padre Puga le dice : “¿Qué desea usted de mí?”. Y le responde: “Que vengas a verme y me cuentes lo que sucede en distintos lugares. También yo les puedo decir alguna cosa. Así me siento vivir aún en este mundo”.

**11 de septiembre de 1994:** Conversaba don Raúl con Reinaldo Sapag, que le visitaba como todos los domingos y fiestas, y éste le pregunta:



“¿Qué habrá en el cielo, Señor Cardenal?”. Él responde: “Habrá amor”.

**24 de diciembre de 1994:** Se presenta un caballero, mediada la tarde, deseoso de felicitar al señor Cardenal y desearle feliz navidad. Está descansando. Insiste. Entro en su dormitorio y veo que está despierto. Accede a la visita y oigo las palabras del caballero : “Señor Cardenal, soy Andrés Padilla, a quien usted sacó de la cárcel en 1973. Le traigo un regalo para sus niños de la Aldea S.O.S: camisetas de fútbol y balones. Es cuanto puedo ofrecerle, pues sé el amor que usted tiene a esos niños abandonados y pobres”. El Cardenal le sonrío, lo deja besar efusivamente su mano y lo acompaña con su bendición.

**5 de marzo de 1995:** Estoy leyendo las memorias biográficas de don Bosco. Me observa (estoy sentado a un metro de él) y me pregunta por qué tomo nota de la lectura. “Estoy leyendo la vida de don Bosco”, le respondo. “Léeme algo”, me pide. Muestra mucha alegría y contento. A partir de entonces, cuando me ve con las memorias, me pide que le lea. Nunca antes había querido que le leyese ni de política ni de vida social. Al escuchar la vida de Don Bosco revivía los más profundos sentimientos; comentándole el afecto que en sus cartas manifestaban a Don Bosco los salesianos de Argentina para felicitarlo en el día de su santo, exclama el señor Cardenal : “A Don Bosco era difícil no quererlo”. Decía en sus sermones: “Don Bosco me atrajo hacia sí. Su amor a los pobres y a los niños, me llevaron a ser salesiano “.

**15 de mayo de 1995 :** Estamos en el primer día de la novena a María Auxiliadora. He puesto una hermosa imagen de María en el dormitorio. Mirándola, me dice : “Qué buena es la Virgen, cuánto me quiere... y cuánto la quiero yo a ella”. Estaban presente su hermana Anita y el Padre Pedro García.

**23 de junio de 1995 :** Ha muerto el padre Viganó y lo estamos recordando . Exclama : “¡Qué pena tan grande! ¡Lo queríamos tanto...!”

**15 de julio de 1995:** Son las diez de la mañana. Me mira y dice, muy pensativo : “Yo no he realizado bien todas las cosas. Estoy apenado porque no he entregado todo a los niños. No lo he hecho todo bien...” Le respondo para consolarle: “Señor Cardenal, recemos; otros se preocuparán de que lo iniciado por usted vaya siempre adelante”. Pero continúa : “He hecho cosas, pero no todas han dado buenos frutos... ¿Qué puedo hacer ahora?”. Aún me atrevo a insinuarle: “Si algo no produjo frutos, no se preocupe ... nosotros

sembramos, pero es Dios quien da el incremento”. Y me responde : “Es que es mi culpa... Estoy apenado”. Le digo: “Dios es misericordioso, es Padre amoroso, que le conoce y lo sabe todo. Él nos ama y perdona las limitaciones”. Mira al crucifijo y a la imagen de María Auxiliadora y agrega: “Pero me preocupa no haberlo hecho todo bien”. “No se preocupe; María es madre. Con su hijo en los brazos es también Nuestra Madre. Siga rezando tranquilo” -respondo. Se inclina sobre el breviario y sigue rezando.

**12 de agosto de 1995:** En un momento de conversación le digo: “me han contado que a usted le quiere mucho el pueblo, y le gritaba: Raúl amigo, el pueblo está contigo”. “Sí, sí -me responde-, pero ahora no es así”. “¿Cómo, cree usted que ahora no le quiere?”, pregunto. “Ahora es distinto -me responde-, antes yo tenía un trabajo... trataba de hacerlo lo mejor posible...”. “Pero -le digo- ahora el pueblo es el mismo de antes, siempre de corazón noble, y lo quiere...”. “Si tú lo dices... Sí, sí, el pueblo es noble y bueno; demos gracias a Dios”.

**18 de agosto 1995 :** Comento al señor Cardenal que en mis clases he tenido que hacer algunas observaciones serias a los novicios sobre educación y urbanidad, pues ellos serán educadores y profesores en un futuro muy cercano. Y se me ocurre preguntarle si es bueno hacerles notar esto. “Sí -me responde-, pero que vean siempre que tú les quieres”.

Por la tarde de ese día sufre un fuerte dolor de cabeza y se pone la mano sobre ella. “¿Por qué tengo este dolor?” -me pregunta angustiado. Miro al crucifijo y a la imagen de María y le insinúo: “Ofrezcámosle a Él y la Virgen este dolor”. Mira la cruz y a la Virgen y dice : “Se lo ofrezco con sumo amor y cariño.... Con todo mi corazón”.

Cuántas cosas quedan en mi agenda. He de dejar sin nombrar a tantas personas que con cariño le visitaron en esos años. Es imposible en tan poco espacio.

En esos años difíciles, antes de ingresar en la Casa de Salud que los salesianos han ofrecido al señor Cardenal para que pase el tiempo que el Señor quiera aún concederle, confieso que encontré en el Cardenal Raúl Silva Henríquez, a una persona llena de dignidad paternal, siempre agradecido, reservado, jamás una palabra de más, ni una frase menos digna y delicada; obsesionado por la oración, manteniendo el breviario delante de sus ojos todo el día, fervoroso en la Eucaristía; ansioso de relacionarse con los demás y poder contribuir a su bien.

---

El recuerdo más hermoso entre todos los que guardo en mi corazón es aquel de sus primeros días de la enfermedad. Apenas atendía, pero juntaba sus manos y doblada la cabeza en un gesto de gran piedad; rezaba en voz alta: “¡Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios...”, una y otra vez lo repetía. También impresionaba oírle otras oraciones llenas de ingenuidad dirigidas a la Virgen. Eran, -lo confirmaba su hermana Clementina- las oraciones que aprendió de labios de su madre en su tierna infancia.

El señor Cardenal, como todo diamante, tiene muchas caras que despiden luces de grandes valores. Yo no he podido conocerlas todas. Pero le ofrezco este sencillo testimonio donde he querido mostrar la belleza de algunos años postreros de su vida. Al mismo tiempo que agradezco, una vez más, sus atenciones en ese tiempo.

## **“Perdonen el atraso, he estado confesando toda la mañana”**

**Carlos Huneeus M.**

*Desde su trabajo, ligado a un fuerte compromiso  
con la realidad política y social de nuestro país,  
Carlos compartió con don Raúl, quien lo  
distinguió con su aprecio y especial afecto.*

**N**o conocía personalmente a don Raúl cuando fui invitado a un almuerzo con él, un día de septiembre de 1983, junto a unos profesores extranjeros que habían venido a Chile a participar en un seminario sobre la “Transición a la democracia”, que dirigí en el CERC (Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea) de la Academia de Humanismo Cristiano. Eran los tiempos de las *protestas* contra el régimen militar, el cual reaccionó frente a ellas con una política de *apertura* o liberalización que abrió más espacios, pero al mismo tiempo aplicó un **duro** plan de control del orden público, con una coerción que tuvo altísimos costos humanos, con centenares de heridos e incluso con muertos -como el sacerdote francés de la parroquia de la población La Victoria.

Muy prudentemente se me indicó la importancia de la puntualidad en llegar a la casa del señor Cardenal-Arzobispo de Santiago. A las 13.30 estuve ahí con Rafael López Pintor, quien había dirigido el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) de España durante la transición del franquismo a la democracia; Leonardo Morlino, que sería luego decano de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Florencia; y Enrique Baloyra, decano asociado de estudios Internacionales de la Universidad de Miami. Los tres eran destacados estudiosos de los procesos de democratiza-

ción que se estaban desarrollando en el sur de Europa y América Latina, autores de importantes libros sobre el tema. Esperábamos ansiosos compartir un momento con uno de los principales protagonistas del desarrollo político-social de Chile.

Se respiraba en Santiago un clima de cambio, aunque no de democracia. El hasta entonces monolítico régimen militar por primera vez tuvo que hacer concesiones con el fin de reequilibrar el sistema político. Qué mejor momento para venir a Chile para los estudiosos de las transiciones y qué privilegio el poder compartir unas horas con el Cardenal-Arzbispo de Santiago.

Mientras esperábamos la llegada del Cardenal, charlamos sobre la situación política de esos tiempos. Días antes habíamos ido a presenciar una *protesta* en el Parque Forestal sin evaluar los riesgos de ese acto; pues Carabineros la reprimió duramente, como lo había estado haciendo desde que comenzaron, unos meses antes. En medio de las piedras, los gases lacrimógenos y las carreras de los estudiantes y los carabineros, Baloyra nos serenó cuando temimos que alguno se abalanzara en contra nuestra: “Tranquilos, por mi experiencia en El Salvador sé que los uniformados no golpean a los que andan con corbata”. Ahí comprendí más que en los libros y en los cursos de doctorado en la Universidad de Heidelberg, cómo las diferencias de clase crean desigualdades políticas. Efectivamente, los carabineros pasaron corriendo a nuestro lado, sin tocarnos.

Pensamos que el Cardenal se había atrasado porque habría sido requerido por algún hecho muy importante de carácter político. Cerca de las dos de la tarde, se nos anunció que había llegado. Con una cálida sonrisa, nos saludó a cada uno y se excusó con unas palabras que nos dejaron mudos, pues nos mostró una faceta de su personalidad que desconocíamos: “Perdonen el atraso, pero he estado confesando a los niños toda la mañana y no me podía venir”. Luego, mirando el jardín de su casa, murmuró y meditando en voz alta un pensamiento que quería compartir con nosotros sin romper el sagrado secreto de la confesión, añadió: “Si los papás hablaran más con sus hijos, los niños tendrían menos problemas y yo, menos trabajo”. Acto seguido, nos invitó al aperitivo y luego a un espléndido almuerzo durante el cual nos habló de diversos temas. Don Raúl imponía un ambiente de cordialidad y respeto, que no daba espacio para hacer la típica pregunta chilena “¿cómo ve la

cosa”?, una forma conocer su opinión sobre el momento político.

Efectivamente, el Cardenal destinaba de manera regular una mañana a la semana a confesar a los niños del Seminario Menor y del colegio Luis Campino. El era el jefe de la Iglesia de Santiago, con todas las implicancias burocrático-organizativas que tiene una diócesis de millones de ciudadanos; pero al mismo tiempo era el sacerdote que ejercía su rol de pastor, preocupado de sus fieles y muy especialmente de los niños y los jóvenes. Estaba cansado, pero no aburrido por ese “trabajo”; por el contrario, estaba muy entusiasmado por su encuentro con ellos. No necesitaba leer los informes de los científicos sociales para comprender los problemas de la familia y la sociedad en esos dramáticos momentos.

De regreso al CERC para continuar con nuestro seminario, comentamos el encuentro con el Cardenal. Cada uno hizo recuerdos de otros que eran amigos de él, como Monseñor Tarancón, Arzobispo de Madrid, que fuera considerado como “el Cardenal del cambio” en España y el influyente Cardenal Benelli de Florencia, quien para muchos se veía como un posible sucesor de Paulo VI. La singularidad de nuestro Cardenal no estaba solamente en su inteligencia para comprender e influir en los grandes temas del mundo y la política y ser jefe de la Iglesia -al igual que los otros dos Cardenales- sino también en una gran humanidad para seguir siendo un pastor. Podía comunicarse con los poderosos y hacerles sentir con claridad su autoridad como Obispo y su poder, haciendo ver que era el jefe de una Iglesia que quería ser “la voz de los que no tienen voz”; pero él también se daba tiempo para atender a los aparentemente débiles, es decir, los niños y los jóvenes. Sabía que ellos esperaban que les diera una palabra de aliento y esperanza ante sus problemas, y eran para don Raúl tan importantes como los de la Iglesia de Santiago o de Chile.

Hay en nuestro país miles de personas que cuando fueron niños y jóvenes, tuvieron el privilegio de compartir sus secretos del alma con el Cardenal-Arzobispo de Santiago. Ni en los momentos más difíciles de nuestra historia, don Raúl interrumpió ese trabajo tan especial. Y era así porque probablemente en el encuentro con los problemas y preocupaciones de los niños y los jóvenes, don Raúl comprendía más el alma de Chile y encontraba la energía para cumplir mejor las funciones pastorales y cívicas que Dios y los chilenos pusieron en sus manos.

## Recuerdos de don Raúl y la Educación

Ernesto Livacic G.

*Los unió su mutua gran vocación por la educación, por la libertad, por los valores fundamentales de la persona. Ernesto y don Raúl, dos pilares de la promoción del hombre y su dignidad.*

La mayor parte de mis posibilidades de encuentro con el Cardenal, don Raúl Silva, se relacionan estrechamente con sus actividades en el campo de la educación, uno de aquellos a los cuales siempre le reconoció gran importancia.

Desde luego, el hecho de optar por hacerse salesiano se debió fundamentalmente a ese carisma que distingue a los hijos de San Juan Bosco: la dedicación a la educación y a los jóvenes.

Cuando llegué a Santiago, como ex alumno salesiano de Punta Arenas para seguir aquí mis estudios universitarios, lo conocí realizando su labor educativa como director de uno de los establecimientos de la Obra de Don Bosco en la capital. Era, por aquel entonces, “el Padre Silva”.

Pronto, sus excepcionales condiciones lo llevaron a destacarse en un ámbito más amplio que el de su sociedad religiosa. Así, pasó a ser Presidente Nacional de la FIDE Secundaria y Asesor Nacional de la Federación Nacional de Padres y Apoderados de Colegios Católicos (FEDAP). Desde estas últimas funciones, me llamó a colaborar de modo estable, durante varios años, en la revista “Rumbos”, que dirigía Guillermo Blanco.

Como Obispo de Valparaíso, apoyó a profesores y otros laicos católicos en la iniciativa de elaborar textos de estudio para el sistema

educativo nacional, que respetaran la libertad de enseñanza y encarnaran valores formativos. Era claro que se interesaba por éste en su conjunto, no sólo por el sector privado.

Durante todo el primer período de su ejecución como Arzobispo de Santiago, le correspondió presidir el Oficio Central de Educación Católica (OCEC), primera expresión de la actual Área de Educación del Episcopado. Constituyó, además, el ODEC: Oficio Diocesano de Educación Católica. En ambos encomendó responsabilidades a su gran amigo D. Jorge Gómez Ugarte, sacerdote y educador, y a algunos laicos, entre quienes tuve la suerte de estar. Correspondió a Mons. Silva trazar importantes caminos orientadores frente a temas tan trascendentales como la introducción del planeamiento educacional en Chile, en la década de los sesenta, y el proyecto de Escuela Nacional Unificada, en los primeros años de la de los setenta.

Otro ámbito educacional en que alcanzó dimensión histórica fue en la Universidad Católica de Chile, particularmente en tres momentos cruciales: la reforma universitaria de 1967, el período de la Unidad Popular, y el de la intervención universitaria durante el gobierno militar. Apenas hay espacio para mencionarlo aquí, pero es digno de acabados estudios y amplia difusión lo que hizo en cada uno de ellos. Lo aprecié desde muy cerca, ya que allí trabajaba yo por entonces.

Promovió también nuevos espacios de formación cristiana en el nivel de la educación superior, como lo fueron la Academia de Humanismo Cristiano y el Instituto Profesional Blas Cañas -como se sabe, ambas instituciones pasaron a ser universidades, hace ya algunos años.

De gran visión y de claras ideas para abordar estos grandes temas y proyectos educacionales, sobre todo estaba siempre cerca de los jóvenes y de su formación. Ya Arzobispo Emérito, aún servía como confesor y director espiritual en colegios de iglesia, y era el "Tío" de los niños y niñas de las Aldeas S.O.S.

Un educador auténtico, del que tenemos mucho que aprender.



## **Mirar para arriba** **Duncan Livingston B.**

*Admiración, afecto y cariño entrañable, éstos son los sentimientos profundos de Duncan hacia don Raúl. El señor Cardenal siempre se sintió muy a gusto y complacido con Duncan. Se cultivó entre ellos una hermosa amistad compartiendo experiencias, alegría y jornadas de pesca junto al mar.*

**C**onocí a don Raúl en 1960 cuando él era Obispo de Valparaíso y yo terminaba mis estudios de Filosofía en el Seminario Pontificio de Santiago, como seminarista de la Diócesis Porteña. “Te voy a mandar a estudiar la teología a la Universidad Gregoriana en Roma”, fueron las primeras palabras que me dijo; decisión que cambió mi vida, no sólo porque me permitió hacer estudios en un nivel de excelencia sino que, mucho más importante, inicié una amistad con él que nos une hasta hoy.

A don Raúl es la única persona a la cual he mirado para arriba en mi vida. No se piense que esta es una afirmación soberbia. Yo estoy conciente de que hay mucha, mucha gente más inteligente, más buena y con más conocimientos y sabiduría que yo, a las cuales respeto y admiro.

Pero otra cosa es mirar hacia arriba a alguien. Este es un fenómeno que se da en forma natural y espontánea, y que genera un liderazgo absoluto. Uno no sabe muy bien por qué sucede, en mi caso voy a intentar explicarlo.

En primer lugar ejerció sobre mí una fascinación al ver la absoluta consecuencia entre lo que pensaba y sentía, por una parte, y su acción, por

otra; ese coraje con que llevaba adelante sus iniciativas. Naturalmente que esto nace porque uno comparte lo que él piensa y siente: Su amor por su pueblo, por los pobres, por los que sufrían atropellos expresados, muchas veces hasta con lágrimas.

En esta misma línea, siempre admiré el uso que le dio al poder que tenía como Arzobispo y Cardenal. No trepidó en usarlo en favor de las causas que le parecían justas.

Finalmente quiero destacar sólo haciendo una mención, por razones de espacio, su enorme capacidad de formar y trabajar en equipo, su conocimiento y amor por todo lo chileno que se traducía en una lealtad absoluta hacia su pueblo y, por supuesto, su agudo sentido del humor.

## El Padre Silva

Ismael Llona M.

*La amplia brecha generacional entre el pequeño Ismael, que aprendió a leer en el "Don Bosco" de La Cisterna, y don Raúl, sacerdote y maestro, no impidió que el Ismael Llona de hoy -reconocido periodista- lo considere parte de su ideario ético.*

**L**o vi en marzo de 1944, cuando mis padres decidieron matricularme en Don Bosco, pero lo conocí en mayo de ese año, al término del primer bimestre, cuando me llevó de la mano desde la sala del señor Bravo, en el primer piso, a la de segunda preparatoria, en el segundo.

- Tú ya sabes escribir y leer, y sumar y restar, y debes ser un buen alumno de segundo. Pórtate bien.

Lo miraba yo desde la infancia de mis siete años y él me sonreía desde su altura de hombre de 37, igual a don Bosco cuando conversaba con Domingo Savio.

Desde 1944 hasta 1947, él me abrió las puertas del lenguaje y la caligrafía, el pecado y el perdón. De la confesión, en la que había innovado no sólo porque internalizaba nuestras faltas sin intermediación del confesionario -confesaba sentado en una silla, cercana al altar, apoyando la barbilla con la mano derecha y cerrando los ojos para mirar nuestra pequeña alma-, sino porque sentía intensamente el diálogo liberador, como si él también lo necesitara.

Ahora sé que él era, en ese tiempo de mi niñez y su madura juventud, un hombre absolutamente convencido de que había acertado en su misión:

la salvación de las almas y la educación de los jóvenes. La protección y formación de los seres humanos.

Y así lo intuíamos todos. Por eso él era el Padre Silva. Nunca fue Maturana como el Padre Maturana, o el cura Polidoro como el Padre Polidoro, y costó mucho que llegáramos más tarde a llamarlo Monseñor. Siguió siendo para nosotros el Padre Silva.

Treinta años después, en 1974, me recibió en Lima. Andaba yo, por cierto, a tientas por el destierro. Con mi mujer y mis hijos, 37 años de edad, la misma que él tenía cuando lo conocí, y lleno de dudas sobre mi presente y mi destino.

- ¡Cómo no me voy a acordar de ti! Yo no me olvido de mis comunas pobres. Por cierto que voy a hablar con Monseñor Bambarén para que ayuden a tus hijos a educarse en María Reina. ¿Cómo está tu padre?

- Bueno, está en Santiago, y enfermo.

- Tu padre era jefe de patentes en la municipalidad cuando tú estabas en Don Bosco.

- No, ése era mi tío. Mi tío Ernesto era el Director del Tránsito.

- Claro, tu tío Ernesto era el Director del Tránsito y el encargado de las patentes de los vehículos, pero tu padre era el Director de Patentes Comerciales y el jefe de las patentes.

Amén. Me acordé del final de las confesiones. Sentí esa laxitud con gusto a chocolate de cumpleaños que nos reconfortaba el cuerpo todos los domingos después de la misa, cuando se nos perdonaban los pecados.

No dije mucho más que “muchas gracias por mí, por mi señora y por mis hijos.... y por todo lo que usted está haciendo; que le vaya muy bien, Padre”.

Se sonrió como siempre.

- Pórtate bien y córtate esa barba, hombre, ¿para qué vas a andar con esa barba?, me sentenció al despedirme, como si me diera una penitencia cariñosa. Y me bendijo sin hacer un gesto.

Durante más de medio siglo él integra mi imaginario positivo y es pieza clave en mi obligada pertenencia a una visión del mundo a veces confusa y confundida, en la que son piezas de mi caleidoscopio su atractivo, su enseñanza, su paternal paternidad.

## Toda una vida y una vida nueva

Néstor A. Lunas

*Néstor, campesino y hombre de esfuerzo, representa con su testimonio todo el cariño y gratitud que para muchos de sus compañeros significó la acción del Cardenal Raúl Silva Henríquez.*

### ¿ Por qué “toda una vida”?

Recordemos que en los años 20, 30, 40 y hasta los 60, existía una sola verdad para el campesino: vivir y servir al patrón y ser llamado “inquilino u obligado”. Era esta la forma de vida en los grandes fundos o haciendas, donde el hombre servía al patrón en sus obligaciones y en diversas tareas agrícolas, de sol a sol.

Las regalías ofrecidas por el patrón consistían en una casa con un goce de tierra para dos talajes, dos panes diarios, un kilo de porotos cocidos a la hora de doce y un sueldo de 20 centavos. El que fallara periódicamente, estaba despedido y en el mes de marzo le llegaba el aviso de desahucio para que se retirara el 30 de abril. Era una amargura grande porque había que emigrar en busca de otro pueblo o de un fundo.

Muchas veces sufríamos pensando quién pagaría las obligaciones cuando nos enfermáramos para no ser despedido. En muchos casos, el hijo mayor se hacía cargo mientras su padre se mejoraba. Entonces tenía que dejar la escuela para cumplir lo que su padre había pactado con el patrón. ¿Qué significado tenía la vida para este joven, “obligado” de pronto, dejando los estudios? Sólo pensaba que ya era todo un hombre, porque él era el nuevo jefe de hogar. Pero no importaba, había que servir toda una vida sin pensar en su futuro, como ser social que Dios creó.

Nunca se pensó que la vida en San Dionisio podría cambiar de repente para compensar los sufrimientos de tantos años, en que alguien se acordara de nosotros. Gracias a Dios y a la Virgen, que siempre están con el que necesita y sufre.

En el año 1962 empezó una vida nueva para los inquilinos del fundo San Dionisio. Este fundo estaba arrendado y pertenecía a la Iglesia Católica. Decimos una nueva vida o un nuevo amanecer porque a fines del año 62 se comenzó a rumorear que el fundo se entregaría a los inquilinos en parcelas. Todos nos preguntábamos ¿cómo podría ser esto?, ¿cómo serían las parcelas?, otros comentaban ¿cómo vamos a producir sin tener nada?

Supimos que la primera Reforma Agraria de la Iglesia Católica se haría en el fundo San Dionisio. En una reunión, un campesino con timidez preguntó quién hacía esto; un dirigente respondió claramente que esto lo hacían dos pastores de la Iglesia Católica, Su Eminencia el Cardenal Raúl Silva Henríquez y Monseñor Manuel Larraín, Obispo de Talca. Que juntos los dos se atrevieron a entregar las tierras de la Iglesia a los campesinos. Al escuchar esa respuesta, nos miramos unos a otros con alegría como dando gracias a Dios por lo que se iba a hacer.

Sólo era una conversación, llegamos a nuestras casas y le contamos a nuestras esposas e hijos lo dicho en la reunión. Fue una emoción y un abrazo de alegría con lágrimas en los ojos. No faltó el hijo que preguntó: “Papá, ¿cómo vamos a producir si no tenemos nada?” Pero Dios es grande y así pasaron más reuniones dando a conocer lo que sería la Reforma Agraria de la Iglesia, de la responsabilidad de recibir la tierra y demostrar la capacidad del campesino para producir. Esto se hacía porque el Cardenal Silva Henríquez, tenía confianza y fe en los campesinos de San Dionisio.

En el año 1963, empezó la planificación de trabajo de la tierra y medición de las parcelas. Su Eminencia creó el INPROA. Ellos llegaron a conocer el fundo y a los campesinos para empezar el primer año agrícola. Llegaron ingenieros, técnicos y muchos otros que nos daban conocimiento de la Reforma Agraria y de lo importante que era que nosotros trabajáramos la tierra. Se comenzó la planificación de las parcelas y de cuántas hectáreas serían por cada una. Mientras, nosotros comenzamos a limpiar los terrenos con un gran interés en hacerse cargo pronto de la parcela de tanta importancia para cada uno.

Llegó el momento de arar y nadie tenía aperos con qué trabajar. Conversamos con Su Eminencia Raúl Silva el grave problema que se presentaba para el campesino. Se analizó todo esto y se dio un crédito de caballos y arados a cada campesino para poder producir la tierra.

Así comenzó el trabajo con alegría y siempre con la esperanza en la parcela. Comenzó el año agrícola con todos trabajando con entusiasmo.

En una reunión se acordó formar una cooperativa campesina para que todos estuviéramos asociados. En esta planificación de la Cooperativa nos visitó Su Eminencia el Cardenal Raúl Silva Henríquez. Nos reunimos bajo los aromos de las casas patronales en círculo y el Cardenal al centro dando a conocer todas sus inquietudes y por qué la Iglesia hacía la Reforma. Él confiaba en que nosotros íbamos a salir adelante. Pero que tendríamos críticas y problemas. Él nos pedía que siguiéramos con fe, en bien de la familia. Que nos organizáramos en una Cooperativa para que estuviéramos unidos y pudiésemos buscar los créditos para sus afiliados. Así nació la Cooperativa Campesina San Dionisio, iniciando un largo camino. Pasó el tiempo trabajando juntos en INPROA.

En enero de 1964 llegaron las cosechas de trigo. Qué lindo era ver la máquina cosechera trillando el trigo que por primera vez el campesino producía para sí mismo. La cosecha se hacía en unión, principiando por un mediero hasta terminar el último que correspondía al potrero de siembra que tenía como nombre El Álamo.

Se confeccionó una era y una ramada para pegar los sacos y coserlos para cargar el camión que los llevaría al molino. En esta labor siempre se conversaba de algo en la era, a la hora de doce, puesto que comíamos juntos en la ramada, siempre un chiste de alegría, otro se paraba, se tomaba la barbilla dejando de caminar y mirando a los demás decía con un tono de entusiasmo “saben ustedes lo que hemos conversado con mi mujer, que una vez que reciba mi parcela trabajaré mucho para producir y poder darle cumplimiento a la Iglesia y después darle una buena educación a mis hijos, para que ellos no sean como su padre que no sabe leer ni menos escribir”.

Era una alegría y emoción de que no se pasaría más hambre, porque había de todo gracias a Dios y al Cardenal Silva Henríquez.

Siempre el Cardenal nos visitaba y nos hablaba de sus problemas al impulsar esta Reforma Agraria. Había muchas críticas contra él y decían que

sería un fracaso, pero él confiaba en los campesinos y tenía fe en “los amigos de San Dionisio”... porque así nos llamaba.

Nos visitó y nos habló con franqueza de los problemas que íbamos a tener en el desarrollo de nuestra tierra y que teníamos que cuidarla por nuestro propio bien.

En el año 71 hizo la primera misa en castellano en nuestra capilla. Esto es un orgullo para nosotros los campesinos. Se puede hablar mucho más de la realidad hecha verdad. Siempre tuvimos fe y alegría al recibirlo, porque su presencia entre nosotros es algo que no era fácil explicar.

En el año 1984 nos visitó una vez más, invitado por la Cooperativa, para bendecir la instalación de nuestro molino de trigo propio. Él sacó personalmente harina de las máquinas y le dijo al molinero: “amigo, la harina está muy entera por lo tanto trate de apretar más los rodillos para que salga más fina la harina... Yo sé de molienda porque en Villa Alegre trabajé en el molino de mi padre. Por eso, a mí no me hacen lesa. Arréglole porque voy a volver a verlo”.

Este es el testimonio de un hombre campesino agradecido de la labor de esta gran parte de la Iglesia, llamada Cardenal Silva Henríquez. Desde aquí, de mi parcela N°5 en nombre de mi esposa, hijos y los demás parceleros, levanto los brazos al cielo y pido a Dios y a la Virgen que bendiga a nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez y que viva muchos años más para que esté junto a nosotros, que le debemos tanto.



## **Mi gratitud y la de Chile para don Raúl** **María Maluenda C.**

*El dolor desgarrante unió en el espíritu a María y a don Raúl. La sencillez de ella, su lógica inapelable, su amor al hombre y la protección de sus derechos; significaron que entre ambos se produjera una gran identidad en torno a la defensa de la obra máspreciada por Dios: El ser humano.*

**H**ace muchos años, su nombre y su imagen comenzaron a ser familiares para todos los chilenos. A raíz del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, su personalidad adquirió además otro relieve y una connotación que supera los marcos religiosos de su quehacer. Simbolizó la defensa de los indefensos ante las violaciones de los derechos humanos. Así estará grabado en la Historia de Chile.

Me viene a la memoria una entrevista con él cuyo valor es difícil de imaginar ahora. Le entregué un documento del Partido Comunista, al que yo pertenecía, en un año que fue trágico para sus dirigentes, casi todos detenidos desaparecidos. Allí aprendí que estaba no sólo ante un gran Cardenal, sino ante un gran político humanista.

También pude apreciar, entonces, la trascendencia de su imagen internacional en la defensa de los derechos humanos.

Más adelante escuchamos su voz en la Catedral de Santiago, con una emoción que hacía humedecer nuestros ojos tanto como nos emocionara la Cantata de los Derechos Humanos resonando en la voz de Roberto Parada,

su narrador, con la frase que aún resume nuestro dolor: “¿Caín, Caín, dónde está tu hermano Abel?”

Cuando las circunstancias y la grave enfermedad de Roberto nos llevaron a Moscú y vi su conversión al catolicismo, procuré que don Raúl lo supiera. Constituiría una profunda emoción para él. Lo pude comprobar al asistir después, a una misa que él dijo en su memoria.

En el año del plebiscito que pondría término a la dictadura -1988- al final de octubre me vi enfrentada a una seria operación en la columna. Fue la generosa solidaridad del doctor Juan Fierro, como cirujano, y del Cardenal, lo que permitió hospitalizarme el tiempo necesario para salir caminando; evitándome así vivir el resto de mis días en una silla de ruedas. Nunca he tenido ocasión de agradecer públicamente, no sólo esta solidaridad sino la forma delicada en que me la expresó, al visitarme en la clínica. Para mí era totalmente imposible solucionar este problema.

No me parece justo silenciar cosas que, siendo muy personales, nos muestran más claramente las múltiples facetas de la personalidad de don Raúl. Pero de ninguna manera quiero que se piense que escribo estas líneas sólo por gratitud personal.

Lo más importante para los chilenos y para mí, es que naciera en nuestra tierra y se enfrentara a la tragedia que aplastó al país con el golpe militar, una persona como el Cardenal Silva Henríquez. Cuando el comité Pro Paz, apoyado en forma ecuménica, no pudo resistir más la Fuerza instalada en el Poder, sólo una personalidad y una decisión como la suya fue capaz de enfrentar la situación creando la Vicaría de la Solidaridad, acogiendo sin discriminación a quienes necesitaban protección y también a quienes estaban dispuestos a jugárselo todo por defender la vida y la dignidad de sus semejantes.

En una de las extrañas vueltas que tiene la vida me correspondió, al término de la dictadura, presidir la primera sesión de la Cámara de Diputados y tomarle juramento a los nuevos parlamentarios. En ese momento solemne rendí homenaje a todos los organismos de Derechos Humanos, representados en la persona del Cardenal, don Raúl Silva Henríquez, y a los trabajadores de esos organismos, en la persona de mi hijo José Manuel, asesinado como trabajador de la Vicaría de la Solidaridad. Tanto Roberto Parada, mi marido, como nuestro hijo José Manuel tuvieron siempre un gran cariño y admiración por don Raúl.

No puedo terminar estas líneas sin decir que desde que lo conocí me impresionó como un ser humano cuya presencia tiene algo misteriosamente trascendente.

La deuda y el cariño que el pueblo de Chile tiene hacia usted, don Raúl, son muy grandes. Usted lo sabe bien, pero hay que repetirlo una y otra vez.

Hay algo más que no debo callar. Creo que, con todos los méritos que le conocemos y le reconocemos, debimos comprender, por encima de cualquier barrera, que en usted existen las condiciones de un gran estadista y que no fuimos capaces de buscar la manera precisa y concreta de expresar esas condiciones, en bien de la Historia de Chile, con usted como Presidente del País.

## Un ejemplo para mi vida

Sergio Molina S.

*Para don Raúl el contar con Sergio en tantas acciones de bien público, constituyó siempre una garantía de eficiencia y de criterios compartidos. Don Raúl confió absolutamente en Sergio y ambos construyeron una amistad sólida llena de respeto y cariño.*

**S**on muchos los recuerdos que vienen a mi memoria y las emociones que inundan mi corazón cuando pienso en el Cardenal Raúl Silva Henríquez.

En mi condición de Presidente de la Fundación para el Desarrollo, institución que él creó en su incesante preocupación por los más necesitados, tuve el privilegio de verlo con frecuencia.

Siempre recuerdo cómo cambiaba su rostro y se humedecían sus ojos cuando hablaba de los pobres y de los desprotegidos, ya sea que se encontrara en una reunión íntima o desde el altar donde se transformaba hablando a una multitud. Me ha quedado grabada como una enseñanza para la vida, tanto su severidad para condenar la injusticia, como su gesto bondadoso y su palabra amorosa para el afligido.

Más que contar anécdotas, lo que me surge del corazón al revivir en mi mente su personalidad vigorosa, es el ejemplo de todo un hombre, con sus debilidades y fortalezas, junto al profeta de su tiempo inspirado por la fuerza del Espíritu de Dios.

---

**Compasión, valentía y liderazgo:  
El carisma de un pastor**  
Hernán Montealegre K.

*Abogado de la Vicaría de la Solidaridad que  
sufrió en carne propia la violencia de la dicta-  
dura militar. Su eterna defensa de los derechos  
humanos, unida a su excepcional inteligencia,  
alimentaron el nacimiento de la amistad con don  
Raúl.*

**H**e conocido al Cardenal Raúl dentro de una situación en la que, a la vez, Dios ha estado muy lejos y ha estado muy cerca. Muy lejos, porque ha sido una situación de pecado; y muy cerca ¡por lo mismo!... Porque ha sido una situación de pecado. Me refiero a ese momento de la historia de Chile abundante en atropellos al derecho a la vida que Dios da y que sólo Él puede pedir. Es lo que ocurrió en nuestro país a partir de ese mes de septiembre de 1973, que se ha convertido ahora en una fecha contradictoria para la patria. En esa situación horrenda, Dios se encarnó una vez más para salvar al hombre del pecado. Esta vez lo hizo a través del alma misericordiosa, valiente y señera de don Raúl.

Él se compadeció del sufrimiento humano de quienes no compartían necesariamente su fe y, en este sentido, fue un ejemplo encarnado en la realidad -y no sólo predicado desde el púlpito- del Buen Samaritano, con quien siempre don Raúl asoció su obra de esa época. Pero su respuesta a la situación trágica chilena no fue sólo de compasión: don Raúl salió en defensa de la verdad, el derecho y la justicia y, en este sentido, su actitud fue la de un profeta -esta vez diciendo las cosas que otros callan hasta en el

púlpito. A estas dos respuestas el Cardenal supo darles la organización que requerían para que fueran eficaces y no sólo testimoniales. Aquí nos mostró la tercera faceta de su carisma de Pastor: su liderazgo. Sin esa compasión, esa valentía y ese liderazgo, la Iglesia chilena no sería hoy admirada por tantos, dentro y fuera del país. Y si la labor de don Raúl en esa época tiene como consecuencia que los chilenos, católicos o no, admiremos y amemos más a la Iglesia, nadie puede dudar que la obra de don Raúl fue una obra de Dios.

Yo no conocía al Cardenal antes de esos años tormentosos de la década del 70. Desde mi prisión en Tres Alamos logré hacerle llegar una carta en forma clandestina. En ella le decía: "Como oveja que soy de Cristo, conozco a mi Pastor. Yo espero que mi Pastor me reconozca también a mí". En medio de las calumnias que entonces se decían sobre mí, don Raúl levantó clara su voz en nombre de la verdad. No lo olvidaré nunca. Sobre todo porque la mentira imperaba entonces en tal forma en Chile, que muchos llegamos a pensar que nunca se sabría la verdad. Hoy la verdad se conoce y se impone cada vez con más fuerza. Ello no sería así si un hombre de Dios, don Raúl, no hubiera levantado su voz para defenderla en aquella época, cuando defenderla era cosa de vida o muerte.

Al cumplir sus 90 años, pensamos cuánto necesitamos hoy nuevamente a pastores como él, en momentos en que Chile vive una crisis de valores. Por eso es tan necesario celebrar estos 90 años. Para que la Iglesia chilena nunca pierda la compasión, la valentía y el liderazgo que les legó don Raúl.

## En él estaba el Espíritu Santo

Leopoldo Moraga V.

*Compartieron vida y esperanzas para estructurar un modelo de desarrollo más solidario, más humano y más justo; en donde prime por sobre todas las cosas, el hombre.*

Entre 1974 y 1978 me correspondió la suerte de trabajar estrechamente vinculado al Cardenal Raúl Silva Henríquez. Aquellos años, no fueron años cualquiera en la vida de nuestra patria, fueron los tristes tiempos que siguieron al pronunciamiento militar de 1973. De la perplejidad inicial fuimos llegando al horror de sufrir o saber de la violencia desatada hasta los límites de la tortura y de la muerte. Fue el período más duro de la represión y de la demolición de las organizaciones políticas, sociales y culturales que sostenían a nuestra democracia.

Así nos fuimos quedando sin las organizaciones que siempre conocimos y huérfanos de nuestros líderes naturales. Muertos, desaparecidos, prisioneros y exiliados muchos de ellos. Auto-exiliados, censurados, vigilados por aparatos de seguridad, auto-censurados y “submarineados” casi todos los restantes. El término “submarinearse”, muy utilizado en aquel tiempo, servía para justificar todos las ausencias. Unos pocos, que habían participado públicamente como militantes de partidos democráticos de centro, sufrieron un proceso de conversión al fascismo y colaboraron con la dictadura.

En esta realidad fue emergiendo la presencia de las Iglesias, más allá de sus ámbitos propiamente religiosos y, de un modo muy destacado, fue

creciendo la figura del Cardenal Silva Henríquez, de tal forma que nosotros, los ciudadanos comunes, nos fuimos dando cuenta y sintiendo que no estábamos tan solos, que nuestra orfandad no era total y que nuestro deber era actuar, era colaborar, era unirnos para siquiera empezar a soñar con el término de la violencia, con la reconquista de nuestras libertades y con la recuperación de la democracia.

Lo primero para las Iglesias y para el Cardenal fue la defensa de los derechos humanos. Tempranamente surgió el Comité para la Paz (posteriormente Vicaría de la Solidaridad) y la Comisión Solidaridad y Desarrollo. Más adelante, en la medida que los ciudadanos comunes nos fuimos atreviendo, se ampliaron las actividades hacia el apoyo de los sindicatos y sus dirigentes, de los campesinos, de los académicos, de los pobladores, de los medios de comunicación, de la salud, etc. En esta perspectiva, a mediados de 1974 iniciamos un proyecto de acción destinado a apoyar a las empresas autogestionadas por sus trabajadores, a sindicatos interesados en concurrir a la licitación de sus empresas (que habían formado parte del Área de Propiedad Social y que ahora eran rematadas por el Estado) y a talleres artesanales formados por dirigentes sindicales y trabajadores cesantes.

En el Proyecto Autogestionario de 1974 participaron desde su inicio diversas instituciones y personas: las organizaciones representativas de la experiencia autogestionaria previa; entidades y dirigentes del movimiento cooperativo (Confecoop e Ificoop); corporaciones vinculadas a las Iglesias; dirigentes sindicales y un amplio grupo de profesionales que quisieron apoyar estas acciones.

El apoyo del Cardenal a este proyecto de acción fue entusiasta y determinante. Encomendó a la Fundación para el Desarrollo (entidad dependiente del Arzobispado de Santiago) que participara activamente en el Proyecto, que facilitara su personería jurídica mientras se organizaban las entidades propias del Proyecto y donó fondos que permitieran iniciar las actividades. Al mismo tiempo, el Cardenal brindó la protección indispensable frente a los riesgos que entonces afectaban a los que actuaban en campos que no agradaban a los gobernantes y apoyó con gestiones directas o con su patrocinio la búsqueda de recursos.

Así, con la participación y el entusiasmo de muchos, más el apoyo del Cardenal, fue posible llevar adelante estas actividades. Se organizó una entidad cooperativa, -Cooperativa de Ahorro y Crédito Laboral, ACL- y una



---

corporación de derecho privado -Instituto de la Autogestión- como entidades propias del Proyecto Autogestionario. Posteriormente, como consecuencia de cambios en la legislación cooperativa, ACL perdió gran parte de su capacidad operativa y fue necesario comprar una sociedad financiera (FINTESA). La totalidad de las acciones de FINTESA quedaron en poder de ACL y del Instituto de la Autogestión para servir como instrumento financiero a las empresas de trabajadores. Posteriormente y con el fin de compartir este instrumento con entidades campesinas que efectuaban actividades similares, se traspasó una parte minoritaria de las acciones a la Fundación para el Desarrollo en calidad de intermediaria jurídica del sistema de financiamiento campesino que entonces se estaba organizando. Años después FINTESA fue transformada en lo que hoy es el Banco del Desarrollo.

Las actividades reseñadas significaron para mí el privilegio de trabajar cercano al Cardenal en esos años. Aprendí a admirarlo por el talento, valentía y generosidad que desplegó hasta convertirse en el faro iluminador y en gran apoyo de todo un pueblo. Aprendí también a amarlo, como amo a mi propio padre, por su bondad, por su comprensión, por su calidez y por tantas otras cualidades que adornan su persona.

Apoyó nuestras actividades sin pedir nada a cambio. Su humildad nunca se vio afectada por el inmenso prestigio que alcanzó en todo el mundo. Muchas veces fui testigo del respeto y admiración que le brindaban los principales dignatarios de las naciones más poderosas de la tierra. Finalmente, algo que me resulta difícil de explicar y que hasta el día de hoy me emociona: En muchas ocasiones vi, o sentí, que el Espíritu Santo estaba en el Cardenal, en la profundidad y brillo de sus ideas, en la claridad y elocuencia de sus palabras y en la intensidad de su amor hacia todos nosotros.

## Un maestro y un profeta

### Padre Miguel Ortega R.

*El Padre Miguel siempre ha estado cerca de don Raúl con su trabajo y su amistad. Este vínculo le permitía al Padre Miguel, el “atrevimiento” de imitar al Cardenal en su voz y sus gestos, lo que era celebrado por don Raúl y por quienes tuvieron el privilegio de ser testigos de su gran cariño.*

**T**uve durante muchos años una estrecha relación con el Cardenal Raúl. Semanalmente iba a su casa. Muchas veces lo acompañaba a Punta de Tralca, donde él gozaba mirando el mar y caminando con su bastón. Hoy me considero un privilegiado por haber gozado de su cálida amistad y de múltiples muestras de confianza.

Cuatro cosas destaco de él:

**Su proximidad a la juventud.** Él me había encargado la Vicaría de la Pastoral Juvenil. Realizamos muchas actividades que contaron con su presencia y animación. Organizamos “Una Semana para Jesús”, el “Día del Reino”, el Festival “Una canción para Jesús”, los Encuentros de Oración, la Coordinación de Asesores Juveniles y numerosas otras iniciativas. La última fue la Misión Joven. Él consideraba que estaba en deuda con la juventud desde el tiempo de la Misión General y por eso esta misión juvenil lo entusiasmó. Debo decir que el principal animador de la juventud de Santiago era él. En la juventud de ese tiempo, el Cardenal era una figura

atrayente, entusiasmante, lleno de energía, chispeante y valiente.

Durante más de diez años vi lo que gozaba conversando y confesando en el Seminario Menor y después en el Luis Campino. Puntualmente llegaba a cumplir su función de Director Espiritual. Y si alguna vez no podía ir pedía permiso o daba una explicación. Su alma de salesiano se le notaba en esto claramente.

**Su amor por los pobres.** No era raro verlo derramar lágrimas al comentar las condiciones de vida de los más pobres. Cuando visitaba una población era de inmediato rodeado por hombres y mujeres que le contaban de sus vidas y miserias. Tenía a los pobres en su corazón. Especialmente cercano era a los campesinos, con los que podía hablar un mismo lenguaje. Recuerdo algo que le dijo don Eduardo Frei Montalva en su casa: “Yo creí que no iba a ver a los pobres de Chile en sintonía con la Iglesia Católica. Usted es uno de los que los ha atraído”.

Tal vez los historiadores podrán registrar en el futuro la revolución que esto significa. Hubo tiempos de gran distancia y hasta agresividad hacia la Iglesia. Hoy, sin embargo, los sacerdotes son acogidos y valorados entre los pobres de Chile. Su palabra es escuchada. Su presencia se solicita. En gran medida esto es posible por el testimonio del Cardenal Raúl.

**Su confianza en los laicos.** Es cierto que el Cardenal era especialmente acogedor con los sacerdotes. Pero no era “clerical”. Tenía una confianza muy grande en los laicos. Basta ver sus obras y sus colaboradores. Con ellos emprendió innumerables tareas y proyectos. le interesaba recibir sus opiniones e intercambiar puntos de vista. Del mismo modo como en su tiempo lo hizo el Padre Hurtado, el Cardenal abrió las puertas y ventanas de la Iglesia al mundo laical. Lo que menos tenía el Cardenal era ser un hombre de sacristía. Le interesaba el mundo, la sociedad, la economía, la salud, la vivienda, la política, la situación de Chile. Y todo esto desde una motivación profundamente evangélica.

Este es un legado que ojalá nunca lo olvide la Iglesia entera.

**Su equipo de Vicarios.** Escogió excelentes colaboradores. El que más lo interpretó fue su Obispo Auxiliar, Monseñor Ismael Errázuriz. Con él cultivó una hermosa amistad y a la hora de la muerte lo lloró con dolor y sin ningún complejo; era como el amigo Lázaro. Sólo lo mencionaré a él. Su equipo de vicarios eran sus hombres de confianza, casi su familia. Con ellos pasaba sus momentos de mayor intimidad, ya sea en su cumpleaños, en

Navidad o Año Nuevo. Cualquiera podía cometer un error, pero nunca nos descalificó. Por el contrario, nos entendía, nos disculpaba sin necesidad de pedirle perdón. Alentaba el trabajo y gozaba con los éxitos; contagiaba compromiso con esta Iglesia de Santiago, a la que tanto amó y a la que tanto nos hizo amar.

Para mí el Cardenal Silva es de las personas que Dios regala cada cierto tiempo a la Iglesia. Que marcan y dejan huella; que se extrañan cuando no están y su recuerdo es un estímulo para seguir. Me marcó muy profundamente en mi ministerio y mis opciones. Reconozco en él su paternidad espiritual.

## Lo que es de Justicia

Hermana Francisca Morales

*Actual Superiora de Las Esclavas del Amor  
Misericordioso. Para el Cardenal las hermanas  
de esta congregación, significan un aporte muy  
importante en la ayuda social.*

**L**o primero que quiero testimoniar es el profundo sentido eclesial de don Raúl, unido a su amor por los más pobres.

Era época de crisis sacerdotal en un momento de gran explosión habitacional en la Arquidiócesis. Su corazón de Pastor estaba angustiado al ver a los pobres de las poblaciones marginales como ovejas sin pastor. Las parroquias no podían asumir el desafío que significaba esta vida bullente, nueva, que iniciaba procesos de organización y participación en territorios ya alejados de sus límites parroquiales. Eran los años de la “promoción popular”. ¿Podía la Iglesia estar ajena a estos procesos, sin hacer su aporte de evangelización integral? Era la preocupación de don Raúl, y pensó en las religiosas. Ya el año 1964, con la Misión General, se puso en evidencia el rico potencial evangelizador de la mujer consagrada.

Al venirse de Roma, después de finalizar el Concilio, don Raúl invitó y luego trajo al Padre Roberto Pelton para que asumiera la Vicaría de Religiosos de la Arquidiócesis y desde allí impulsara los procesos de renovación. Y así llegó hasta nosotras diciéndonos: “Ustedes pertenecen a Dios, son diocesanas. Yo quiero que hagan su capítulo de renovación, asesoradas por el Padre Pelton”.

Y nosotras llenas de esperanzas, bajo una segura conducción, y asumiendo el deseo del Pastor, iniciamos el estudio y preparación de

nuestro capítulo, en 1966. Como fruto de discernimiento, aprobamos en nuestra primera etapa, redistribuir a las hermanas y ofrecer quienes quisieran, la posibilidad de salir de las “obras” para irse a vivir entre los más pobres. Era claramente una aventura evangélica, audaz e innovadora que en los comienzos se aprobó en calidad de “experimento”, como el mismo Concilio lo aconsejaba. Era enero de 1967. Fuimos a comunicarlo al Pastor y éste nos acogió con mucha alegría e inmediatamente nos dijo: “Quiero que salgan a las poblaciones, que ojalá asuman pastoralmente sectores sin sacerdotes y hagan, así, presente a la Iglesia entre los más pobres. Yo les doy todo mi apoyo, les pongo casa y les doy algo más para ayudarlas a vivir. Elijan el lugar y luego me lo comunican”.

Y así fue como, gracias a don Raúl, nuestra congregación comenzó a formar “pequeñas comunidades de vida religiosa inserta entre los más pobres”, aun antes de Medellín. Esto marcó nuestra vida. En esos tiempos animada por el Espíritu Santo, se desencadenó por toda América Latina uno de los hechos de mayor relevancia para la Vicaría de Religiosos en la Iglesia del continente y que Puebla valoró como una tendencia muy significativa: La vida religiosa inserta y su opción por los más pobres.

Otro hecho que muestra la riqueza de sentimientos del corazón de don Raúl sucedió en una reunión con superiores mayores, en el tiempo de la dictadura. Estando en pleno desarrollo las dos primeras huelgas de hambre de los familiares de detenidos desaparecidos, fuimos convocadas por el Pastor. Él estaba muy molesto porque había sacerdotes y religiosas solidarizando y en huelga de hambre, con los familiares de los detenidos, en locales de Iglesia. El señor Cardenal nos habló con mucha fuerza sobre la gravedad de la situación y nos amonestó seriamente a los superiores que permitíamos que nuestros religiosos participaran en la huelga. Moralmente, él creía que no se podían exponer sus vidas tan riesgosamente en una huelga de carácter indefinido. Además era muy comprometedor para la Iglesia permitir en plena dictadura una oposición al régimen que podría significar nuevas pérdidas de vida y esto en locales de Iglesia. También podía inhabilitar todo el bien que ésta estaba haciendo tratando de salvar vidas y liberar a muchas personas de males tan graves como el encarcelamiento y la tortura.

El chaparrón fue duro para todos los asistentes, particularmente para quienes teníamos hermanos y hermanas entre los ayunantes. Yo pedí la

---

palabra y no me fue dada. Por lealtad, me acerqué al final a don Raúl para informarle que Blanca Rengifo, hermana de nuestro Instituto, estaba en la huelga, en el grupo que se encontraba en Lourdes. Y le dije: “Señor Cardenal, después de lo que usted ha dicho, ¿qué quiere que le diga a Hermana Blanca ?. Y él me contestó, con una mirada emocionada y llena de ternura, y tomando mi mano entre las suyas: “No le diga nada”, y se alejó con una sonrisa llena de bondad.

Finalmente, un tercer hecho que quiero contar, pues refleja claramente su visión de la justicia evangélica y su amor por los pobres, es el siguiente:

Como era costumbre, en la Asamblea de Conferre, con los superiores mayores, en Padre Hurtado, tuvimos la oportunidad de dialogar y escuchar las respuestas de nuestro Pastor frente a nuestras inquietudes. Estábamos hablando sobre la situación de los pobres en la dictadura y sobre la injusticia que para muchos era el P.E.M. Alguien de la Asamblea quiso contarle a don Raúl cómo su congregación acogía a la gente del P.E.M. para trabajar en sus obras, dándoles además la comida y algunas ropas para sus familiares. El Cardenal, visiblemente molesto y con fuerza dijo más o menos lo siguiente: “¿Y usted permite, Hermana, que esos hombres trabajen para usted sin recibir el salario que les corresponde de parte suya?. ¡No por favor, no les den por caridad lo que es de justicia! Ustedes deberían pagarle a lo menos lo que le falta al salario del PEM para ser un salario justo. Si no les pagan, ustedes se hacen solidarias de una situación de injusticia”.

La lección habla por sí sola.

## **Desde la Juventud** **Padre Alberto Muñoz D.**

*Dios y el destino quisieron que la vida de este salesiano y la de don Raúl, estuvieran siempre unidas, desde los años de estudiante y hasta hoy en la Casa de Salud Salesiana.*

**E**n 1924, durante el primer año de la carrera de leyes en la Universidad Católica, conocí a Raúl Silva Henríquez, cuando yo tenía 18 y él 17 años. Y pese a esto, pasé tres años junto a él sin haber profundizado en su amistad. Él era más bien tímido y reservado, y aunque era muy amigo de Luis Felipe Letelier -del cual yo era más cercano-, no llegamos a un trato más allá que de compañeros. Pero, eso sí, a mí me llamaba la atención Raúl, porque aunque era alegre y reidor como el que más, nunca le oí una palabra inconveniente o cometer alguna incorrección.

Nuestra amistad profunda nació, sin embargo, en 1927, al comenzar el cuarto año de carrera, en unos ejercicios espirituales que nos predicó Carlos Casanueva.

De ahí brotó en Raúl -que ya tenía inquietudes al respecto- su decisión de hacerse sacerdote o religioso. Él se inclinaba por los jesuitas, y como no pudo en tres oportunidades hablar con el Padre que lo había citado, su amigo Luis Felipe le presentó al Padre Valentín, quien le dio a conocer la vida de Don Bosco.

El santo cautivó a Raúl, quien decidió su vocación salesiana. Por mi parte, la curiosidad y la reflexión retardaron hasta el fin de año la misma decisión de Raúl. En ella, sin duda, influyó el ejemplo, la constancia y la amistad que nos unía a los tres amigos inseparables.



Fui testigo de los tres años que vivió Raúl en el Patrocinio de San José como aspirante a salesiano, y de muchos momentos de su existir. ¿De dónde sacó esa fortaleza para seguir la voluntad de Dios, de la cual ha dado tantas muestras en su vida? Durante su preparación, comulgaba todos los días y llevaba una profunda vida de oración que trataba de plasmar en su rutina. Por eso creo que en esos años adquirió esa intensa vida interior que lo ha hecho llegar a la cumbre en que ahora todos lo vemos.

Y sin dejar de lado esa intensa espiritualidad, en el noviciado, con la misma alegría, tomaba parte de funciones teatrales, o bien fregaba platos en la cocina, o aseaba los baños y excusados. Bajo un sol agobiante vendimiaba la uva moscatel y competía como un niño por quién llenaba más canastos entre los aspirantes. Como una muestra de su sentido del humor y de su gallardía de huaso talquino, inventó el irónico nombre del cafecito que tomábamos en aquel entonces en el noviciado: “¿Quién se sirve una tacita de ‘trigostán’?”; era puro trigo tostado.

Años después, a las puertas de un momento muy importante, una leve cojera debida a una afección a la rodilla que no le había sido descubierta, suspendió su ordenación en Turín, en el Instituto Internacional Don Bosco. Raúl llevaba serenamente en lo íntimo su supremo dolor; sólo Dios sabe lo que sufrió. La intervención del santo y venerado padre Pedro Verruti, Vicario General de la congregación y que conocía bien a Raúl, revocó la suspensión.

Con estos recuerdos de tantos momentos que compartimos, quiero expresar que la personalidad de los hombres que Dios designa en grandes empresas y responsabilidades, se forja desde la niñez y la juventud, con una gran fidelidad para comprender la gracia de Dios mediante pequeños gestos que a veces, no obstante su pequeñez, no dejan de ser heroicos. He querido señalar algunos de éstos en la vida del joven Raúl Silva Henríquez, hoy señor Cardenal y ex Arzobispo de Santiago.

## **“Esto nos quedó bueno, Tere”**

**Teresa Nahuelcoy L.**

*Cocinera de don Raúl durante muchos años. La “Tere”, mujer sencilla de nuestros campos, se ganó fácilmente el cariño y aprecio del Señor Cardenal.*

**C**onocer de cerca al señor Cardenal Raúl Silva, a Monseñor -como yo lo llamaba-, es un gran privilegio que pocas personas podemos contar. Porque desde el calor de la cocina, con un trabajo que me exigió dedicación, conocí al Padre que, fuera de su casa, era una figura pública.

El 6 de enero de 1973 llegué a trabajar a la casa cardenalicia, sin saber que me transformaría en la “cocinera oficial” de Monseñor. Yo sabía poco de cocina y hasta hoy no sé si me gusta realmente, porque a veces me cansa... Pero con la ayuda y paciencia de la Madre Socorro, aprendí el arte de la cocina. Ella me dijo que en la casa se preparaban cosas sencillas, pero bien hechas. Y creo que lo logré con la ayuda de recetas y por el cariño que comencé a poner en cada plato. El mismo cariño que sentía por el Cardenal.

Él, a mi llegada, me miró y me saludó formalmente. Pero, de a poquito, fuimos teniendo más confianza, ya que la complicidad de la buena mesa nos unía. Mi mejor recompensa era que él encontrara buena mi comida. Y siempre fue así.

Pero servir su mesa no era nada fácil, sino una ceremonia especial. Pues al Cardenal no le gusta comer solo y siempre tenía invitados al almuerzo y la cena. Al principio, me ponía muy nerviosa al entrar al comedor, veía a caballeros de corbata, serios, importantes; y no quería dejar mal a Monseñor. Él, discreto, me indicaba. Lo miraba y me hacía un gesto

para saber a quien servir. Porque el Cardenal no ocupa la cabecera, se sienta en el centro y pone frente a él al más importante de los invitados, después, a su derecha, al que le sigue y así. Antes de comer, todos de pie, esperan a que él bendiga los alimentos.

Siempre decían que era serio, pero con sus invitados no lo era. Gozaba en la mesa con la conversación y los chistes. Él mismo se preocupaba de todos los detalles. Generalmente exprimía los limones para el aperitivo y siempre era él quien servía el vino -que bebía con agua- en la mesa.

Para esos momentos guardaba anécdotas, y sus conocidas gracias, como cuando se llegaba al final de la sobremesa de la cena: “Esto no da para más” -decía, porque le gustaba acostarse temprano.

La distancia del comienzo, se superó con la dulzura de los postres y su gusto por ellos. Con él no había problema de gustos, con cualquier cosa dulce que le preparara él era feliz. “Esto nos quedó bueno, Tere” -era su frase de aceptación. No olvido los días de lluvia en que decía sonriendo: “Hoy va a haber sopaipillas o picarones”, y yo me apuraba en hacerlos porque no podían faltar. Como tampoco escaseaban el pescado y los mariscos, que más de una vez lo acompañé a comprarlos al mercado.

Pero no puedo dejar de lado los momentos tristes, como las llamadas anónimas para amenazarlo y el día de su accidente que le significó, por algún tiempo, perder el gusto. Entonces, me pedía disculpas por no comer. “Disculpe, Tere, dejé la comida”; yo le decía que no se preocupara, pero no podía dejar de sentir una gran pena porque él estaba sufriendo.

Años después, sentí un dolor muy grande al despedirme, pues el Cardenal dejaba su hogar, para irse a la Casa de Salud de los Salesianos. Ya no necesitaba a su cocinera. Sufrí mucho, mi vida no volvería a ser la misma, llevaba más de 23 años trabajando junto al Cardenal y eso me había marcado profundamente. Sin embargo, me animó una de las frases que nos dijo al personal de la casa en la despedida: “A ustedes los van a tratar muy bien, porque ustedes son buenos”... Mi emoción no podía ser mayor.

## Gracias don Raúl

Iván Navarro

*La creación de la Universidad Blas Cañas tiene el sello de la amistad entre Iván Navarro y don Raúl, quienes asumieron con entusiasmo la importante tarea de formar a la juventud.*

**D**on Raúl ha formado parte integrante de mi vida, como de la de miles de chilenos que le hemos amado como Pastor, admirado como hombre y querido como hermano.

¿Cómo no admirar la forma valiente en que aplicó las enseñanzas del Concilio Vaticano II en una Iglesia que oponía resistencias naturales al cambio?, ¿cómo no maravillarse de su espíritu emprendedor sin tregua, que le llevó a crear obras materiales tan trascendentes como el Banco del Desarrollo, Indisa, la Academia de Humanismo Cristiano y tantas obras de similar signo?, ¿cómo no reconocer su espíritu visionario que le llevó a privilegiar el apoyo al IPES “Blas Cañas”, una obra educativa que por su inspiración quiso ser una opción preferencial por los pobres?, ¿cómo no vibrar con sus homilías y enseñanzas desde el púlpito, algunas de las cuales aún nos hacen contener un nudo de emoción, como la que dijo en la Catedral Metropolitana, al despedir los restos del Presidente Frei Montalva? ¿Cómo no sentirse orgulloso de su decisión para encabezar una Iglesia que defendió los derechos humanos, cuando ellos fueron conculcados por el gobierno militar?

Fuera de los contactos protocolares, conocí personalmente a don Raúl compartiendo preocupaciones y gestiones para conseguir los recursos que permitieron construir el IPES “Blas Cañas”, hoy Universidad Católica “Blas

Cañas”, de la cual fui Rector durante ocho años. Pasé muchas horas con él en los aviones, en las casas de la Congregación Salesiana y en la antesala de muchas fundaciones e instituciones de ayuda solidaria de Estados Unidos, Canadá y Europa, a las que acudíamos a solicitar recursos para las “obras del Cardenal”. En esas ocasiones, conocí al hombre que no se humilla al pedir para una causa justa, que pide por necesidad, que representa con pasión sus demandas hechas en nombre del bien común y especialmente del bien de los más desposeídos. El Cardenal suplicaba, explicaba, gesticulaba, agradecía e impugnaba, según el destino de sus demandas. Cuando el resultado no era exitoso, generalmente exclamaba: “Dios proveerá”, y cuando lo era sacaba un viejo dicho que él aplicaba socarronamente: “No le pido a Dios que nos dé, sino que nos ponga donde haiga. ¡Y aquí hay!”

Su imagen pública ha sido la de un realizador exitoso, perseverante, apasionado y hasta implacable para defender la Iglesia y la fidelidad del mensaje de Cristo. Sin embargo, he tenido el privilegio de conocer, además, mucho de su vida privada, esa que no pueden transmitir los medios de comunicación y que a veces pasa inadvertida al hombre común: el Cardenal es tierno con los niños y con los débiles al límite de lo imaginable, defensor ineludible del matrimonio y la familia, intransable en materia moral y en el diálogo constante con Dios más que con los hombres. Me maravilló su capacidad de oración y de “privacidad con Cristo”. Allí lo percibí en su dimensión de mayor felicidad y entrega personal, imagen un tanto alejada de la mirada adusta y hasta dura que transmitieron siempre los medios.

En fin, don Raúl es un regalo de Dios para Chile y mi vida. Añoro las largas jornadas en que luchábamos juntos por conseguir apoyo, yo para “mi Blas Cañas”, él para ése y sus otros amores: los viejos, como el Banco del Desarrollo, de Indisa y de la Academia; los nuevos en los años 80, como la Iglesia San Francisco de Sales, en Lo Cañas. ¡Con qué pasión y con qué amor hacía un trabajo que nadie le exigía, sino sólo su amor ilimitado por el pobre!

Extraño las horas compartidas con el mejor gourmet que he conocido; con su ceremonial en la mesa, su “agüita de cebada para regular su presión”, y su interesante plática; no dejo de extrañarlas, pero también las agradezco a Dios con verdadero regocijo.

A menudo lo he vuelto a ver a la Casa de Salud que los salesianos han dispuesto para el Cardenal y el resto de sus hermanos. Su mente sigue lúcida y transmite la brillantez que tanto le admiramos. Su palabra quiere seguir

siendo elocuente, pero se hace dificultosa día a día. Sin embargo, la última vez que lo vi, esa palabra surgió como una fuerza invisible para impartir, en mí y mi familia, una bendición que hilvanó en mi alma un sollozo de agradecimiento a Dios.

## Con el sindicalismo

Diego Olivares A.

*Diego, un gran dirigente sindical cuya adhesión a los valores cristianos y a la Doctrina Social de la Iglesia han marcado su acción en favor de los trabajadores. Entre Diego y don Raúl hubo siempre una manifiesta identidad en su lucha por los derechos del mundo laboral.*

Sea mi testimonio de afecto y cariño para un hombre humilde y sencillo, luchador por los pobres y por los que sufren, por los que tienen asegurado entrar al Reino de Dios por su vida consecuente, con los que a pesar de muchas presiones y humillaciones ha definido a los oprimidos a los perseguidos por sus ideas, al que con su ejemplo a lo largo de su vida, nos ha mostrado que es posible luchar siempre por la justicia, por el derecho de los trabajadores a un trabajo digno y un salario justo.

Tuve la ocasión de conversar con el Cardenal, en algunos momentos muy duros por los que atravesaba el país, particularmente el Movimiento Sindical, en momentos de persecución y represión a dirigentes sindicales, compromiso de defensa que mantuvo con los trabajadores desde el inicio de la dictadura militar, a través de la Fundación Cardjan, en donde prácticamente se refugiaron y, el mismo tiempo, resurgió el Movimiento Sindical en los primeros años después del golpe militar.

Son muchas las palabras con que podría definir a este hombre bueno, en mi condición de dirigente sindical. Cómo no recordar el apoyo y respaldo a la creación de la Administradora de Fondos de Pensiones de los Trabaja-

dores Bancarios en la época que fui Presidente de la Confederación Bancaria y que, a pesar de nuestras diferencias con el sistema, el Cardenal respaldó fuertemente la idea de que los trabajadores tuviéramos acceso al control y manejo de nuestros propios recursos, como son los Fondos de Pensiones, y otras iniciativas que permitieran a los trabajadores y sus organizaciones fortalecerse, ciertamente él nos apoyó no sólo en respaldar la idea, sino que también nos permitió que esta funcionara en sus inicios en locales que pertenecen al Arzobispado de Santiago, nuestra sala de reuniones del Directorio, por cierto, se llamó Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Cómo no recordar también en mi época de dirigente Sindical del Banco Sud Americano, en que bendijo las oficinas de la Clínica Dental que conseguimos en una negociación colectiva, que marcó tal vez muchos otros logros que a través de posteriores conversaciones con el Banco, nos permitió conseguir muchos otros beneficios, que no sólo se tradujeron en aumento de salarios, sino también en instrumentos que apuntaron a mejorar la calidad de vida de los trabajadores del Banco, como Fondo Habitacional, Fondo de Ayuda Médica, Corporación de Bienestar, etc.

El Cardenal siempre en sus palabras, tanto a los trabajadores como a los empresarios ha instado al diálogo y la búsqueda de los acuerdos justos, para las empresas y sus trabajadores, creo que las palabras que él pronunció en aquel momento, en éste caso fortalecieron aún más, las francas relaciones laborales que por mucho tiempo se han mantenido en ese Banco.

En otras oportunidades con mi amigo Reinaldo Sapag quien ha sido muy cercano al Cardenal, compartí sus sencillos almuerzos de la casa de calle Los Pescadores. Son momentos de inolvidables recuerdos, de reflexión sobre los variados temas que preocupan al Cardenal, sobre nuestra sociedad actual, pero siempre su pena más profunda: las tremendas desigualdades, que lamentablemente aún continúan en nuestro país.

Sin duda que, como cristiano, ha sido para mí un privilegio el conocer a este hombre bueno, que ha sido un ejemplo de humildad, y de amor por nuestro querido Chile.

Un Chile que necesita reencontrarse con ese espíritu de solidaridad y de amor por aquellos que nada tienen, un Chile más humano, un Chile más hermano, como lo ha dicho el Cardenal.

Al cumplir en esta fecha sus 90 años, no me queda más que desearle felicidad y mucha vida a un hombre que ha dado testimonio incansable por



el amor a su prójimo, que como en muchos casos también ha sido atacado e injuriado, pero que los años se han encargado de fortalecer su imagen del hombre que tantos chilenos respetamos.

Señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, recibí en la Iglesia mi formación y vocación de servicio, desde muy joven milité en las comunidades cristianas de base, primero en la Parroquia San Mateo en la zona sur de Santiago, trabajando con dos sacerdotes españoles extraordinarios, que debieron escapar de la dictadura de Franco. Luego en Cáritas-Chile, en la Juventud Obrera Estudiantil Católica Universitaria Campesina, JOCEUC, de allí al mundo político y sindical en donde tuve la oportunidad de conocerlo personalmente. Al mirar su vida, su trayectoria y consecuencia siento un tremendo orgullo haber compartido personalmente, con un hombre tan importante para la Iglesia y los chilenos.

Reciba con todo mi aprecio, cariño y respeto y de tantos trabajadores y Dirigentes SIndicales, que siempre hemos recibido de usted, una palabra de estímulo y de fuerza para ser luchadores por la Paz, la Justicia y la Solidaridad.

## Recuerdo al Cardenal Silva

Pbro. Ignacio Ortúzar R.

*¡Qué gran cariño le demostraba don Raúl al Padre Ignacio! El motivo de su afecto es, ante todo, su común esfuerzo por unir a los hombres con El Señor.*

“**T**ú me recibiste cuando llegué a la Catedral como Arzobispo de Santiago” -me decía con cierta picardía en más de una oportunidad.

A fines de 1961, mientras trabajaba en el Instituto de Humanidades Luis Campino, llegó un día para ofrecerme la Parroquia de El Salvador. “¿Te gustaría ser Párroco? ¿y que te parecería hacerte cargo de la Parroquia El Salvador?”. Me asombró su gesto paternal de Pastor que con tanta delicadeza me pedía un servicio.

Considero una especial gracia de Dios, haber conocido y colaborado con este varón de Dios, sencillo, inteligente, cordial y visionario, el Cardenal don Raúl Silva Henríquez. Firme en sus convicciones, decidido en su actuar, franco como pocos, decía las cosas sin tapujos por su nombre, humilde al reconocer sus errores. De apariencia huraño, en confianza simpático y chispeante, de gran corazón para con los pobres y sensible con los indefensos; bondadoso y comprensivo a pesar de su aparente terquedad. Lo vi derramar lágrimas de dolor e impotencia ante el sufrimiento del pueblo chileno.

Lo conocí muy de cerca cuando fui su Vicario Episcopal en la Zona Sur, Providencia-Las Condes y de la Vida Religiosa y Consagrada. Pero, donde lo conocí más profundamente y con admiración fue en los tres años

que lo acompañé como Vicario General, años muy difíciles y delicados por la situación que vivía el país en ese entonces.

Creo que el Cardenal Silva fue un excelente Pastor y gran Conductor de la Arquidiócesis de Santiago. De mucha visión, inteligente, y audaz sabía a donde iba y apoyado plenamente en el Señor Jesús sorteando con coraje múltiples dificultades existentes.

Impulsó con toda fuerza la Pastoral de Conjunto, iniciada muy poco antes de su llegada como Arzobispo de Santiago, por el Administrador Apostólico de la Arquidiócesis, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias.

Llevó a cabo la gran Misión General de los años 1962 - 1963.

Convocó el Octavo Sínodo de la Iglesia de Santiago, en 1967 para renovarla, poniéndola en sintonía con las recientes enseñanzas emanadas del Concilio Vaticano II.

Organizó la Arquidiócesis en Zonas y Decanatos y como buen hijo de don Bosco, crea la Vicaría de la Educación, con la Pastoral Universitaria y Juvenil. También para enfrentar los desafíos de aquellos años, crea las Vicarías de la Solidaridad y la Pastoral Obrera, mostrando así su preocupación por la defensa de los derechos humanos y su solicitud por la clase trabajadora.

Me tocó estar muy junto a él en la celebración del Simposio de los Derechos Humanos, organizado por la Vicaría de la Solidaridad en 1978. Ahí manifiesta una vez más su solicitud de Pastor y su coraje en la defensa irrestricta de estos derechos: "Todo hombre tiene derecho a ser persona".

Supo trabajar en equipo con sus vicarios, a quienes escuchaba, animaba y respaldaba en su acción. En el Consejo de Gobierno presidido y guiado por él, ellos planteaban con mucha realidad los problemas, se reflexionaba sobre ellos y se tomaban las resoluciones pertinentes que cada uno asumía con responsabilidad. Era un equipo, no sólo de trabajo, sino de amigos que junto al Pastor formaban un todo en donde reinaba la franqueza, la cordialidad, la lealtad y la confianza mutua. El Cardenal confiaba en sus vicarios y los dejaba actuar con libertad. Los sabía responsables y leales a su persona y a la Iglesia de Santiago.

Sus homilías eran enjundiosas, profundas, realistas, atrayentes. En ellas se reflejaba al hombre de Dios empapado en el amor a Jesucristo y su Iglesia, y al Pastor comprometido con la gente.

Recuerdo el regreso de sus viajes a Roma y a otras ciudades del viejo continente, oportunidad en que reunía a sus vicarios a la mesa, donde contaba con amenidad los pormenores de su viaje con sabrosas anécdotas.

Actualmente las veces que voy a verlo a la Casa de Salud de los padres salesianos, en la cual vive con mucha paz interior y derrochando una inmensa bondad, me dice: “Nosotros nos conocimos hace tantos años”. ¿Qué recordará con estas palabras? ¿Qué querrá decirme? Sin duda el afecto de tantos años como Pastor.

Así recuerdo al querido Cardenal Silva.

## Matar el odio

Sergio Ossa P.

*Tantos años de amistad sincera entre Sergio y don Raúl. El cariño y el respeto mutuo, los llevaron a compartir valores, vida y esperanzas.*

A fines del año 1959 tuve el privilegio de ser llamado por el Cardenal Silva Henríquez para colaborar directamente con él en trabajos de la Iglesia.

Si bien inicialmente se pensó sólo en la gran y compleja Arquidiócesis de Santiago, muy prontamente interesó a los demás obispos de Chile. Se creó el Instituto de Desarrollo (IDE) para colaborar con todos ellos en sus diferentes necesidades, proyectos y obtención de recursos para sus tareas pastorales.

En cumplimiento de las funciones asumidas por el IDE, debimos viajar en múltiples oportunidades a Europa y Estados Unidos para contactarnos con todas las fundaciones que podían prestar ayuda a programas de Iglesia. Para ello se confeccionaban los proyectos del caso, respondiendo a los requerimientos de cada obispo, los que sometíamos a la consideración de dichas fundaciones.

El gran prestigio internacional del Cardenal hacía que todo proyecto requiriera de su apoyo. Bastaba su firma para que la petición fuera acogida.

Por largos cuatro años pude servir en estas tareas al lado del Cardenal. Ello me brindó la oportunidad de conocerlo más íntimamente, compartir sus anhelos, esfuerzos, éxitos y desilusiones.

De inteligencia sobresaliente, carácter firme, de apariencia más bien hosca, despertaba adhesión y respeto. Entregaba confianza para poder decir

con claridad lo que uno pensaba. Resistía bien los embates, rápido e ingenioso en sus respuestas y comentarios.

Mucho se ha escrito de este extraordinario Obispo y Cardenal. Sus acciones son conocidas por el país y por aquellos que guardan de él un imborrable recuerdo.

Se aventuró, junto al gran Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín, a iniciar con los bienes de sus diócesis, una reforma agraria que abriera un mundo distinto a los campesinos postergados por tantas generaciones.

Sería casi interminable señalar las múltiples iniciativas de este Cardenal. Cabe destacar, entre las más importantes, la Comisión Pastoral integrada por los más destacados sacerdotes y obispos, que inspiró toda la acción religiosa y social de la época. Ella sirvió de apoyo indispensable a Monseñor Silva Henríquez a su brillante participación en el Concilio Vaticano II; pasó a destacarse como uno de sus más preclaros exponentes, no sólo de la Iglesia chilena, sino de la latinoamericana.

La Asociación Nacional de Organizaciones Campesinas (ANOC), el Instituto Educacional Rural (IER) y el Instituto de Promoción de la Reforma Agraria (INPROA), fueron herramientas vitales en la acción social y gremial de inspiración cristiana y eclesial, cuyo motor fue el Cardenal Silva.

Quizá sea imprudente hablar de los momentos vividos en mayor intimidad, cuando expresaba con sencillez, pero con gran pasión, su visión del mundo y del Chile que le tocaba vivir. Con valentía y decisión tomó en sus manos la misión de luchar por los pobres, por los trabajadores, por los que sufrían persecución e injusticia. Gritó a pulmón lleno: “Debemos matar el odio antes que el odio nos mate a todos”.

Sin duda fue un gran Pastor, un gran Cardenal y un chileno ejemplar que ha pasado, mucho antes que el Señor quiera llamarlo a su lado, a formar parte de la historia de nuestro país y de la Iglesia universal.

## Un Pastor libre y con entereza

Enrique Palet C.

*Por alguna razón Enrique y don Raúl han estado estrechamente relacionados durante 25 años en la vida de uno y otro. ¡Qué hermosos testimonios de cariño y amistad se han prodigado mutuamente!*

Una de las dimensiones de la personalidad y del ejercicio pastoral del Cardenal Silva que suele venirme a la memoria cuando se trata de un testimonio público y colectivo, es su entereza para ejercer su misión pastoral, en particular cuando su equipo de trabajo más cercano no estaba de acuerdo con él. Y tal vez me pasa esto porque otras personas suelen destacar las demás facetas notables de su vida.

Recuerdo, entre varias situaciones en que pude apreciar esta característica suya, con una mezcla de congoja y admiración, cuando en las vísperas del Simposio Internacional sobre Derechos Humanos, en 1978, decidió suspender su autorización para realizarlo en la Catedral de Santiago. Se trataba de un evento nunca antes realizado en América Latina, que por esos años se inundaba de regímenes violadores de la dignidad humana. Al cual concurrirían representantes de importantes organismos nacionales e internacionales y que por esto ayudaría muy significativamente -como de hecho lo hizo- a tomar conciencia más generalizada de esa realidad que, al menos en Chile, se ocultaba sistemáticamente. La situación nacional era delicada y las relaciones de la Iglesia con el gobierno militar se iban cargando cada vez más de tensión, justamente por esas violaciones.

El comité patrocinador del Simposio, presidido por el Vicario General de la Arquidiócesis y formado por algunos sacerdotes y laicos nombrados por el Cardenal que contaban con su confianza y entre los cuales me encontraba, tenía como órgano ejecutivo a la Vicaría de la Solidaridad, que era en verdad la organizadora del Simposio. Sobre la base de los antecedentes de que se disponía en ese momento, al comité le parecía claro que no se podía, por una parte, comprometer la autonomía y aun la legitimidad de la Iglesia, tanto ante las personas y organismos participantes como, sobre todo, ante las víctimas reales o potenciales de violaciones de derechos humanos, lo que ocurriría si se actuaba en locales o en coordinación con el gobierno. Por otra parte, también se temía por las condiciones de seguridad de las personalidades que participarían en el evento e incluso la de éste mismo. La conclusión fue que el único lugar más seguro y simbólico era el corazón de la Iglesia arquidiocesana: la Catedral misma, la sede del Obispo, y don Raúl dio su aprobación en principio.

No obstante, a pocas semanas de la realización del Simposio, comenzó una campaña pública y privada de desprestigio del mismo y de presiones sobre la Iglesia y el Cardenal para lograr alguno de los siguientes objetivos: suspenderlo definitivamente; o bien realizarlo con la participación del gobierno, obviamente condicionada, o, por último, disminuir lo más posible su relevancia o impacto. Esta campaña adquirió ribetes de gran fuerza y dureza, afectando a estructuras de conducción de la Iglesia al lograr poner una “cuña” entre el Cabildo Metropolitano (responsable de representar al Obispo en la Catedral), que se negó a autorizar el uso del templo para este fin, y el Arzobispado, que sí lo aprobaba. Mientras esto ocurría el Cardenal se encontraba fuera de Santiago, en una Asamblea del Episcopado en Puerto Montt. Las cosas pasaron a mayores pues por un lado, la organización del evento procedió a ejecutar todos los arreglos en la Catedral para realizar ahí el Simposio y, por otro lado, se intensificaron las presiones sobre la Iglesia y el Cardenal, saliendo incluso a la luz pública.

En este contexto, regresó el Cardenal y dos o tres días antes de la inauguración, convocó al comité patrocinador en pleno, en las oficinas de la Vicaría para comunicarnos que, habiendo conocido todos los antecedentes, era su decisión que el Simposio no se realizara en la Catedral. Todos los que estábamos allí éramos sus amigos, sus colaboradores cercanos, y, con esa confianza, argumentamos fuertemente, y aun con cierta molestia, en



---

contra de su decisión y, creo que incluso pusimos nuestros cargos a su disposición.

Después de un largo tiempo de discusión, el Cardenal, con mirada entristecida pero con voz decidida, nos dijo algo así como: “Amigos míos, como Arzobispo de Santiago, soy Pastor de todos y tengo el deber primordial de velar por la unidad y la integridad de esta porción del pueblo de Dios que me ha sido confiada. Yo esperaba contar con su apoyo en esta dura decisión. Veo que no es así y me duele. Comprendo sus argumentos, pero la decisión se mantiene: podemos celebrar en la Catedral las liturgias de inauguración y clausura, pero mi decisión final es que el evento mismo no puede realizarse allí. Con permiso y hasta luego.” Y procedió a retirarse de inmediato, mientras todos los demás nos quedamos allí, un poco atónitos, incómodos por decir lo menos y muy preocupados también por el Simposio.

Tan preocupados, que nadie atinó ni siquiera a acompañar al Cardenal en su salida. Un momento después, me asomé a la puerta de la galería y alcancé a ver don Raúl, cabizbajo, con su sombrero entre las manos, pero con paso seguro y completamente solo.

Como Moisés, que subía solo a las alturas del Sinaí para encontrarse con la Palabra de Yavhé, don Raúl supo ejercer, aun a costa de la soledad que tan poco le gustaba, el carisma de discernimiento que es propio del ministerio de los sucesores de los apóstoles. Como un gran Pastor.

Y lo hizo con libertad interior y con entereza, pesara a quien pesara, incluso a sus amigos y colaboradores, que no siempre lo supimos acompañar en esos momentos.

## Un padre cariñoso

Hermana Socorro Palominos

*Estuvo a cargo de la administración de la casa del señor Cardenal durante muchos años. Entre ambos se forjó una verdadera amistad producto de un respeto mutuo y de un cariño a toda prueba que perdura hasta el día de hoy.*

¿Qué nuevo desafío me pone el Señor? la madre superiora me informa que he sido designada para servir en la casa de Su Eminencia, el Cardenal Raúl Silva Henríquez. Esto sucedió en el año 1971 y con una gran cuota de temor me encaminé, a enfrentar a una persona a la cual sólo conocía a través de los diarios y las noticias, lo que hacía aún mayor mi inquietud pues tenía el concepto de que Monseñor era una persona de aspecto duro.

Muy pronto todos mis temores se disiparon pues sólo hay que conocerlo para aprender a apreciar al ser humano maravilloso que hay en él, y por esta razón no era difícil verlo muchas veces abrumado por tantos problemas que a él llegaban. Le molestaba por sobre todo la injusticia y la incomprensión, más aún, cuando recaía sobre los desamparados. ¡Cuántas veces en esos días grises lo vi llorar frente al santísimo o reclinado sobre su escritorio! ¡Cuánto dolor había en su alma cuando su hermano estaba sufriendo!

Pero su espíritu era alegre y se fortalecía en su oración diaria, pues Monseñor era un hombre profundamente piadoso, todos los días muy temprano celebraba la Santísima Eucaristía y si por alguna razón de su propio ministerio no lo podía hacer, antes de retirarse a descansar me pedía lo acompañase a celebrar la eucaristía, pues su fortaleza la recibía de Jesús

sacramentado, porque la tarea de un pastor es muy difícil.

Hombre de gran generosidad y profunda piedad, todos y cada uno de sus actos estaban colmados de amor por el hermano; su generosidad sin límites lo llevaba a desprenderse de todo lo que tenía para entregárselo a los demás; bastaba que uno le dijese: ¡Qué lindo Monseñor!, para que él le dijera: “¿Le gusta?, es suyo”

Era feliz compartiendo su mesa con diferentes invitados, todos grandes personalidades: políticos, sacerdotes y seminaristas que eran sus preferidos ya que cada semana compartía con ellos y deseaba especialmente que se prepararan los mejores postres para que estos jóvenes disfrutaran. ¡Su cariño por ellos era inmenso! Era feliz atendiendo con una buena mesa a sus invitados, preparando él mismo los aperitivos y preocupado de los más mínimos detalles. ¡Su sencillez era admirable! Aunque él se caracterizaba por su austeridad, siempre estaba preocupado de la felicidad del otro; quien recurría a él en busca de alivio espiritual o material siempre encontraba una mano amiga, generosa, dispuesta.

El trato con el personal de su casa fue maravilloso, jamás un reproche, y al mismo tiempo una confianza total en las personas; lo que le agradezco en forma personal, pues sabía valorar positivamente a cada uno, dándole el lugar que le corresponde como un padre cariñoso, comprensivo y preocupado de todos los detalles, aun los familiares.

Son tantas y tan maravillosas vivencias las que pude compartir con Monseñor que doy gracias infinitas al Señor por haberme dado la oportunidad de conocer a un servidor tan fiel de su ministerio; a un Pastor tan consciente de su misión de representante de Jesús en la tierra; a un servidor incansable de los más necesitados; a un ser humano y sacerdote digno de ser imitado.

Fueron doce años inolvidables de cariño, admiración y gratitud.

## Un regalo de Dios

Sandra Papic de Navarro

*Esposa de Iván Navarro, compartió muchas jornadas de conversación y amistad con don Raúl. Para Sandra el ejemplo de vida del señor Cardenal ha sido un acicate importante en su desarrollo personal de servidora pública.*

**C**ontar nuestra experiencia de vida, nuestra amistad con don Raúl, es todo un desafío de vida que he asumido junto a mis hijos e Iván. Conocerlo fue una experiencia muy especial. Siempre serio con sus cejas hirsutas parecía no darse cuenta de la presencia de uno a su alrededor, pero siempre nos sorprendía con un comentario afectuoso de abierta preocupación por quien le acompañaba.

Mis hijos y yo le conocimos cuando ya había dejado su cargo de Arzobispo de Santiago, y vivía en calle Los Pescadores junto a su hermana Clementina, donde fuimos invitados muchas veces a almorzar o a comer: momentos de gran valor en nuestras vidas, donde se compartía una sabrosa comida con gente muy interesante. A don Raúl le gustaba elegir personalmente sus alimentos y al momento de pasar a la mesa decidía dónde se sentaba cada comensal, de acuerdo a un ceremonial que le dictaba su corazón.

En las actividades del Blas Cañas nos encontrábamos continuamente y siempre tenía algún comentario que denotaba preocupación por nuestras vidas; su relación muy estrecha con Iván, especialmente acentuada en los continuos viajes que realizaban juntos a Estados Unidos y a Europa, nos permitía gozar de su compañía tanto a la partida como a la llegada de sus

viajes, momentos en los que era muy cariñoso con nuestros hijos, especialmente con Iván Ignacio, el menor, quien nació por esa época y hoy tiene quince años. Cuando mi esposo se ausentaba del trabajo, don Raúl mostraba una preocupación muy especial llamándolo personalmente y alguna vez que enfermó vino a nuestra casa a visitarlo, tratándolo con ternura y preocupación, dejándonos a todos muy halagados y orgullosos con su visita. Con él siempre entraba un hálito de santidad y de cercanía a Dios que dejaba nuestro hogar más pleno y más alegre.

Personalmente, nunca olvidaré las Fiestas Patrias y otros festejos del IPES Blas Cañas en que se bailaba cueca. En dichas ocasiones don Raúl me reprochaba cariñosamente que no la supiera bailar, sentenciando: “Toda mujer chilena debe saber bailar cueca, es una vergüenza que no la sepa bailar”, me decía con picardía y sonreía. Pues bien, finalmente aprendí a bailar cueca pero siempre recordaré su cariñosa reprimenda.

Me demostró también su amor filial; la primera vez que postulé a ser concejal de la comuna de La Reina, al contárselo, se interesó por las características de mi comuna, por mi campaña; pero por sobre todo me recomendó no descuidar a mis hijos, ni a Iván ni a mi hogar, urgiéndome a cumplir de la mejor manera este nuevo desafío de vida que Dios me presentaba.

Siempre me emocionó y maravilló la permanente y atenta preocupación de Don Raúl por nuestros hijos, le gustaba mucho la picardía de María Gabriela. Con nuestras hijas mayores, Sandra y Claudia también tuvo gestos de interés por sus actividades, por sus estudios y por sus vidas; en algunos actos religiosos les dio una especial bendición de cuyos momentos guardamos fotografías que testimonian esas hermosas experiencias siempre como expresiones de un diálogo sencillo y cariñoso.

Cuando lo visitamos en Punta de Tralca o en El Quisco también vivimos momentos muy intensos; dialogar con don Raúl en un plano de amistad y de confianza siempre era muy grato y enriquecedor, nos íbamos contentos comentando lo grato del encuentro.

Cuando Iván asumió su cargo como Director General de DIGEDER, su visita fue una de las primeras que recibió, lo saludó y le deseó éxito en su gestión; le llevó una Biblia para su escritorio, la cual mantuvo Iván los cuatro años que permaneció en el cargo, en la mesa de visitas como un baluarte y

reconocimiento a su amistad con don Raúl. Hermoso gesto el suyo que nosotros como familia valoramos mucho en su momento.

Hacer un recuerdo de nuestras vivencias con don Raúl es, sin duda para nuestro hogar, para nuestros hijos, y para mí algo íntimo, algo muy hermoso que nos sucede aún hoy. Imágenes que nos acompañarán por siempre a cada uno de nosotros y que forman parte integrante de nuestro ambiente familiar.

## Sacerdote, maestro, realizador y amigo

Alfredo Pesce G.

*Primero admirador, luego amigo y colaborador de don Raúl. Siempre atento a los requerimientos cardenalicios, Alfredo no escatimaba esfuerzos ni acción para desarrollar con cariño y lealtad las tareas pedidas por don Raúl.*

Cuando me invitaron a participar en este libro testimonial por los 90 años del Cardenal Raúl Silva Henríquez, me sentí privilegiado y, también, abrumado. Porque si bien hace 64 años tuve mi primer encuentro con don Raúl, no podía dejar de reconocer mis propias limitaciones y la tremenda responsabilidad de ser testigo de lo que se me pedía.

Pero no quise perder la oportunidad de dar gracias al Señor por el don que me regaló al colaborar y crecer en la fe junto a un fiel protagonista de la Buena Nueva de Jesús e hijo amante de un santo extraordinario: Don Bosco.

¡Cuánta diferencia en la partida y cuánta semejanza durante las vidas del Santo y de don Raúl! Uno nació pobre y el otro en una familia muy principal, destinado, seguramente a gran figuración social. Sin embargo, el Señor tenía un plan para ambos: servir, trabajar, enseñar y realizar obras, sin descanso, por amor a Dios y a su Iglesia, entendiendo que la vocación de sacerdote incluye el respeto a los valores del mundo. Y sin que fuera problema entenderse con los poderosos y políticos de su época: Don Bosco con Garibaldi, de quien admiraba su visión unificadora de Italia y su espíritu libertario, pese a ser considerado un enemigo de la Iglesia. ¿No le ocurrió, acaso, algo semejante a don Raúl durante su larga vida en servicio a la

Iglesia? Ambos fueron hombres de anticipación para la lectura de los “signos de los tiempos”.

### **Un niño sin papá**

En 1934, conocí a don Raúl -el Padre Silva- cuando aún no era sacerdote, yo tenía ocho años y era alumno del Patrocinio de San José.

Recuerdo que me puse a llorar desconsoladamente en uno de los recreos porque hacía menos de un año (octubre de 1933), que mi papá había muerto de un ataque al corazón, mientras yo iba con él por la calle... Era algo incomprendible para un niño, me había quedado sin mi mejor amigo, con quien salía al San Cristóbal, a pescar o cazar. El Padre Silva se acercó y me preguntó qué me pasaba, le contesté que quería irme porque echaba de menos a mi papá. Él se emocionó, me abrazó y me acarició diciéndome: “Te entiendo, yo también quiero mucho a mi papá a quien veo muy poco porque vive lejos, pero tu papá está pasándolo muy bien al lado de Dios y de la Virgen. Reza mucho al Niño Jesús y pídele que juegue con él. También rézale a Don Bosco porque él también se quedó sin papá muy niño y ahora están juntos en el cielo”. Desde ese momento sentí un gran consuelo, fue como la presencia de un papá a mi lado.

Ya mayor supe que cuando él se encontraba en Turín, en octubre de 1934 también se quedó sin papá.

### **La tartamudez**

En 1938 el Padre Silva volvió al colegio, ordenado sacerdote y como profesor de historia. Era exigente, pero justo y siempre dispuesto a ayudar a quienes les costaba el estudio.

Yo era tremendamente tartamudo, en las pruebas escritas me iba bien, pero en las orales se me “pegaban los platinos” y no lograba terminar. El Padre Silva al percatarse, se dedicó durante todo el año a ayudarme a resolver parte de mi problema. Me decía: “Habla despacio, no te apures, respira, tómallo con calma, piensa primero lo que vas a decir y... sobre todo, no se te vaya a ocurrir echarte bolita en la boca como Demóstenes -cosa que habíamos pasado en historia- porque eso no resulta y es peligroso”.



## **Del pololeo al matrimonio, gracias a don Raúl**

Entre 1941 el Padre Silva volvió a hacernos clases desde el Teologado de La Cisterna. Ese año viví experiencias muy significativas, que marcaron mi vida. Tenía 15 años y había empezado a “pololear” con Emiliana, hoy mi esposa hace ya 45 años y “hasta que la muerte nos reúna en la eternidad”. El Padre Silva no sólo era mi confesor, sino, además, mi amigo y confidente. Le contaba cómo quería a Emiliana, que pensaba todo el tiempo en ella y mis ganas de verla. Como estaba interno, sólo nos comunicábamos por carta, y una vez me encontraron una en la que al final me despedía diciéndole “te quiero”; en esos días era el Mes de María y a nuestro rector no le pareció bien mi carta, lo que me significó una seria filípica.

El Padre Silva entendió muy bien mi problema y permitió, secretamente, que yo pudiera salir del colegio para encontrarme con Emiliana. Me sacaba de la hora de estudio y me decía: “Tienes una hora para ir y volver, y sin contarle a nadie lo que estamos haciendo”. Esa audacia pudo costarle caro, pero primó en él entender y orientar a un joven que hoy, a los 72 años, no termina de agradecerle el haberlo guiado y darle la oportunidad de formar una familia con 6 hijos y 19 nietos.

## **EL Tío Cardenal**

**Patricio Pinto F.**

*Los niños de la Aldea, grandes amigos del Cardenal. Patricio fue seleccionado para expresar el significado que tuvo en su vida la presencia y acción de don Raúl, en una de sus obras más queridas.*

**P**ertenezco a la Aldea de Niños S.O.S. Punta de Tralca, tengo 20 años y quiero compartir mi experiencia vivida con el Tío Cardenal, Raúl Silva Henríquez.

Llegué a la edad de dos años a esta institución, no sé el motivo por el cual estoy aquí, pero de todas maneras doy gracias el haber llegado a este lugar. Porque mi vida ha sido muy buena y pienso que lo mucho que tengo se lo debo a una persona que quiero y estimo mucho, pues él fundó la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca. Gracias a Dios y a él, cuento con una familia, un hogar, estudios y alimentación. Todo esto que recibo de la Aldea me sirve de mucho, porque si no hubiera contado con lo que tengo, creo que no sería una persona que ya terminó una carrera en una escuela industrial.

También quiero destacar que no sólo esto he recibido del Tío Cardenal, sino que me entregó mucho más de lo que una persona puede dar. Me entregó su amistad, confianza, orientación, apoyo espiritual; en definitiva fue un gran Padre. Su amistad es muy rica; cuando llegaba el día sábado, lo primero que hacía era vernos a nosotros, sus niños. Nos daba dulces, conversaba y se reía; eso era en la mañana y si no podía, venía en la tarde; también nos confesaba, nos tiraba las orejillas si nos portábamos mal y nos decía “mis pequeños diablitos”. Siempre esperábamos ansiosos que llegara

---

el día sábado porque llegaría nuestro Tío Cardenal.

Los domingos íbamos a la misa que él decía especialmente para los niños, puesto que la explicaba al nivel de nosotros, era entretenida y corta, además cuando nos confesaba se sentía al amigo, al padre. Por eso ahora las misas sin él, ya no son lo mismo de entretenidas. Tampoco las confesiones. Puesto que al dejar de venir se ha notado fuertemente su ausencia. Nosotros sabíamos que ya no se sentía bien, y aunque ya no está los fines de semana, siempre el Tío Cardenal va ser nuestro amigo, tío y Padre.

Sabemos que ésta es una de las tantas grandes obras que realizó. Siempre voy a recordar una frase que él repetía mucho y que fue escrita en un libro: "Cuando voy a la Aldea se me quitan cincuenta años, y cuando me voy se me aumentan ochenta". Pienso que para mí es lo mismo que dice el tío Cardenal. A él agradezco todo lo que ha recibido, tanto de él como de la institución.

Siempre estás presente en mi corazón, te quiero mucho Tío Cardenal.

## **Raúl Silva, el Jefe**

### **Monseñor Bernardino Piñera C.**

*Monseñor Piñera, amigo muy directo de don Raúl en la Conferencia Episcopal. Su apoyo a las iniciativas del señor Cardenal, fue muy importante en las tareas que la Iglesia asumió; especialmente en la defensa de los derechos del hombre.*

**N**unca fui subalterno, ni colaborador estrecho del Cardenal Silva. Eso me dio la posibilidad de observarlo en el desempeño de sus funciones de jefe, de conductor, del que toma las decisiones. Y era admirable.

En primer lugar, veía claro. Iba a lo esencial. No se dispersaba en los detalles. Lo que no era para él, lo dejaba a sus colaboradores. Lo esencial, él lo enfrentaba, lo asumía.

Lo asumía con fuerza, con decisión, con coraje. Pero también con prudencia. Sabía esperar el momento oportuno. Sabía callar “en tiempo de callar”; y hablar “en tiempo de hablar”. Pero cuando hablaba, y cuando actuaba, todo el mundo sabía a qué atenerse. Asumía su responsabilidad y no echaba pie atrás. Muchos académicos de la Universidad Católica recuerdan la sesión en que el Cardenal explicó por qué había aceptado la renuncia del Arzobispo Silva Santiago y había nombrado Rector a Fernando Castillo Velasco; “Había que sacar las castañas -dijo- y no lo hice con las manos del gato. Usé mis propias manos”. Y mostrando sus manos a quienes emocionados lo escuchaban, agregó: “Tal vez las quemé, pero son mis propias manos”.

El Cardenal sabía hablar y sabía escribir. Pero su estilo era el del jefe. Conciso, claro, fuerte, a veces terminante. Nunca habló para ganar tiempo

---

o para dejar una duda en que pudiera ampararse. “Lo dicho, dicho estaba”, pasara lo que pasara.

El Cardenal supo ganarse la lealtad de sus colaboradores y su afecto. Porque él sabía elegir a las personas adecuadas. Sabía darles su confianza. Sabía respaldarlos si se encontraban en apuros. Y sabía también darles su afecto, hacerlos sus amigos, sus compañeros de mesa o sus compañeros de viaje. Con el Cardenal, se pasaba bien, porque era vital, porque se interesaba por todo, porque lo observaba y lo recordaba todo. Y a sus colaboradores más íntimos les contaba todo lo que podía contarles, estrechando así con ellos los vínculos de la confianza y de la amistad.

Pienso, sin embargo, que las cargas más pesadas las llevó solo. Solo con su Señor. Él sabía que el jefe, en la hora decisiva, es un solitario. Y que llega el momento en que nadie puede ayudarlo a llevar su cruz: sólo el Señor que le dice: “¡Yo te aliviaré!”

En los últimos años de su vida de Pastor, el Cardenal se fue “cargando de hombros”. Al verlo pasar, uno comprendía.

El Cardenal era fuerte. Tal vez parecía más fuerte de lo que era. Tal vez, como todo hombre y como todo jefe, conoció la duda, el desaliento, el temor, el cansancio. Pero todos sentían que el secreto de su fuerza estaba más allá de su temperamento robusto y de su personalidad afirmativa. Su fuerza venía de su fe.

## **El Cardenal Silva, Obispo del III milenio** **Monseñor Cristián Precht B.**

*El padre “préjete”, le decía don Raúl. Entre ambos se produjo una sintonía profunda, mucho más allá de la amistad. Cristián es como su hijo en la palabra de Cristo, como el heredero natural de sus pensamientos y de su acción de vida.*

**A**l Cardenal costó librarlo con vida ese domingo por la tarde en que se despidió de la sede de Santiago. Era tal el aplauso, el “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”, los brazos, las gracias y los besos reverentes, hacían literalmente imposible avanzar en medio de ese pueblo enfervorecido. Y no era para menos. Después de 22 años de presencia continua, en medio de la mayor crisis de convivencia conocida en el siglo, este varón “justo y bueno” dejaba de ser Arzobispo de Santiago.

A las 8:30 en punto del día siguiente se presentó en el Seminario Menor. Y a las 8:30 en punto siguió yendo a cumplir con su deber de cura confesor. Nunca llegó tarde. Y, si alguna vez tuvo que faltar, lo comunicó previamente al señor Rector. Así de cumplidor. Así de respetuoso.

Al domingo siguiente tuve el honor de presentarlo como nuevo capellán de la Misa de once en la Parroquia de Ñuñoa. Los fieles no cabían en sí de gozo y él me agradeció este gesto como si yo hubiera hecho una proeza. Sí, el mundo al revés. Pero así es y así era Don Raúl.

Estando cerca de él siempre lo admiré. ¡Tendría tanto que contar! Pero, confieso, con el paso de los años, con mayor experiencia y la mirada

más larga que me ofrece el CELAM, que hoy tengo una visión aún más asombrada de este gran Pastor de la Iglesia de Chile.

El Cardenal Silva ha sido un precursor, un visionario. Un Obispo audaz y prudente que llevó a cabo una obra impresionante. Si se trataba de pastoral, él imprimió una organización moderna a la Arquidiócesis, siguiendo los certeros pasos de su predecesor. Si se trataba del Concilio Vaticano II, él tuvo un liderazgo decisivo junto a un grupo insigne de Pastores Europeos y Latinoamericanos. "No perdí ninguna votación" -decía, dando gracias de haber seguido siempre el Sople del Espíritu Santo. Si se trataba de reforma agraria, de reforma universitaria, de encarar la toma de la Catedral, de refundar el Seminario, de defender a brazo partido la educación católica, de intentar el último diálogo antes del quiebre democrático, de pedir respeto por los vencidos, de abogar por los sin voz, de hablar con la claridad del día y la firmeza de sus convicciones, de interpelar al Buen Dios o de pedir mansedumbre; ¡Él siempre estuvo ahí! Y, como precursor, llegó antes que muchos de sus contemporáneos.

Hoy me impresiona más que antes su increíble creatividad pastoral. Para nosotros se hizo habitual hablar de catequesis pre-sacramental, vicarías especializadas (Educación, Juvenil, Universitaria, de Solidaridad y Pastoral Obrera) y de un sin número de iniciativas laicales desde la creación del canal de televisión de la Universidad Católica de Valparaíso hasta el Banco del Desarrollo, pasando por INVICA, FINTESA, la Fundación para el Desarrollo, IMPROA, la OCAC, la Aldea S.O.S., la Academia de Humanismo Cristiano.... Y tantas otras más. Todo esto es obra de un Pastor decidido que asumía creativamente los desafíos del presente. No sabía detenerse. No le gustaba perder. Y rodeado por innumerables colaboradores inventó soluciones inéditas, novedosas, que aún hoy impresionan en otras latitudes. Mientras que para nosotros fue tan normal tener una Vicaría de la Solidaridad para encarar los tiempos de emergencia. Otros países, y no muy lejanos, la miran con profunda admiración pensando cuántas vidas se habrían podido salvar...

Admirable obra de este hombre tímido y fuerte, a la vez, de fe profunda en Dios y de un amor a toda prueba por su querida Iglesia. Admirable este Pastor del III Milenio, adelantado a los tiempos, que sobrepasaba en su vida las categorías de conservador o avanzado. Tiene y tenía una admirable libertad interior y una hombría envidiable para poner y dar la cara.

Había temas-realidades que le quemaban el alma. La situación de los pobres, por quienes lo vimos derramar lágrimas de ira santa. La justicia y el derecho, aprendidas en la universidad y maduras en la Biblia y en la vida. Chile, su historia, su presente quebrantado y el futuro que anhelaba. Don Raúl siempre fue un gran demócrata, superando con coraje su talante aristocrático. En esto mucho tuvo que ver el Padre Panzarasa y su familia salesiana.

Esto y mucho más. Podríamos hablar de la variedad de sus colaboradores más cercanos -los Pbro. Raúl Hasbún, Luis Antonio Díaz, Luis Eugenio Silva- y de su valioso equipo de vicarios, igualmente diverso y variado. Podríamos mencionar su enorme confianza en el laicado y su apoyo decidido a sus iniciativas; o su ascendiente en la conferencia Episcopal de Chile. Podríamos, tal vez, concentrarnos en la intimidad de su casa, desde su mesa proverbial hasta su corazón compasivo. Pero no quiero cansar al amable lector. Prefiero apuntar a su alma de cura, con una anécdota y un epílogo.

Poco después de ser aceptada su dimisión, tuve el privilegio de vivir un año en su casa. Un día invité a tomar té a un grupo de jóvenes universitarios que yo asesoraba. La conversación estuvo muy animada y la mesa, cardenalicia. Por lo tanto, después de cena, a la hora del encuentro cotidiano, me hizo atinadas y afectivas observaciones sobre cada uno de los comensales. Pero se detuvo en uno, a quien no voy a nombrar, para ponderar su inteligencia, su simpatía, su pasta de líder... Con cierto pudor le dije: "Señor cardenal le confieso que NN es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias..." No dije más. Sentí que me ruborizaba por hacer tan íntima confidencia.

La respuesta fue inmediata: "Dios te bendiga, mi hijo. El Señor lo ha puesto en tu camino. Él es tu hijo y tú lo debes acompañar siempre...¡Dios te bendiga! Los sacerdotes no somos estériles. Esa sería una tragedia. Nosotros hemos nacido para la paternidad..."

Este gran hombre que Dios ha regalado a Chile y a su Iglesia, hoy día está ausente de la noticia, ausente de la contingencia. Y, a veces, también algo ausente de la conversación. Pero hay tesoros que tiene muy presente.

Son pocos los nombres que retiene, pero siempre tiene la palabra adecuada: "Hijo, ¿qué te habías hecho?. Te he echado tanto de menos..." Y con una mirada de ternura cada día más transparente, recibe a sus visitantes



---

y los contempla, estableciendo una comunidad de afecto, de amor, de amistad.

Presente tiene también su sacerdocio, y nadie puede sacar de la mesa su Breviario amarillento que vuelve a rezar, a cada instante. Un día, ya enfermo, nos confidenció al Padre Miguel Ortega y a mí: “A veces me siento cansado, a veces viene la tentación de abandonarlo todo, pero este libro nos mantiene”. Y se puso a rezar un salmo del exilio en que el orante recuerda con emoción los días en que encabezada a su pueblo, entre cantos y alabanzas, guiándolo hacia “los atrios de la casa del Señor”.

El Cardenal puede estar ausente, en esa semi vigilia que entrelaza la lucidez del afecto con la dificultad de nombrar todas las cosas que la inteligencia querría. Pero en una concuerdan siempre los afectos con su voz: basta pedirle su bendición para que lo haga con la misma firmeza y claridad con que fue voz de los sin voz.

Hoy saludo con lo mejor de mi cariño a este gran Pastor, que le Señor nos ha dado, y le agradezco entrañablemente que siempre me haya tratado como a un hijo.

Gracias, Don Raúl. Gracias, señor Cardenal

## **...Y finalmente me conquistó**

**Silvia Puelma de Sapag**

*La amistad de Silvia y el Cardenal nace algunos años después de un rechazo inicial. Poco a poco, don Raúl fue cautivándola hasta llegar a ser grandes amigos. Hoy, la admiración y el cariño de Silvia hacia el Cardenal son incondicionales.*

**M**is primeros contactos con el señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, no me fueron gratos. Lo veía como alguien distante, frío, autoritario tal vez, hosco y en absoluto cálido ni acogedor. Me producía temor y rechazo. No puedo olvidar sus frecuentes y personales llamadas telefónicas -que yo atendía- a Reinaldo, mi esposo, para invitarlo a cenar con él a su casa. Me indignaba su modo directo y cortante y sobre todo esa sensación de que yo no existía para nada. Sus invitaciones eran recibidas por parte de mi esposo como algo a lo cual no podía negarse y, por tanto, mis planes y mis deseos de vida familiar después de sus siempre prolongadas actividades laborales pasaban irremediablemente a segundo plano. ¡Cuántas discusiones y desencuentros matrimoniales surgieron por estas invitaciones a cenar del señor Cardenal! Yo le decía a Reinaldo que no podía entender por qué este cura se empeñaba en separarnos, que parecía que para él nuestro matrimonio no existía ni importaba mayormente y le daba lo mismo.

Esta situación llegó a ser tan intolerable para mí que me tenía francamente enojada y muy angustiada. Hasta que comprendí que esto no debía continuar y que yo tenía que modificar mi actitud personal, y buscar maneras más amistosas hacia el Cardenal, aún cuando él aparentemente no

me tomara en cuenta. Él no era mi enemigo. Yo debía amigarme con él: Poco a poco empezó a invitarme a mi también; yo le tenía susto y prácticamente no abría la boca en esos encuentros, salvo para saborear y disfrutar su siempre excelente y exquisita comida. Lo fui observando, lo fui descubriendo y lo fui queriendo casi sin darme cuenta. Aprendí a ver el hombre tierno, dulce, cálido y generoso tras la fachada hosca y dura; su preocupación y su profundo amor por nuestro pueblo, y sus sufrimientos y dificultades; su poderosa voluntad de servir y buscar soluciones a los problemas de los pobres; su cordialidad, su hospitalidad, su agudo sentido del humor, su sonrisa pícaro y socarrona, con esas arruguitas en torno a sus ojos vivaces. En fin, su tierna y natural humanidad tras las caretas defensivas.

La amistad y el cariño fueron creciendo. Recuerdo con nostalgia nuestros frecuentes encuentros en Punta de Tralca. A través de él conocí la Aldea S.O.S., sus niños tan queridos para él, los “papis”, las mamás, las tías y tanta gente amiga y colaboradora en esta hermosa obra. El señor Cardenal solía ir a almorzar todos los domingos con nosotros en nuestra casa de Las Cruces, en tanto que lo acompañábamos a cenar en su casa de Punta de Tralca. Eran momentos tan ricos, tan entretenidos, tan amenos. ¡Cuánta gente conocí en su mesa! ¡Cuántos temas interesantes se planteaban allí! ¡Y qué comidas tan exquisitamente bien preparadas por la “Tere”, su cocinera, saboreábamos entonces!

La famosa mesa del señor Cardenal también me significó más de un dolor de cabeza que con el tiempo también se superó. La primera vez que Reinaldo invitó a nuestra mesa al señor Cardenal, quedé aterrada. No me sentía capaz de prepararle cosas tan bien hechas como él acostumbraba en su casa ¿y si no le gustaba? ¿si no comía nada? Estaba enferma de susto. Pero Reinaldo tiernamente me dio ánimo, confianza y ayuda para enfrentar la situación. Gracias a Dios todo salió bien, y así comenzó la costumbre de los almuerzos dominicales en Las Cruces. El Cardenal disfrutaba enormemente allá. Le encantaba mirar el mar y los barcos que pasaban hacia San Antonio o Valparaíso. Cuando tomaban otra dirección, decía que iban al Japón y cuando se detenían fuera del puerto, decía que estaban a la cuadra.

¡Qué lindos tiempos! No me canso de agradecer a Dios por este cruce de caminos que él favoreció. A través del señor Cardenal y de nuestra relación y amistad con él nuestro matrimonio ha resultado fortalecido. Él ya no es motivo de discordia sino todo lo contrario, es motivo de unión en el

amor entre nosotros y hacia él. Ya no podemos separarnos de él y es así como nuestros encuentros dominicales continúan hasta el día de hoy en la Casa de Salud de los Salesianos de Macul, ya que sentimos una necesidad y una alegría profunda de verlo y acompañarlo siempre. Gracias Señor por este santo hombre que has puesto en nuestro camino, que nos ha enseñado tanto y al que quiero y admiro entrañablemente.

## Desde la paz de Jahuel Tomás Puig C.

*Hay personas que muy rápidamente despertaban el cariño y la amistad de don Raúl. Entre Tomás y el señor Cardenal se produjo una empatía que los hizo disfrutar momentos distendidos de paz.*

**O**ctubre del año 1990. El viernes de una tarde primaveral. Soplaban un viento tímido, normalmente, muy esquivo en la zona. La naturaleza en ese espacio -un verdadero jardín en un entorno árido- hacía competir sus primeros duraznos en flor con las rosas frescas, con los castaños, los sauces y los acacios, con los algarrobos y quillayes, como queriendo prepararse para recibir a un ilustre visitante.

En medio de ellos, el trinar de los chincoles, de las loicas y de los yales y las travesuras de los pájaros carpinteros parecían adivinar, así como la gente del lugar, sencillas y cariñosas, que ese día y el siguiente, ocurriría un acontecimiento en los sectores de Santa María y Santa Filomena, en Tabolango, El Saino, Jahuelito y Jahuel. Y estaban en lo cierto.

“¡Gracias Tomás y Mónica! y que Dios les bendiga porque con esta invitación a Jahuel, me han dado la oportunidad de revivir uno de los momentos más sensibles de mi juventud, cuando en mi condición de novicio salesiano veníamos a estas tierras aconcgüinas a descansar de las duras jornadas.”

De esta manera comenzó el señor Cardenal, con su jovial bastón, la estadía de un par de días en Jahuel. Lo acompañaban su inseparable amigo y colaborador de los últimos 25 años, el economista y catedrático don Reinaldo Sapag y Silvia, su querida mujer. Juntos, gozamos de la tranqui-

lidad de estas termas y hotel, cuyos pasajeros y trabajadores también fueron impresionados por la presencia de tan carismático huésped. Nos acompañaban, además, unos queridos amigos, el empresario belga francés Jean Pierre Peeters, su buenamoza esposa polaca Bárbara y su hija Marilyn, quienes, en Europa y hasta el día de hoy, siempre se acuerdan de ese Cardenal “tan bondadoso y sabio que conocieron en Chile y con el cual compartieron una mesa”

Ciertamente, el señor Cardenal -sentimental y nostálgico- aceptó de inmediato esta posibilidad de volver a la zona porque Santa Filomena fue desde comienzos de siglo, el lugar escogido por los Salesianos para descansar de la exigente disciplina de la Congregación, para convalecer y, especialmente, para limpiar bronquios y pulmones con su aire renovador. También supimos, que además del joven novicio Raúl Silva Henríquez, también pasaron por Santa Filomena otros ilustres sacerdotes de la Congregación, como el Padre Pedro Perruti quien llegó a ser Provincial de Chile y Vicario del Rector Mayor, Prefecto General en Turín y el destacado sacerdote salesiano y posteriormente Obispo de Ancud, Monseñor Abraham Aguilera.

No obstante, los Salesianos, aparte de su casa y chacra, tuvieron en Santa Filomena una inmensa Iglesia, la que en la década de los 80 fue inutilizada por un fuerte temblor, por lo que construyeron en su reemplazo, en su costado norte, una acogedora capilla, más acorde al número de la feligresía.

Cuando salíamos a visitar los alrededores se agolpaban para saludarlo y presentarles sus respetos las mujeres y los niños de lugar, los comerciantes y campesinos de Santa Filomena, Jahuel y villorrios intermedios, y por supuesto, el Párroco de Santa María, el Padre Vicente Montenegro Lazo.

Ahora bien, en aquella ocasión con Mónica y nuestros hijos Trinidad y Tomás, quienes en ese momento eran menores de edad, tratamos de retribuir en Jahuel las finas atenciones recibidas en Santiago de este santo varón que había dirigido los destinos de la Iglesia chilena. Aunque se trataba de un hotel de campo, antiguo y sencillo, conservaba las tradiciones y encantos que conocieron extranjeros y chilenos, entre ellos, destacadas personalidades, tales como los últimos siete Presidentes de la República.

Con el frescor de la tarde y mientras caminábamos a la Gruta, o pasábamos por el bosque de Quillayes, la chacra o las Mesetas, el Cardenal Silva Henríquez, siempre cuidadoso y precavido, iba bien envuelto es su

talquina manta. Reíamos con sus anécdotas, con sus chascarros y hasta con algunos chismes y copuchas, en el buen sentido de la palabra.

En el terreno más personal, me permití hacerle presente que lo había conocido como Arzobispo de la Capital, entre los años 1964 y 1967 cuando me desempeñaba como Regidor de la Ilustre Municipalidad de Santiago, en la que, junto al recordado don Jorge Prieto Letelier, éramos los únicos representantes del recordado Partido Conservador, siendo Alcaldes en ese período figuras tan destacadas como el General Ramón Álvarez Golsack y don Manuel Fernández Díaz, al tiempo que también se lucían otros Regidores como los comunistas René Frías y Mireya Baltra, los demócratacristianos José P. Domínguez, Irene Frei Y José Galiano, y los radicales Rafael Señoret y Voltaire Lois, sin olvidar al socialista Dr. Carlos Valencia y otros.

En ese ambiente de paz y sosiego, le manifesté al señor Cardenal que siempre lo respeté como mi Pastor, pero que en un comienzo, tal vez, algo influido por quienes lo conocían sólo superficialmente, no me simpatizaba del todo porque era contrario a los partidos confesionales y porque tenía posturas demasiado “progresistas”, posturas que algunos exageraban diciendo que eran cercanas a las de la izquierda marxista.

El señor Cardenal, con su sonrisa pícaro, hacía un gesto de desaprobación con sus manos, pero no me interrumpía. Así, pude continuar para expresarle que en un proceso de mayor reflexión, al igual que muchos otros católicos que siguieron más de cerca sus prédicas y orientaciones, había abandonado las primitivas opiniones sesgadas para dar paso a una lenta comprensión y admiración que, naturalmente, se transformaba en una abierta simpatía y cariño cuando se ha tenido el privilegio de conocerlo y tratarlo personalmente, en este caso, gracias a mi querido amigo Reinaldo Sapag.

Cuando se analiza en su conjunto, la vida, obras y enseñanzas del señor Cardenal, que como todos sabemos, es además, abogado, se puede colegir que se trata de un hombre bonachón, justo y sabio, de una caridad sin límites, abierto a los demás e intransigente defensor de los derechos naturales del hombre, especialmente, de la vida e integridad de las personas.

Este sacerdote pluralista y tolerante, que con el arma de la oración y convencimiento trató de evitar grandes problemas, no sólo luchó y se jugó por lo que consideraba justo durante el régimen militar, sino que hizo todo lo posible para evitar los excesos y la confrontación durante el período del

Presidente Allende y estoy cierto que la historia le reconocerá muchísimas obras de indiscutido beneficio nacional y espiritual. Basta recordar como ese gobierno, gracias a la fuerte oposición de la Iglesia, no pudo implantar la Escuela Nacional Unificada.

En la época en que se produjo esta invitación, el autor de este testimonio ejercía el cargo de Subsecretario de Marina, y se vivía el contexto de una transición del régimen militar a otro de carácter civil.

Esto permitió ahondar aspectos muy interesantes del proceso y, especialmente, sus causas, dado el conocimiento del señor Cardenal en esta materia por una parte y por la otra, la cercanía y comprensión que yo tuve con las FF.AA. y, en especial, con la Armada, cerca del rol fundamentalmente profesional que ellas han tenido a lo largo de la historia de Chile.

Ciertamente, fueron muy pocos los dos días transcurridos fuera de Santiago al lado de una persona de tan excepcionales condiciones humanas para extraer tantas experiencias y dejarse encantar. Pero, mucho más difícil es escribir sobre el señor Cardenal en tan pocas líneas, cuando se requieren espacios grandes para referirse, como en este caso, a grandes personajes.



## Profundamente Humano

Ramón Rada M.

*Ramón, sobrino del obispo salesiano  
Conrado Rada, acompañó muchas veces a  
don Raúl en los últimos años, lo que se  
tradujo en una amistad sincera.*

¿Qué decir, qué escribir sobre este maravilloso hombre sacerdote, que no se haya dicho ya?

Pensando en él, recordaba a Teilhard de Chardin: “Cuando se es profundamente humano se es profundamente cristiano”. A lo largo de su extraordinaria vida, don Raúl ha llenado plenamente la amplitud de ambos conceptos, siendo un testimonio vivo de inigualable humanidad.

Testigo valiente y de claridad insuperable de la palabra de Cristo, poeta y soldado del amor, capaz de entender como nadie a su pueblo, a su patria amada, privilegiada por Dios con el “alma de Chile”. Su profunda fe le permitió prever, anticipar los dolores, los cambios, las tragedias que deberíamos soportar. Su coraje y valentía tantas veces puestas a prueba en esos momentos, son algunos de los rasgos que junto a su profundo amor por Chile, por su pueblo y su alma, caracterizan su vida.

Surco fértil ha abierto en la historia de nuestro país, este hombre de rostro campesino, de arrugados afectos, de maneras suaves y vigorosas... Tal vez, la semilla sembrada y objeto de sus cuidados aún no ha germinado.

Quienes tienen, como él, un conjunto de virtudes que los convierten en forjadores de la historia, no requieren del reconocimiento de la profundidad y efecto de su tesonera labor. Conocedor de los designios ocultos que conducen el devenir, trabajó incansablemente por proteger las virtudes que

considera profundamente cristianas del pueblo de Chile, enraizadas en el alma nacional.

Siempre con un respeto absoluto por la libertad de quienes se relacionaron con él, en cada uno dejó una impronta imborrable, y en especial en quienes fueron testigos privilegiados de sus afanes por la justicia, la seguridad y la libertad de sus hijos, en los momentos críticos que vivió su patria amada.

Su fe y su amor, que lo hicieron dueño de sí y del mundo que lo rodea, que lo hicieron uno con su pueblo, también le abrieron una puerta al “entender” que no es posible hacer camino de otra manera; éste es, quizá, el don que el Señor le otorga a quienes le aman.

¡Cuánta ansiedad debe haber en su retiro silencioso por ver florecer la latente “alma de Chile” después de tanto sufrimiento y dolor!

Este Chile de hoy, atiborrado de exitismo y barbarie económica, pareciera desconocer a su Pastor, y tal vez sea una prueba más para el alma de Chile. Esta nueva forma de idolatría, como lo fueron antes las ideologías, parece no tener fin. Puede ser que éste sea el desafío que con esa campechana agudeza tan propia de él, nos quiera legar don Raúl. Con la sabia distancia que él suele tomar de lo cotidiano nos dirá que éste es ahora nuestro dolor y nuestra esperanza, el acicate de nuestra imaginación, y la prueba de nuestro amor por todos y cada uno.

Escribiendo estas líneas lejos de la patria, que don Raúl tanto quiere, se acrecienta la nostalgia por su ingenio, su destreza intelectual, por la amabilidad y el cariño que tantas veces nos ofreció en su mesa para compartir, conversar, reír y pensar. Extraño enormemente esos privilegiados momentos, la paz enorme de su presencia. Su voz vigorosa resuena en mi alma, y espero que por ella resuene en las almas de quienes no lo conocen personalmente para no cejar en el cuidado y la defensa de los más pobres, de los niños que don Raúl especialmente ama, de los marginados, de aquellos en quienes reside el “alma de Chile”.

## El Cardenal Silva escribió en la historia

Iván Radovic P.

*Los campesinos han ocupado un lugar preferente en la acción del señor Cardenal. Iván, Director Ejecutivo de la Oficina Coordinadora de Asistencia Campesina, OCAC; desde que don Raúl la fundara. Juntos viajaban a Estados Unidos y Europa a recolectar ayuda a favor del campesinado lo que les permitió cultivar una gran amistad.*

**H**ay hombres y mujeres que hacen la historia. Dios los pone en un lugar preciso, en el momento preciso. Pero, es la decisión de ese hombre o de esa mujer aceptar o no este llamado del Señor a construir la historia de la redención.

La Madre de Dios dijo: “Hágase en mí según su voluntad” y así Jesús pudo asumir nuestra humanidad. María pudo haber dicho no acepto porque distrae mi tranquilidad espiritual, porque invade mi privacidad, porque voy a ser objeto de críticas malintencionadas (ser virgen y madre a la vez) porque tendré que sufrir lo indecible durante la vida de Jesús, odiado y perseguido, hasta tener que asumir finalmente su muerte en cruz.

Sin embargo, dijo que sí y enfrentó todos los desafíos, cualquiera que fuesen porque el objetivo final era maravilloso y hasta increíble: la liberación del hombre y de la mujer del egoísmo y de la esclavitud.

El Cardenal Silva participó en la historia de la redención porque aceptó el llamado del Señor.

Sabía, por ejemplo, que era una inconsecuencia para la Iglesia

preocuparse de los pobres, por un lado, y al mismo tiempo ser latifundista, frente a campesinos sin tierra y sin nada. La decisión de transferir los campos a sus inquilinos fue un asunto que no se entendió hace treinta y cinco años atrás, ni se entiende todavía hoy.

Cuando apoyó decididamente en el Concilio Vaticano II la participación de los laicos, como esencial en la vida de la Iglesia, recibió una fuerte oposición de la estructura clerical de una Iglesia preconiliar, que tenía miedo de perder parte de su poder. Aunque esta participación real de los laicos continúa siendo utopía de unos pocos, su voz fuerte sigue resonando en Chile, a la espera de algunos que asuman el desafío y continúen en esta lucha.

Con la fuerza que da la convicción de seguir el llamado de Dios, el Cardenal, como nadie, se enfrentó al poder omnímodo de la dictadura. Cuando en una reunión de muy alto nivel, alguien argumentó para justificar la legitimidad del régimen militar: “No olvide señor Cardenal que la autoridad viene de Dios”, el respondió con firmeza, “Sí, señor, pero el autoritarismo, no”.

Sólo los que vivimos aquellos momentos podemos valorarlos en toda su dimensión: valentía, coraje, decisión y firmeza, que se pagaron muchas veces con la vida. Amedrentamientos, detenciones, vejámenes y hasta asesinatos de su gente. No faltaron las amenazas de muerte a su persona. Pero, siguió adelante, tranquilo, afirmándose en aquellas palabras de San Pablo: “Todo lo soporto en aquel que me conforta”.

Lo presionaron para cerrar el Comité por la Paz; pero, creó la Vicaría de la Solidaridad. Su consecuencia de vida la mantuvo hasta el final: los derechos de cada persona son sagrados. Los hijos de Dios no pueden ser vejados y la Iglesia tiene la obligación de estar presente donde el más pequeño de sus hijos sea tocado en su vida o en su dignidad.

Cuando los derechos de los trabajadores fueron conculcados, creó la Pastoral Obrera para defenderlos. Cuando los campesinos empezaron a vender sus tierras por falta de recursos y a emigrar a la ciudad, reforzó el Instituto de Promoción Agraria y creó la Oficina Coordinadora de Asistencia Campesina (OCAC) para mejorar las técnicas de sus campos, promover programas de capitalización y ahorro y mejorar sus condiciones de vida.

Cuando, a comienzos de los ochenta, se jugó entero por conseguir la mediación papal, ante el inminente conflicto con Argentina, hubo voces

oficiales de la Iglesia que le dijeron: “No moleste al Santo Padre, no lo comprometa, no lo complique”. Sin embargo, don Raúl sabía que debía escuchar la voz de Dios antes que la de los hombres, y así consiguió la tan necesaria mediación que hoy todos agradecemos.

Cuántos desafíos simultáneos y cuántas frustraciones también. Sin embargo, yo mentiría si dijera que en los 18 años que estuve a su lado, alguna vez lo vi alterado o perdiendo su paz interior. Él sabía en quién confiaba y de allí sacaba toda su fuerza y equilibrio espiritual.

Estuve con él junto al Papa, junto a Presidentes, ministros y parlamentarios de muchos países del mundo, de la Unión Europea, del Banco Mundial y del BID, como también y con mayor frecuencia, junto a pobladores sin casa y campesinos sin tierra. Él siempre era el mismo, sencillo como hombre de campo; pero claro como conductor. Sabía dónde estaba y qué es lo que quería.

Enojado sí lo ví, varias veces; pero frente a la injusticia impune. Era, pienso, una reacción visceral ante la impotencia de no poder hacer más por ayudar a resolver los graves problemas de Chile. También lo ví triste otras tantas veces, frente al dolor y al sufrimiento de los débiles.

Don Raúl tenía algunas intuiciones que lo acompañaron toda la vida:

La primera, que el Misterio de la Encarnación perdía su sentido, si se vivía al margen de la realidad de la gente. La segunda, que la Iglesia de Jesucristo no es tal, sin la presencia adulta de los laicos en ella, asumiendo su responsabilidad en el mundo político, social y económico.

La tercera, que los privilegiados del Señor son los pobres y marginados.

Un líder es alguien que transmite un ideal en el que cree y que compromete el pensamiento, la conducta y los sentimientos de mucha gente. Su credibilidad depende de si encarna o no este ideal en su vida personal; si su forma de vivir refuerza lo que él predica. Don Raúl es un líder y por eso, el pueblo cree en él.

Así, el Cardenal Silva, el pastor, el amigo, el hombre escribió esta parte de la historia de la redención en Chile y en el mundo concreto donde le tocó vivir. Gracias, Señor por haberlo conocido.

## **La alegría de conocerlo**

**Gustavo Ramdohr V.**

*Empresario, en el último tiempo compartió cariño y amistad con don Raúl. Ambos vibraban en la búsqueda de financiamiento y ayuda para la construcción del Hogar de Menores Cardenal José María Caro.*

**D**eseo entregar en este testimonio sobre el Cardenal Raúl Silva Henríquez, los recuerdos que tengo más presentes.

Recién producido el golpe militar, apareció una voz que, con mucha fuerza y valor, pedía que se respetaran los derechos de los pobres y de los perseguidos.

En cada una de sus homilías, el señor Cardenal insistía en resaltar la necesidad de la reconciliación de todos los actores de nuestro país; lo hacía con valentía y con el siguiente riesgo de que tergiversaran sus palabras, como sucedía habitualmente.

¡Qué período más difícil y más ingrato le correspondió enfrentar al Cardenal! Él representaba la única voz que se atrevía a plantear a los militares la necesidad de suavizar los efectos de la dureza con que fue tratada nuestra nación.

No hay palabras suficientes para agradecerle su dura tarea, siendo increíble la fuerza y vitalidad con que pudo enfrentar su labor de máximo representante de la Iglesia Católica en el país.

Fue incomprendido por gente de fuera de la Iglesia, como también por muchos católicos observantes y por algunos de sus pares.

Gracias a mi querido amigo Reinaldo Sapag, tuve la oportunidad de conocerlo más profundamente. Así, en una ocasión, un grupo de personas nos reunimos en un almuerzo con el objeto de reunir fondos para uno de sus proyectos más queridos: los menores abandonados. Este trabajo consiste en poder construir viviendas apropiadas para alojar a una veintena de jóvenes en cada una de ellas, permitiéndoles vivir dignamente y a cargo de personas mayores que hacen las veces de padres. Se organiza, de esta forma, una vida regular y se les da la posibilidad de cursar los estudios de educación básica y media.

Entonces pude apreciar que los menores que concurrieron a este encuentro para contar sus experiencias, sentían por el Cardenal una verdadera amistad y además le entregaban un caluroso afecto.

En otra oportunidad, en un seminario efectuado en el Hotel Carrera y al cual concurrió el Cardenal, me impactó el hecho de que dos personas de tendencias totalmente contrapuestas conversaran animadamente, y uno no podía apreciar diferencias en sus posiciones sociales o políticas, pese a la dura época que estábamos viviendo.

Más tarde, a fines de la década de los 80 y comienzos de los 90, tuve la oportunidad y alegría de almorzar en la casa del Cardenal, donde tenía por costumbre juntar a unas seis personas de diferentes edades, condiciones y posiciones.

Tenía en esos encuentros la inteligencia de colocar temas de actualidad nacional e internacional que no invitaran al conflicto. Lo importante es que se deleitaba escuchando con mucha atención y claridad las opiniones que ahí se entregaban para, posteriormente, con mucho equilibrio y sabiduría, entregar su forma de pensar que estaba siempre inclinada a la justicia, equidad y respeto por los más necesitados. Todo esto le dejaba a uno, enseñanzas oportunas y profundas para aprovecharlas en el diario vivir.

El recordar todas estas vivencias, hace que rememore con alegría y fe en Dios estos encuentros que entregaban tanta sabiduría y bondad.

Todos estos momentos, de agrado y satisfacción, me hacen agradecer con orgullo personal y de chileno, el privilegio de contar con una persona dotada de una superior inteligencia en momentos tan difíciles como los que tuvimos que vivir en parte de su período cardenalicio.

## **Volaba Raúl...** **Rafael Retamal L.**

*Rafael Retamal falleció en septiembre de 1992 .  
En los años escolares que compartió con don  
Raúl, nació una amistad que perduró hasta su  
muerte. Siendo Presidente de la Corte Suprema,  
escribió este testimonio en los difíciles momen-  
tos de violación de los derechos humanos en  
Chile, cuando decir algo bueno del Cardenal  
significaba serios riesgos personales.*

**C**onozco al señor Cardenal desde que éramos adolescentes y cursábamos, en el liceo Blanco Encalada de Talca, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los estudios de humanidades. Tengo recuerdos sencillos y hermosos, como su alma, de aquellos tiempos lejanos.

Recuerdo que su rostro blanco y sonrojado, tenía la placidez de la bondad, y sus ojos proyectaban hacia sus compañeros una luz semejante a la inocencia de la mañana.

Recuerdo su cordialidad un poco distante, que conserva hasta hoy, con la pureza de un alma virgen.

No he olvidado nuestros juegos en los recreos. Corríamos y corríamos como si hubiéramos perdido el sentido, alrededor del gran patio del colegio, y él se movía de tal modo que sus pies parecían no tocar el suelo. Volaba Raúl en vez de correr, así me pareció siempre.

Tengo patente en mi memoria su alejamiento de los círculos que en el patio solían formarse, después de algunos momentos de juego. Estaba prohibido por los hermanos, quienes nos instaban a que estuviéramos



siempre en movimiento durante los recreos. El respetaba celosamente esta prohibición.

En los exámenes mensuales de los ramos de estudio que se hacían en el curso, llamados competiciones, Raúl ocupaba habitualmente el primer lugar, salvo cuando yo me esmeraba en sobrepasarlo, porque entonces él era siempre el primero. No había manera de competir con él.

Hubo un año en que Raúl no volvió a ingresar después de las vacaciones. No supimos los compañeros lo que había pasado y sentimos, lo recuerdo muy bien, la nostalgia de su ausencia, porque en esos tiempos y a nuestra edad no teníamos, los adolescentes, sino nociones brumosas de la existencia en Chile de otras ciudades además de la nuestra.

El amigo, Rafael Retamal, ha remontado la corriente de su vida para hacer un recuerdo cariñoso de su amigo, el Cardenal. De algunas escenas de su adolescencia, que sirven para conocer al hombre de hoy.

## **“Yo te voy a decir una misa”**

**Padre Ricardo Reyes C.**

*El padre Ricardo o “el padre chocolito”, como lo llamaba cariñosamente don Raúl, en consideración al color de la piel de su amigo sacerdote.*

*Entre ambos se produjo una sintonía muy hermosa y fecunda de cariño y amistad en muchas jornadas en la querida Punta de Tralca*

**E**s una alegría y una gran riqueza para el espíritu recordar el paso del señor Cardenal como Pastor por nuestras parroquias y por nuestra vida sacerdotal. Una gratitud enorme por todo lo que nos entregó con su amistad, su apoyo, sus consejos, su interés mostrado en todo nuestro trabajo pastoral. Siempre muy cercano en todo nuestro quehacer.

A muchos puede extrañarles nuestra cercanía a él, viviendo acá en el litoral, lejos de Santiago donde está la sede de la Arquidiócesis. Pero como el señor Cardenal venía a Punta de Tralca todos los fines de semana, nos invitaba a almorzar o a cenar con él. Nos llamaba por teléfono o venía personalmente a invitarnos a nuestra parroquia. Traía sus vestimentas típicas de la costa, que llamaban la atención de nuestros feligreses: su poncho, su boina y su bastón. Las personas que lo conocían se acercaban a saludarlo con cariño o a tomarse una foto con el Cardenal, a lo que él siempre accedía.

En su mesa era cariñoso y nos atendía con exquisitos alimentos y nuestra conversación era sobre nuestras parroquias, lo que hacíamos y las dificultades que podíamos tener, él siempre mostraba interés por lo todo lo que sucedía. Era la ocasión en la que preguntábamos sobre la Iglesia, o la

Arquidiócesis, o alguna noticia importante a nivel nacional y él con mucha tranquilidad explicaba nuestras inquietudes.

Yo fui uno de los asiduos invitados a su mesa y me distinguió con su cariño. En algunas ocasiones me preguntaba por los horarios de misas en las parroquias o capillas y me decía: “para que mañana descanses, yo te voy a decir una misa”, y ese domingo la celebraba en El Tabo, o en Las Cruces, o en San Sebastián. Para muchos fieles, era motivo de admiración y alegría tener al señor Cardenal en su comunidad; al terminar la misa, espontáneamente los fieles lo despedían con un aplauso lleno de gratitud.

Todos los Años Nuevos le gustaba pasarlos en nuestra zona. Se ofrecía para celebrar la misa el día 31 de diciembre en la noche, en una de nuestra parroquias. Después de saludarnos y desearnos felicidades, regresaba contento a Punta de Tralca.

En algunas oportunidades, salíamos para el campo de Lo Abarca, Lo Zárate y el Cajón de la Magdalena; él gozaba en estos lugares y era muy tierno con los moradores de esas localidades.

Siendo yo el párroco de San Antonio, el Cardenal visitaba a menudo a la comunidad, le gustaba presidir nuestra eucaristía el 13 de junio, en la festividad de San Antonio. Todos esperábamos su homilía, que era un valioso apoyo a la graves dificultades que tenía esta ciudad en esos años. Visitábamos a los pescadores del puerto y se preocupaba por su situación laboral y social; nos apoyó económicamente para comprar un bote con motor para ayudar a algunos pescadores más necesitados y a sus familias.

Lo invitábamos a las capillas que tenía la parroquia de San Antonio en los cerros; generalmente les encontraba algún defecto en su construcción y ésta era la ocasión de quejarnos de pobreza. Su respuesta era enérgica y golpeando con su bastón el suelo, decía: “¡Hazlo! Yo te ayudo”.

El señor Cardenal, con su calendario lleno de compromisos y actividades, sabía hacerse el tiempo para estar cerca de nuestros dolores y alegrías. Mi familia recuerda con mucha emoción el fallecimiento de nuestra madre cuando él vino a acompañarnos y posteriormente a celebrar una misa con la comunidad por su eterno descanso. Estando yo operado en la clínica, en San Antonio, recibí su inesperada y grata visita, mostrando preocupación por mi salud y también por los costos de la operación.

En la ceremonia de mis 25 años de sacerdocio, él estuvo presente y compartió nuestra celebración.

Ahora, cuando recuerdo todo lo vivido con el señor Cardenal, sólo me queda decir: ¡Gracias, señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, por tu ejemplo, por tu cariño, por tu amistad. GRACIAS!

## Don Raúl y el Banco del Desarrollo Domingo Santa María SC.

*Muchos años de sincera amistad existen entre don Raúl y Domingo. Muchas tareas emprendidas juntos. No es posible escribir sobre don Raúl sin que aparezca el nombre de Domingo, con quien tuvo una especial afinidad.*

**E**l Banco del Desarrollo, que se apronta a celebrar dentro de algunos meses sus 15 años de existencia, nace de una intuición profundamente sentida por el Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Fue él quien con emoción reflejada en su voz y en sus ojos, nos mandó: “Crean una institución financiera que haga posible a la gente tener una casa que los cobije y permita a los pobres vivir su intimidad familiar. La promiscuidad y la miseria de los sin techo -agregaba- impide la existencia de una familia digna, que mire como suyo a este país y como hermanos a sus habitantes”. Y nos dijo también: “Apoyen a los pequeños; son muchos y necesitan mucho; ellos saben agradecer y honran sus compromisos”.

Ese mandato de don Raúl está en el origen del Banco del Desarrollo e ilumina su Proyecto de Empresa.

Al evocar la figura de ese gran pastor de la Iglesia, que fue también un líder nacional y un entrañable amigo, surge en lo profundo de quienes tuvimos el privilegio de estar cerca de él y de responder a su llamado, sentimientos de profundo reconocimiento que se expresan mejor con el latir del corazón que con las palabras.

Y al agradecimiento se agrega la admiración hacia ese hombre, que con su testimonio de vida y su palabra vibrante e inspirada, influyó en forma

determinante sobre el curso de nuestra historia, en momentos particularmente difíciles y conflictivos del devenir nacional.

Hombre de Iglesia, hombre de oración, pastor ejemplar, don Raúl fue también una persona sencilla y tierna, que en contacto con los niños -en especial con los más desamparados- dejaba vivir en sí con plenitud, su vocación salesiana.

Muchas y muy grandes son las obras que recordarán a don Raúl. Igualmente profundo será su recuerdo en el corazón de todos los que hemos tenido el privilegio de ser sus amigos.

## En algún momento...

Reinaldo Sapag Ch.

*El señor Cardenal lo define en sus Memorias como “el compañero más fiel de mi vejez”. Su amistad nace en 1971, cuando Reinaldo era Director General de la Vicerrectoría Económica de la Universidad Católica. El tiempo hizo crecer el cariño hasta transformarlo en lealtad profunda.*

Sabía que en algún momento tendría que ocurrir. Ya no volvería a sentarse en el sillón del living de nuestra casa de descanso en Las Cruces. Él sabía que ése era “su sillón” que lo esperaba los días domingo después de la misa de las doce en Punta de Tralca. Cuando llegaba, ocurría un ritual imposible de olvidar: nuestro perro guardián, “Matías” salía a recibirlo con manifiestas muestras de alegría, esperando ansiosamente las caricias cardenalicias que invariablemente estaban acompañadas de una pregunta inquisidora: “Matías, ¿cómo te has portado?”

Después, una vez traspasado el umbral de la puerta de acceso, se detenía unos instantes para admirar el maravilloso espectáculo que se le ofrecía delante de sus ojos: el Océano Pacífico con toda su magnificencia. No había más que grandes ventanales frente a él, lo que permitía gozar de un paisaje admirable. Transcurridos esos momentos de gozo visual, se dirigía con paso seguro a “su sillón” reclinable. Una vez sentado lo maniobraba con la experiencia de quien conocía todos sus secretos, a fin de quedar en una posición de gran comodidad. De inmediato aparecía Silvia, mi esposa, con un chal de alpaca peruana, de un color rojo cardenalicio, para

cubrirle sus piernas, gesto que él agradecía con gentileza y con suaves palabras de gratitud.

Sin duda que se sentía sumamente cómodo y agradado por todo el ambiente que se le ofrecía: la chimenea encendida, el aperitivo a punto, la belleza del paisaje; y ahora, ya distendido, los comentarios y la conversación amena y alegre. Nunca se producía un momento de silencio, todos compartíamos la alegría de una mesa bien servida, gozando de la amistad, la charla, las anécdotas y el comentario de cada cual. Todo parecía inclinarse con alegría ante la sencillez y santidad de don Raúl. El equipo de música sonaba melodioso con hermosos pasajes de Brahms, Beethoven o Chopin.

En estos instantes, escribiendo estos recuerdos, me encuentro sentado en “su sillón”, en Las Cruces, con la chimenea encendida, mientras afuera llueve incesantemente y los parlantes me regalan con armonía celestial el concierto número cinco, el Emperador, de Beethoven, que tantas veces escucháramos juntos.

Me encuentro acompañado de “Matías” y Beethoven, recordándolo con emoción y sintiéndolo presente junto al mar y junto a mí. Me parece estar escuchándolo, estar viviendo nuevamente junto a él esos años felices. Escucho sus palabras siempre sabias, su gratitud a Dios en todo instante y sus peticiones a María Auxiliadora “la omnipotente intercesora”. Sí, aquí está él presente en su espíritu generoso, aquí se encuentra una parte de su vida y también de la nuestra. Aunque él no esté físicamente, sin embargo aquí está presente y esplendoroso en su espíritu. Aunque él nunca más vuelva a esta casa, que tantas veces lo acogió, siempre estará presente junto a nosotros en la nostalgia y en el amor.

Sabía que en algún momento tendría que ocurrir. Se acabarían las “misas de doce” en Punta de Tralca; ya no habría más viajes para ir a “la Misa de los niños” y traerlo después en mi automóvil a esta casa. El ritual de los domingos que se prolongó durante cerca de cinco años, ha llegado a su fin. Hoy cada vez que estamos en Las Cruces, su presencia nos acompaña irremisiblemente. Aquí está “su sillón vacío”, como esperándolo una vez más. Su chal peruano -el que no se ha usado nunca más-, allí está guardado, esperándolo hoy, mañana, y siempre...



## **Símbolo de la Solidaridad**

**Sola Sierra H.**

*Los marcó la valiente y común defensa de los derechos humanos durante el régimen militar. Ambos siempre dispuestos a mitigar el dolor de aquellos que sufrieron tan directamente; ella con el coraje, don Raúl con el poder de Dios.*

**A**l hablar del Cardenal Raúl Silva Henríquez siento una serie de sentimientos que reflejan la enorme estatura moral y espiritual del hombre que durante muchos años se convirtió en “la voz de los que no tenían voz”, el personaje de la esperanza y de la paz; pero sobre todo, el hombre símbolo de la solidaridad en el Chile del período más dramático de su historia.

Cómo no recordar su figura mitigando el dolor de quienes eran torturados de norte a sur del país, o de los que llegaron al Comité para la Paz, institución solidaria que él creó -junto a otras iglesias de Chile- para recibir las denuncias de los atropellos a los derechos humanos que se cometían en nuestro país.

Su figura, para mí, es la de un padre que, cuando sus hijos sufrieron en carne propia el terror que se les impregnó en la piel ante la barbarie que se desató después del 11 de septiembre de 1973, con su abrazo fraterno consoló el sufrimiento del alma de tantos familiares de víctimas, de un Chile que se sumió en el dolor y en el luto... Atropellos que nunca creímos se pudieran cometer. Esto le significó no pocas dificultades, como amenazas de muerte, ser vetado por los medios de comunicación de la época, no difundir las homilfas de los Te Deum que le tocó presidir, sobre todo aquella

en que llamó a la Junta Militar a poner término a los atropellos a las personas.

Sin embargo, lo más grave fue el disolver el Comité para la Paz, por orden de la Junta Militar. Pero por su condición de sacerdote y su inmenso amor al hombre no se dejó amedrentar y creó la Vicaría de la Solidaridad, que se convirtió en la -quizá- más importante entidad de derechos humanos y de apoyo a todos aquellos que con esperanza golpearon sus puertas.

Estas instituciones y el carácter que ellas tuvieron, no hubiesen sido posibles sin la decisión de una figura como don Raúl Silva Henríquez. Su ejemplo lo transmitió a los funcionarios que en ellas trabajaron, quienes también sufrieron la represión, como es el caso de la expulsión del Obispo Helmut Frenz, del abogado José Zalaquett y el brutal asesinato de José Manuel Parada; o el acoso por parte del Fiscal Fernando Torres Silva, quien hizo encarcelar a dos funcionarios de esta Vicaría por negarse a entregar las fichas clínicas de las personas que eran atendidas después de las protestas por recuperar la democracia, que siempre terminaban con muertos y heridos.

Estaremos eternamente agradecidas del Cardenal porque, cuando angustiadas ante la detención de nuestros seres queridos desaparecidos, no encontrábamos a dónde recurrir, pues el egoísmo, el miedo y el individualismo se habían hecho normas de vida en nuestro país, la Vicaría de la Solidaridad era el lugar donde el amor y solidaridad primaban ante la injusticia y la violencia, donde el compromiso con la paz y el derecho no fue un dogma sino una forma de vida.

Si hasta el día de hoy, cada uno de nosotros continúa la búsqueda de la verdad y la justicia para nuestros seres queridos, es gracias al apoyo brindado ayer, pero también en respuesta a gestos tan nobles de comprensión y consecuencia de personas que estuvieron cerca nuestro, a veces desde las sombras, apoyándonos movidos sólo por el servicio y preocupación por el más necesitado, motivados por el amor al prójimo, inspirados en la enseñanza de Jesús, como lo hizo tan hermosamente nuestro amigo Cardenal.

Cuando recordamos a nuestros seres queridos, lo hacemos también recordando al hermano de la solidaridad, lo hacemos recordando la irremplazable figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

## Siempre el mismo

Claudio Silva R.

*Sobrino de don Raúl. Se transformó en un compañero leal y abnegado de su tío Cardenal, de quien se preocupaba infinitamente por atenderlo.*

**D**el tiempo en que tuve la oportunidad de mantener una estrecha relación con el señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, quiero expresar mi testimonio respecto a su personalidad en aquellos puntos que me impactaron con mayor profundidad.

**El religioso:** Sin ninguna duda su principal característica se basa en un profundo amor a Dios y a la Iglesia Católica.

Siempre decía que el principal mandamiento de la ley de Dios es el primero, “Amarás al Señor por sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”; y no me cabe duda que esta ha sido la razón de su vida.

Insistía en la diferencia de actuar por amor y no por temor a Dios. Es así como en alguna oportunidad me manifestó su pensamiento respecto a la muerte, que sin dejar de temer a lo desconocido, estaba seguro de que si nos manteníamos fieles a estos principios, el Señor nos esperaba con los brazos abiertos, igual que un padre cariñoso recibe a su hijo amado.

**El hombre:** Lo que más me cautivó de su personalidad es esta extraña combinación de religiosidad y lo natural de su forma de ser.

Él brilla por su hombría, sin temor a decir lo que piensa y es un incansable defensor de los débiles.

Es, a mi juicio, un hombre sabio, pero de una sencillez transparente como un niño.

Disfruta tanto de la naturaleza, sus árboles, sus flores, sus pájaros y, al mismo tiempo, de compartir una buena mesa con personas de distinta naturaleza e ideas. Siempre el mismo, ya sea con un importante estadista o con un modesto ciudadano.

Amante de su tierra y su familia; cómo extraño aquellas conversaciones recordando a sus padres, hermanos y amigos, llenas de anécdotas propias de una familia numerosa y que relataba en forma magistral. Quiero dejar constancia de que el compartir con mi querido tío Raúl ha sido para mí la experiencia más hermosa de mi vida.

## Noticias de una gran ceremonia

Clemente Silva S.

*Clemente, sobrino de don Raúl, es el abogado criterioso y sensato, siempre atento a todos sus requerimientos. Tuvo el privilegio de acompañar a su tío a la emotiva ceremonia de imposición de la birreta roja cardenalicia.*

Roma, 25 de marzo de 1962

Señor  
Armando Silva Henríquez,  
Santiago:

Querido papá :  
Hoy a las 6:30 de la tarde, ha terminado la última ceremonia del Cardenal con la toma de posesión de la Iglesia de San Bernardo alle Terme.  
El día 19 -lunes- fiesta de precepto en Italia, por el día de San José, tuvo lugar en el departamento del Cardenal en el Sagrado Corazón la primera ceremonia: la entrega del Bibljetto, del cual era portador el maestro de Cámara del Cardenal Secretario de Estado. Cerca de la una del día llegó a la residencia del Cardenal, pues en su itinerario de entrega de análoga comunicación a los otros nuevos cardenales debió recorrer gran parte de la ciudad, correspondiéndole a nuestro Cardenal el último lugar. Desde las 10 de la mañana, se encontraban en la Cámara del Cardenal su maestro de Cámara, su Capellán y su Gentil hombre, todos en traje apropiado. Cerca del

medio día llegaron el Embajador y el Secretario de la Embajada, y se reunieron con el Superior Mayor de la Congregación, algunos parientes, amigos, fotógrafos y demás personas que esperaban la fausta nueva.

Llegando el portador, se hace anunciar por el Decano de Sala, firma el Libro de Visitas y le entrega un sobre al Cardenal que está sentado en su Cámara rodeado de su séquito, del Embajador y de los Superiores Salesianos, amén de los familiares. El Cardenal abre el sobre, lo lee en silencio, y se lo pasa al Superior Mayor de los salesianos Revdo. Padre Zighiotti quien le da lectura en alta voz. Luego, el Superior de los Salesianos de Chile, Rvdo. Padre Valenzuela lee el Decreto Consistorial, por el cual se le notifica al nombrado para que concurra al Concilio del día Miércoles 21 a recibir el birrete rojo de Su Santidad El Papa. El maestro de Cámara portador del Biglietto, pronuncia brevísimas palabras de congratulación y el Cardenal le contesta, con gran circunstancia en un breve y bellissimo discurso en que junto con agradecer al Santo Padre, le manifiesta que él es un instrumento de Dios para desempeñar en la Iglesia el rol que se le ha asignado, que esta dignidad la recibe para la grey Católica de Chile, para la Congregación que lo formó y concluye diciendo, nada puedo decirle a nuestro Dios que exprese mejor mis sentimientos que lo que San Pedro le dijera: “Señor, tú sabes que te amo”. Luego recibe los abrazos y felicitaciones de los que allí se encuentran, y la mañana concluye con un gran almuerzo en la Casa Salesiana del Sagrado Corazón, al que asisten todos los familiares. El Superior Mayor de la Congregación dice algunas palabras y al concluir repite el discurso del Cardenal, pues agrega que contiene una lección inmejorable para todos: poner a Dios ante todo. Compara al Cardenal con Don Bosco y dice que no es de extrañar que con el tiempo se le llame como “Don Silva”, por su infatigable trabajo, especialmente entre la juventud y los más necesitados. Esto fue realmente muy emocionante.

Después de almuerzo, el Cardenal recibe la visita de los cardenales antiguos y del cuerpo diplomático, además de la visita de los gentiles hombres de los otros nuevos Cardenales.

A mi turno, como gentil hombre del Cardenal Silva debo visitar a los ocho nuevos Cardenales presentes en la Curia para presentarles a nombre de mi Príncipe los saludos y congratulaciones por su designación.

El día martes estuvo dedicado a recibir las visitas y felicitaciones de los chilenos, amistades y sacerdotes.

El día miércoles tuvo lugar en la Sala Clementina del Vaticano, El Consistorio Secreto con imposición de la birreta roja Cardenalicia por Su Santidad a los nuevos Cardenales. Allí se encontraba presente un reducido número de personas, el Embajador y el séquito Cardenalicio. El Santo Padre desde su trono Papal recibió a cada Cardenal y junto con imponerles la birreta los abrazó efusivamente. Quedé muy impresionado por la belleza de los salones del Vaticano desde el suelo al cielo, ricamente adornados y haciendo un marco magnífico a la figura del Papa y de sus Cardenales. Los Cardenales después del acto se dirigieron a los salones privados de Su Santidad donde departieron por algunos momentos con él. El Papa les dijo entre otras cosas, que la ocasión era muy propicia para tomarse un traguito con él, pero en sigilo agregó: "No me dejan..." Luego fueron fotografiados junto a Su Santidad y al despedirse le dijo al Cardenal portugués que había pronunciado el discurso a nombre de sus compañeros en el Consistorio: "Su discurso debe haber sido muy bueno, va a tener que darme el escrito correspondiente, porque no le entendí nada..." En efecto el discurso fue dicho en un latín muy mal pronunciado.

El Santo Padre al abrir el Consistorio destacó la significación de él, por la vecindad del Concilio Ecuménico, en el cual deseaba contar con las luces de las figuras más esclarecidas del Clero; agregando que las cualidades personales de los nuevos Cardenales y la variedad de su origen eran un símbolo de la universalidad de la Iglesia y demostraba la inquietud permanente de ella para buscar los mejores instrumentos para hacer triunfar al Reino de Dios.

El jueves fue un gran día; desde temprano en tenida adecuada el Cardenal y su séquito esperaban la hora de partir hacia San Pedro (todo estaba prolijamente reglamentado, desde la vestimenta hasta el número de automóviles y el orden de sus ocupantes) .

El ingreso se hizo por las salas del Vaticano y en amplios salones los Cardenales tomaron su lugar mientras respectivos maestros de ceremonias daban a ellos las últimas instrucciones. Después desfilaron acompañados de su séquito por interminables y solemnes pasadizos y escalas, flanqueados por imponentes guardias suizos hasta una capilla lateral de la Basílica de San Pedro que estaba protegida de la vista del público por cortinajes. Allí en largos bancos, ricamente alfombrados, tomaron asiento y esperaron la llegada del Cardenal Tisserant, quien dirige la Congregación de Ritos. Uno

tras otro ante él pasaron al altar y al lado de la Epístola prestaron juramento de sumisión, secreto y obediencia. Esta ceremonia no fue accesible al público y sólo la presenciaron los respectivos séquitos de los Cardenales. No obstante se permitió el acceso a fotógrafos y cinematografistas, y así fue como aparecí televisado en toda Italia detrás de mi Cardenal, según me lo contaron alborozados en el Hotel, Vinicio y Paolo.

A continuación los Cardenales, vueltos a su asiento, escuchaban El Credo que fue iniciado solemnemente por una sola voz: “Creado in unum Deum.....” y acto seguido se propagó a todos los presentes que atestaban la Basílica, constituyendo para mí el momento más imponente y magnífico de la ceremonia por la fuerza inmensa que brotaba de ese canto al Creador en el lugar mas propio, y entonado por miles de fieles que repletaban la Basílica de San Pedro. Concluido el Credo, el abogado Consistorial, dio lectura en latín al Decreto Convocatorio y se testimonió que todo estaba cumplido.

En ese instante desde lugares estratégicos las trompetas de plata rompieron el aire con una marcha, que supongo debe haber sido el Himno Papal, e hizo su aparición el Sumo Pontífice. Instalado en su Trono Magnífico frente al Altar Papal cubierto por un baldaquino que sostienen 4 columnas salomónicas. El estrado al final del cual está el Trono Papal tiene más de una cuadra de largo y se encuentra protegido por alfombra roja. El Trono, bajo la imponente ornamentación del Artífice Bernini, y el Cuadro que representa la Fundación de la Iglesia por Jesucristo es realmente imponente, supera todo lo imaginado. Hacia el Trono uno tras otro, a prudente distancia, con la Capa Magna desplegada, a paso lento, van los Cardenales para recibir el Capello.

Cierro esta carta con un fuerte abrazo, y llegando a Barcelona donde pasaremos dos días en espera de combinación a París, la continuaré.

Cariños a mis hermanos e hijos.

Clemente.



## Un asunto de parentescos

Jaime Silva A.

*Arquitecto, colaborador permanente en las obras de don Raúl para dar solución habitacional a familias que requerían de un techo. Siempre dispuesto a entregar con especial dedicación sus conocimientos y trabajo en los proyectos del Cardenal.*

Creo que la primera vez que vi a don Raúl fue por los años sesenta, caminando por los alrededores de su casa. Le conocí más tarde, y a lo largo del tiempo tuve la fortuna de encontrarlo en múltiples ocasiones, unas dramáticas, otras serias, algunas simplemente sociales.

En una de esta últimas, me preguntó si tendríamos algún parentesco. Respondí que no lo sabía, aunque por cierto me honraría si así fuera.

“Mira -me dijo- tengo un libro que alguien me regaló y que puede servir”. Rápidamente apareció con “La Casa de Silva en Chile”, una obra con una increíble cantidad de detalles sobre el origen de esta “casa”. (Hasta ese momento yo pensaba que sólo tenía apellido y no “casa”). Después de un largo e infructuoso peregrinar por sus no muy amenas páginas, busqué en una sección donde aparecían “personas que se atribuyeron indebidamente este apellido”.

Probablemente el Cardenal no lo sepa pero en ese lugar -el de los menos considerados y casi despreciados- encontré un hombre cuya vida es ejemplar. Se trata de Francisco Maldonado de Silva, “bachiller, cirujano y escritor; vecino de Santiago de Chile, hijo de Diego Núñez de Silva y casado con Isabel Ocañez”.

Murió quemado vivo por sentencia del Tribunal de la Inquisición. Estuvo muchos años en prisión, se hicieron grandes diligencias para “convertirlo”. Renegar le hubiera salvado la vida, sin embargo prefirió morir antes que traicionar su fe judía.

No he sido el único que “descubre” a Maldonado de Silva. Lo hizo también el escritor Guillermo Blanco quien -sospecho- encontró en él algo de su propia porfía y valentía que lo entusiasmaron lo suficiente como para escribir un magnífico libro: “Camisa Limpia”. Posteriormente, un escritor argentino hizo algo similar.

En estos tiempos en que el pragmatismo nos envuelve y cuando a las personas se les califica casi únicamente por su “capacidad de gestión”, es sorprendente cómo ese multifacético Cardenal sirvió de instrumento para darme la oportunidad de saber de alguien que es capaz de dar la vida por lo que cree.

## Vía Dolorosa Günther Spaett

*Desde que Günther llegó a Chile -a trabajar por la fundación Konrad Adenauer- en 1970, se inició una amistad con don Raúl, que continuó en Alemania, pues a ambos los unía un fiel compromiso con Chile.*

A fines de octubre de 1973, el Cardenal Raúl Silva Henríquez partió en su primer viaje hacia Europa después del golpe militar, que lo llevaría a Roma, siguiendo después por Alemania, Holanda, Bélgica y Francia. El motivo de esta gira era informar sobre la posición de la Iglesia Católica chilena frente a la intervención militar. Esta política informativa frente al mundo había comenzado inmediatamente después del golpe, por medio de un comunicado del Obispado de Chile.

Después del levantamiento del *toque de queda*, el día 13 de septiembre a las nueve de la mañana, el padre Luis Antonio Díaz, secretario del Cardenal, se dirigió a nuestra casa en la calle Pedro Torres, de Ñuñoa, pidiéndome ayuda para sacar este comunicado al extranjero, pues Chile -incluidas las embajadas- cortó la comunicación con el resto del mundo, dado el bloqueo de todas las conexiones internacionales impuesto por los militares. Entonces, pensé en recurrir a la ayuda de un periodista alemán, Hero Buss (quien años después fue secuestrado por los “narcos” colombianos, hecho relatado por García Márquez en “Noticia de un Secuestro”), que inmediatamente se comprometió a sacar el texto de los obispos. Cómo pudo lograr la comunicación internacional con todas las líneas hacia el exterior cortadas, es para mí hasta hoy un misterio.

En este viaje por Europa el señor Cardenal pasó en noviembre de 1973 por Bonn, a donde yo había regresado con mi familia en octubre, después de una estadía en Chile de casi cuatro años. Don Raúl pidió que alguien lo llevara a Utrecht, Holanda, donde quería entrevistarse con el Cardenal Alfrink, amigo desde el Concilio. En Bonn conversamos con algunos chilenos de su confianza, pero como los chilenos residentes, fuera de los diplomáticos -que por razones obvias no eran adecuados- no tenían autos cómodos, pues eran pobres becados o jóvenes diplomáticos, me pidieron a mí, que tenía recién comprado un flamante, amplio y cómodo Citroen DS, llevarlo a Utrecht.

Llegando al Palacio Episcopal bajamos del coche y la entrada principal estaba cortada con una inmensa cruz que llevaba pancartas de protesta contra el golpe en Chile, contra la Iglesia y su Pastor. Un manifestante se mantuvo inmóvil y pretendía que el Cardenal trepara por la cruz para entrar al Palacio. Fue una situación espantosa. Afortunadamente un cura holandés nos indicó una entrada por atrás, que felizmente encontramos. Me daba cuenta de lo doloroso que era ese obstáculo para don Raúl y cómo estaba conmovido.

Luego de su larga conversación con su colega Cardenal, don Raúl aún estaba muy afectado por este triste acontecimiento y todo el viaje de regreso se quedó en silencio y pensando.....seguramente rezaba.

Ni siquiera se percató de que casi todos los coches en las autopistas holandesas me hicieron señales con las luces, que no me explicaba. De vuelta a Alemania me aclararon que a raíz de la reciente crisis del petróleo tenían reducida la velocidad máxima a 120 km por hora, en Holanda. Tengo que reconocer que anduve a 170 y hasta 180 km, porque quería volver lo más rápido posible de este encuentro hostil..... Y además, confieso que probaba la velocidad de mi auto nuevo. Por suerte no me pilló la policía holandesa y así me pude ahorrar una multa muy cara.

## La Cena de San Martín

Friedl Spaett

*Esposa de Günther, mujer de gran sensibilidad, que entregó muchos esfuerzos para acoger en Chile y en Alemania a tantos chilenos que necesitaban apoyo. Siempre dispuesta a resolver todos los problemas de los chilenos que llegaban a su casa en Bonn; entre ellos, don Raúl.*

A partir de 1973 el Cardenal Raúl Silva viajaba cada año a Europa a juntar dinero para sus múltiples proyectos y tareas. Solía venir alrededor del 10 de noviembre, el mes más feo del año con lluvias, neblinas, humedad y las luces prendidas durante todo el día.

En nuestra zona (Bonn/Colonia) se festeja en esas fechas el día de San Martín, donde cada pueblo hace su desfile. San Martín anda a caballo con su manto y su espada. Le siguen todos los niños con sus padres con linternas hechas por ellos mismos, algunas son verdaderas obras de arte. Se hace un inmenso fuego fuera del pueblo y todos cantan las típicas canciones regionales que hablan de la leyenda de San Martín, de cómo partía su manto para darle la mitad al humilde mendigo. Después del desfile, los niños pasan con sus linternas en grupos por las casas de sus vecinos cantando y pidiendo dulces.

Estando en Bonn, Don Raúl venía siempre a cenar a nuestra casa. En una oportunidad, le tocó esta visita de los niños y también la típica comida de estas fiestas: ganso asado. Era la primera vez que venía a casa, y yo estaba muy nerviosa porque un Cardenal que sabía gustar de la comida estaría en

mi casa. Pensaba: “Ojalá me quede bien el ganso”, porque los gansos no son siempre iguales, hay jóvenes y viejos, y los viejos son al mismo tiempo duros. Pero esta vez el ganso parecía bueno. Esa noche había otros amigos chilenos tomando su aperitivo. Cuando llegó el Cardenal, todos se levantaron para ofrecerle el mejor asiento. ¡El Cardenal eligió el peor! Había en casa un sofá que en el traslado de Chile había sufrido un poco. Cuando uno se sentaba, se separaban los pies y a veces el asiento se caía. Justamente a este sofá se dirigió el Cardenal. Yo, inmediatamente me senté al lado de él sujetando el sofá. Para esto tenía que poner un brazo detrás de su espalda. Era atroz, y yo estaba muerta de nervios y tiritando de susto. De a poco me calmaba porque el sofá milagrosamente quedaba firme. Cuando quería soltar el sofá para pasar a la mesa, me dí cuenta de que durante la última media hora en vez de sujetar el sofá sujetaba el hombro del Cardenal. Don Raúl ni se movía, estaba atento a la conversación sin mostrar ni una reacción. A partir de esa noche yo adoré a don Raúl y no le temí nunca más.

## “¿Qué ha hecho mi diablito bueno?”

Cristián Torres V.

*Perteneció a la Aldea S.O.S. cuando el Cardenal solía ir todos los fines de semana. Hoy, Cristián estudia Derecho en la Universidad de Concepción y pone en práctica las herramientas de vida que su Aldea le entregó.*

**C**onocí al Tío Cardenal en el año 1980, cuando yo tenía 6 años de edad e ingresaba a la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca.

Recuerdo que cada semana nos visitaba y preparaba la misa especialmente para nosotros, los niños de la Aldea. Asistí a muchas de sus misas, él me dio mi Primera Comunión y se convirtió en mi confesor; más tarde me confirmaría a Jesús... Son privilegios que pocos hemos tenido.

Pero más allá de lo estrictamente religioso, el Tío Cardenal significó otras cosas en mi vida. Él nos demostraba mucho cariño, no sólo por nuestra condición tan especial (menores en situación irregular), sino por ese amor ilimitado y desinteresado que él siente hacia los niños.

Recuerdo que cuando me confesaba siempre me tomaba las orejas, y como en un gesto de reprobación exclamaba: “¿Qué ha hecho mi diablito bueno?”; terminada la confesión venían las infaltables golosinas que nos regalaba.

También me viene a la memoria una anécdota que ocurrió cuando un compañero y yo nos acercamos a hablar con el Tío Cardenal. Nuestro propósito era saber si él podía conseguirse instrumentos musicales para formar una banda, le sugerimos -inocentemente- que usara sus contactos con los militares u otras personas, a lo cual nos contestó: “Es que a mí los

militares no me quieren mucho, pero voy a ver lo que puedo hacer”. Dos semanas después, llegó él con una banda instrumental completamente nueva para que nosotros pudiéramos tocar.

Cuando se habla del Tío Cardenal su figura adquiere para mí un significado más profundo, porque además de su importante cargo religioso, él es un hombre de paz, de bien; que entregó toda su vida al servicio de los demás, que hizo posible nuestra Aldea S.O.S., gracias a la cual hoy puedo integrarme a la sociedad y ser una persona útil en ella. Es gracias a esta obra del Tío Cardenal, que yo hoy puedo estar estudiando en la Universidad en 5° año de Derecho, situación a la cual no habría podido llegar sin la ayuda y el apoyo de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, institución por él fundada y a la cual dedicada todos sus fines de semana.

Resumiendo lo anterior, el Tío cardenal significa en mi vida, la Aldea S.O.S. en sí misma, que es como mi segunda madre; la persona que respeto, de quien tengo el más grande agradecimiento y cariño, sentimiento que es compartido por todos los que de alguna manera estuvimos con él y vivimos en la Aldea S.O.S. Punta de Tralca, quienes siempre lo recordaremos como “Nuestro Tío Cardenal”.



## Enseñar humildemente a los humildes

Luz Matilde Torres M.

*Ser mamá sin serlo, amar a niños que necesitaban amor y comprensión; es la tarea que asumió "la Mati". La Aldea S.O.S. de Punta de Tralca requería de este aporte generoso y abnegado que hacía tan feliz a don Raúl.*

**E**scribir mi testimonio de los años compartidos con Su Eminencia, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, es un privilegio maravilloso, es hablar de una persona que entregó su corazón a los niños y especialmente a los de la Aldea S.O.S. en Punta de Tralca; como también a los más necesitados.

Todo comenzó en abril de 1984, cuando la Congregación de los Sagrados Corazones, a través de su Provincial, la Hna. María del Carmen Pérez me pidió ir a la Aldea S.O.S. por solicitud del señor Cardenal.

En ella, tendría que velar por la pastoral de niños y adultos, y en lo educacional por la relación entre la Aldea y los Colegios.

Poco a poco mi tarea se fue haciendo vida y sobre todo fue involucrando mis sentimientos, donde al trabajar recibía el testimonio y las enseñanzas de quien empecé a querer tanto: "el Tío Cardenal", él era y es para nosotros, niños y adultos, muy importante.

Todos los días sábado, a partir de las 16:00 horas, el Tío Cardenal visitaba la Aldea. Los niños lo esperaban ansiosos en largas filas poniendo su mirada en esas mallas cargadas de dulces que él traía en sus manos. A cada uno les regalaba golosinas y una *palmadita* de cariño.

Después, se daba el tiempo de confesarlos y los más pequeños le confiaban las pillerías de la semana. Recuerdo que siempre me decía: "Mati,

todo lo que hagamos por estos niños no es un trabajo perdido”.

De esta forma conocí su bondad, su paciencia, su constancia, su paternidad y su inmensa capacidad de amar. Día a día me nutría de esa vivencia que facilitaba una tarea que a veces era difícil.

Como todos sabemos, él es una persona que alcanzó grandes cargos en la Iglesia y se relacionaba con personajes de alto rango.

Pero yo les puedo contar de su capacidad de enseñar humildemente a los humildes.

Recuerdo, como si fuese hoy, cuando le confié el temor e inseguridad que sentía cuando al sentarnos a la mesa debía utilizar una variedad de servicios que yo no acostumbraba. Él me dijo que no me asustara, yo sólo debía fijarme como él lo hacía. Generalmente me sentaba a su lado izquierdo y sin que nadie se diera cuenta me hacía pequeños guiños de ojo para que pudiera seguirlo sin temor.

Otra cosa que recuerdo con tanto cariño es como él se alegraba con mi risa, que tantas veces yo había tratado de educar y pulir. La exagerada espontaneidad al reír, a veces me avergonzaba. Él, sin embargo, gozaba con mis carcajadas e incluso buscaba motivos para provocarlas.

Estos pequeños hechos hablan de la grandeza de su persona.

Dentro de su autoridad y de un rostro que para algunos a veces pareciera serio o parco, yo conocí a un padre cariñoso con los niños, con las personas sencillas y en momentos de confianza también conocí a un Pastor que sufría con las preocupaciones y dolores de los demás.

Siempre nos animó con el gran mandamiento, “Amémonos unos a otros como Jesús nos ha amado”. Esta cita del Evangelio iluminó decisiones y momentos de gran intimidad.

Querido Tío Cardenal, gracias por esos maravillosos diez años, donde compartimos risas, llantos, preocupaciones y también grandes satisfacciones que me reconfirmaron en la fe y en una vocación de servicio a mis hermanos.

Con cariño y gratitud, Tía Mati.

## Gracias Cardenal

Hugo Trivelli F.

*¡Cuántas jornadas de esfuerzos comunes luchando por la justicia social! Siempre el nombre de Hugo estará presente en el corazón de don Raúl por su testimonio en favor de los campesinos, tan queridos por ambos.*

Quizás estas simples palabras del título sean las más adecuadas para expresar mis sentimientos sobre don Raúl. Como chileno, como cristiano, valorizo esta oportunidad para poder manifestar mis agradecimientos a un personero de nuestra Iglesia Católica quien con su actitud, su mensaje y sus obras ha marcado profundas huellas en el acontecer del país.

No corresponde extenderme en la inmensa tarea realizada por el Cardenal; ya lo hicieron otros y hay muy buenas publicaciones al respecto. Lo que se me ha pedido es mi testimonio sobre él en razón de los contactos y conocimientos que haya podido tener con el Pastor en el transcurso de mi vida.

Uno de mis primeros recuerdos fueron conversaciones sostenidas con don Raúl a fines de los años 50. El era Presidente de Cáritas-Chile y yo desempeñaba el cargo de Director de Agricultura. No me acuerdo con certeza de muchos de los temas abordados. Pero, en general estaban relacionados con el tema de alimentos para los pobres.

Siempre su preocupación fueron los pobres. Particularmente de los que vivían en el campo, algunos de los cuales, bajo el alero de la Iglesia Católica, mostraban su descontento con el régimen laboral impuesto por el sector patronal en la explotación de los viñedos del valle central.

Le inquietaba también el lento desarrollo de la producción agrícola chilena. Quería tener la evidencia de que el país disponía de recursos más que suficientes para producir los alimentos que requería la población y, aún más, dejando excedentes exportables.

También tengo presente cuando con su tesón acostumbrado ideó e impulsó la Financiera de Interés Social (FINTESA), entidad precursora del Banco del Desarrollo. Tuve, asimismo, la oportunidad de estrechar contactos en los seis años en que actué como Ministro de Agricultura bajo la Presidencia de Eduardo Frei Montalva.

Un rasgo que siempre me cautivó era su enorme interés por llevar a término las acciones que consideraba indispensables para dignificar a la persona. Le interesaba todo el país, toda la Iglesia, toda su gente. Fiel a la enseñanza evangélica, no hacía discriminación de personas.

Una de sus preocupaciones más fuertes era la triste condición de vida que aquejaba a los campesinos en Chile. Le dolía la pobreza, la sumisión, el temor y la inseguridad, transmitidos de padres a hijos. Como era de aquellos que predicán y practican, tomó una decisión audaz para la época. En su calidad de Arzobispo de Santiago, junto con el Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín, se desprendieron, en 1962, de cinco predios agrícolas de sus diócesis, traspasándolos a los propios trabajadores. Fue la Reforma Agraria de la Iglesia Católica. Fue un gesto no político, sino profético; era una enseñanza para el país hecha con el ejemplo. Abrió paso, a poco andar, a la Reforma Agraria del Estado que transformó el agro nacional.

Colaboré con don Raúl para llevar a buen término el desafío que representaba el proceso de reforma en las tierras entregadas por las diócesis. Allí aprecié una vez más, cómo en su persona se conjugaban ricas facetas que lo convertían en un gran creador y un eficiente ejecutor. Era un hombre visionario. Lo constaté, por ejemplo, cuando decidió crear un organismo técnico y autónomo, para respaldar y orientar la Reforma Agraria en los predios cedidos por la Iglesia. Surgió entonces el Instituto de Promoción Agraria (INPROA) como instrumento para ayudar a superar la marginalidad campesina mediante la capacitación, la participación y la solidaridad.

En una visión más global puedo afirmar que siempre he admirado su capacidad y nobleza para enfrentar muchos conflictos. En sus momentos tensos, mostraba un rostro enérgico al que sabía darle paso a huellas de ternura. Conviene recordar que durante su misión de Pastor, el país conoció

---

cuatro gobiernos pasando de la democracia al régimen militar. También le correspondió guiar una Iglesia que comenzaba a experimentar las profundas reformas introducidas por el Concilio Vaticano II.

Lo considero un hombre con los pies muy firmes frente a la realidad. Un hombre múltiple capaz de dar respuestas creativas. Muchas de estas respuestas constituyen valiosos hitos que van delineando su rica personalidad.

Para terminar, me atrevo a decir que don Raúl ha sido para nosotros el Defensor de los Pobres, el Catequista Formador, el Profeta de la Justicia y más que nada -afirmaría yo- el Amigo de Dios.

Sí, el Amigo de Dios. Aquí está su fuerza, toda su humanidad, toda su proyección. Como señalaba un vicario muy cercano a él: "El Cardenal cultiva una relación personal y directa con el Señor. Le manifiesta su queja y su desacuerdo; pero, más a menudo, su gratitud y confianza. Pareciera que el Señor estuviera sentado junto a él".

Considero que la suma de estos rasgos es -sin duda- lo que ha hecho posible que en nuestra patria la figura del Cardenal Silva Henríquez, se mantenga en primer plano hasta nuestros días.

## Un homenaje especial Padre Marcial Umaña

*La "Gioconda", lo llamaba con picardía don Raúl, por la carcajada estridente del Padre Marcial. Su conversación amena y el profundo e incondicional afecto para el Cardenal, se tradujeron en una gran hermandad.*

**E**sto tiene que haber sucedido después de 1973. Los rectores de los colegios del Arzobispado decidimos rendirle un homenaje al Cardenal Silva. Éramos un grupo muy unido, Julio Dutilh, Hugo Rubilar, Alfonso Puelma, Roberto Polain y Guillermo Monckeberg, los tres últimos descansan junto al Señor. Pensamos realizar este acto en el teatro Caupolicán, hoy Monumental, nos parecía un lugar adecuado; no disponíamos de muchos ni de pocos fondos, así que le encomendamos la misión al Padre Luis Eugenio Silva, quien era sobrino del dueño del teatro y lo consiguió sin dificultades y gratis.

Llegaron nuestros alumnos y repletaron todas las localidades; mucha alegría, espontaneidad, ingenio, deseos de participar; parecía que cada uno quería ser el actor principal, el divo de la función; todo esto se concretó en discursos, cantos, himnos, bandas, coros, poemas y representaciones.

Llegó nuestro invitado y la euforia fue desbordante, una aclamación prolongada y entusiasmada, hubo aplausos, cantos y gritos, como siempre. En el discurso inaugural nos dimos cuenta de que el silencio era difícil, sin duda era un presagio de lo peor.

Durante el resto del acto -en medio de un ruido que no mermó-, los gritos eran cada vez más efusivos, sonaban las bandas, por supuesto

improvisadas, y también había cantos y consignas.

Llegó un momento en que la batahola era incontrolable. Los rectores tratábamos de controlar los nervios, disimulábamos la perplejidad y el desconcierto no tenía límite. Mirábamos a los profesores, les abríamos los ojos, hacíamos señas, colocábamos todo tipo de caras, pero la respuesta era siempre la misma, un imposible absoluto, lo cual significaba atenerse a las consecuencias; sabíamos muy bien, y se nos hacía más patente, que la responsabilidad no se delega. En medio de mi bochorno no me atrevía a mirar al Cardenal Silva. Finalmente, y de reojo, lo hice; me dí cuenta con máxima nitidez que sonreía.

Después, como todas las cosas, el homenaje terminó y cuando nos despedíamos, con la caballerosidad que siempre caracterizó a don Raúl, nos invitó a almorzar a su casa. Agradecemos, nos despedimos y comenzamos a conversar con nuestros ayudantes, mejor dicho, a retarlos, a pedir investigaciones y anunciar las más drásticas medidas disciplinarias. Mientras íbamos a la calle Simón Bolívar, donde vivía el Cardenal, nos preparábamos para lo peor. Sólo una esperanza: él también había sido rector de colegio.

Cuando llegamos, hubo una recepción muy amable y con una inmensa sonrisa nos dijo: “No se imaginan lo contento que me sentí esta mañana, en medio de tanta prohibición y de tantos derechos coartados, un espacio libre donde había verdadera alegría”.

## **Carta a don Raúl** **Rodolfo y María Valdés**

*Compañeros asiduos de don Raúl en los últimos tiempos. Rodolfo, Presidente del Directorio de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, compartieron esfuerzos y alegrías para darles un futuro digno a los niños.*

**Q**uiero don Raúl:  
Tenemos a nuestra vista la carta de fecha 4 de octubre de 1977, en la que nos pide que lo acompañemos en su nueva obra, la Aldea de Niños S.O.S. de Punta de Tralca. Nuestra respuesta fue inmediata: "Nada puede ser para nosotros más honroso y más gratificador que aportar, aunque sea modestamente, nuestra colaboración en el servicio a nuestros hermanos, a las órdenes de nuestro Pastor".

¡Cuántos años han pasado! Cuántas veces el tema de la Aldea y sus niños nos juntaron compartiendo la sagrada eucaristía en esa maravillosa, diáfana y alegre misa dominical en que los pequeños brindaban a Jesús sus cantos, su inocencia y su amor al "Tío Cardenal", expresado en un fuerte abrazo de paz... Muchas veces le oímos decir que esta labor con los niños era su predilecta, ya que a través de ella sentía que vivía más profundamente su vocación salesiana, de hijo de Don Bosco.

Cuántas veces compartimos su mesa engalanada con los ricos platos preparados por la Hna. Socorro o la Madre Merceditas en Punta de Tralca, o por la Teresa y la Juanita en Santiago, y bebimos el vino que don Arturo Cousiño le ofreció cuando usted fue nombrado Cardenal, y que nunca más faltó....



Cuánta sabiduría recibimos de sus consejos: “Busquen colaboradores económicos, porque algún día puede faltar la ayuda de Austria...”; “Quieran mucho a los niños , a las mamás y a las tías, cuídenlas, sin ellas la obra se derrumba...”; “Los pecados contra el sexto mandamiento son graves, pero más graves son los contra la caridad y la justicia...” .

Y del tema de la Aldea, fácilmente se pasaba al tema de la propia familia: la nuestra y la suya. Así, supimos de su santa madre , de su padre ausente por motivos políticos, de los problemas económicos del molino. Supimos de cómo la mamá le cuidaba de la voracidad de los hermanos, el guindo aquel, cargado de fruta, para cuando usted llegara al campo; para entonces, los pájaros ya habían dado cuenta de las guindas. Escuchamos de sus propios labios el relato de su expulsión del Liceo Alemán por insolente, y cómo años más tarde, siendo Arzobispo de Santiago, el Padre Federico le dio unas tardías excusas... Por nuestra parte le contábamos de nuestros hijos y de las gracias de nuestros nietos.

Cuando dejó la sede arzobispal, nuestros contactos fueron más frecuentes: una noche a la semana lo acompañábamos a la hora de comida y conversábamos alegremente disfrutando de sus inagotables historias e ingeniosas frases: “Que a las diez, en la cama esté, mejor antes que después”. Estábamos ya en la hora de retirarnos...

Luego vinieron los días de menor actividad por causa de su salud delicada. Entonces, las veladas eran en torno a una mesa con un juego de dominó en el que, por un motivo u otro, usted ganaba a los demás..... Por esos días, la linda vista que se contemplaba desde su refugio en Punta de Tralca había cambiado por una amplia ventana abierta al jardín de su casa en calle Los Pescadores donde, desde su sillón, observaba las lindas flores y los pajarillos que revoloteaban. Sus reflexiones eran entonces sobre la belleza de la naturaleza creada por Dios y la libertad de los seres vivos...

Y hoy descansa en Macul, en las tierras a las que usted como salesiano dedicó tantos esfuerzos y que le dieron tantas satisfacciones, rodeado del afecto de sus hermanos y amigos. Recordamos especialmente la celebración de sus bodas de oro de sacerdote, junto a los RR. PP. Weiss, Cifuentes y Muñoz, en la cual también tuvimos la suerte de estar presentes.

Pero, don Raúl, ya antes de la Aldea S.O.S., lo conocíamos por la brillante labor que desarrolló en Cáritas Chile, organizando una gigantesca campaña para la distribución de alimentos a los necesitados, a lo largo de

todo Chile. Un anuncio de lo que luego sería su lema de Obispo: “La caridad de Cristo nos urge”. Más tarde, como Arzobispo, movido por el mismo espíritu, realizó la Reforma Agraria de los campos de la Iglesia de Santiago apoyado por don Manuel Larraín, y que despertó tantas críticas. ¡Con cuánta verdad pudo decir usted, cuando lo nombraron Hijo Ilustre de El Quisco: “Mi principal preocupación ha sido siempre servir a los más pobres!”

Usted nos ayudó mucho cuando teníamos a nuestro cargo el Movimiento Familiar Cristiano. Juntos vivimos la aventura del cambio de estructura del Colegio Seminario Pontificio Menor, donde estuvo a punto de dejarnos en la estacada, cuando los miembros del Movimiento ya habíamos retirado a nuestros hijos de los colegios en que estaban para ponerlos en el Seminario. En esos días viajaba usted al Vaticano a recibir el capelo cardenalicio y don Manuel Larraín le dijo: “Juégate, Raúl, por esto en el Vaticano”.... Cuando la angustia de los papás ya se transformaba en desesperanza, recibimos el telex en el que nos daba el “vamos”.

Recordando ahora, cuando usted cumple 90 años, todo lo que le debemos: la riqueza de su amistad, la enseñanza de la verdad y la justicia, el afecto de su hermana Clementina -la increíble y simpática “abuela loca”-, pensamos: ¿Cómo podemos agradecerle estos largos años de amistad y de cariño?

Sólo podemos decir: ¡Qué Dios se lo pague, don Raúl!

---

## **Buen Pastor, Padre de los pobres**

### **Mons. Manuel Camilo Vial**

*Gran colaborador y amigo de don Raúl; siempre Camilo estuvo muy cercano a las hermosas tareas emprendidas por el Cardenal. Se entendieron como dos almas gemelas en la búsqueda del amor a Dios y el amor entre los hombres.*

Cuando en marzo de 1980, el Papa me pidió que aceptara ser obispo auxiliar del Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, me invadió un gran temor basado en la gran figura que representaba el Cardenal y en el hecho de tener que asumir como Vicario de la Zona Sur de Santiago. El tiempo se encargaría de demostrarme que los años vividos junto a este Pastor son los más lindos e importantes de mi vida.

Desde el primer momento me acogió para compartir su responsabilidad de Pastor junto al colegio de vicarios que le acompañaban. Admiré su forma de gobernar compartiendo su carisma de Pastor con todos nosotros. El Cardenal daba su confianza y se jugaba por entero respaldando a sus colaboradores en la misión que les había encomendado. Personalmente lo pude comprobar en momentos muy duros y difíciles que nos tocó vivir entre los años 80 y 84 en la Arquidiócesis de Santiago. Era el tiempo de las protestas, las tomas de terrenos; tiempo de mucha pobreza y innumerables violaciones a los derechos humanos. Un tiempo de mucha violencia que dejó profundas heridas en gran parte del pueblo chileno. Jamás podré olvidar la impresión de don Raúl en la visita al campamento Cardenal Silva Henríquez, que era producto de una toma de terrenos; lloró desconsoladamente junto a los pobladores, les dirigió unas emotivas palabras y nos encargó en forma

perentoria que nos ocupáramos de la situación de esos hermanos que estaban viviendo en la indignidad.

También sabía corregirnos y aconsejarnos para ser los pastores que el Señor y nuestros hermanos esperaban de nosotros, por eso tenían gran importancia las reuniones del Consejo de Gobierno y del Consejo de Vicarios; igualmente importantes eran sus invitaciones de cada miércoles donde junto a sus vicarios departía la comida preparada con mucho cariño por el personal que le atendía en su casa de Simón Bolívar. Estos ágapes enriquecían muchísimo nuestra convivencia de equipo y nos alentaba en nuestra tarea pastoral. El Cardenal era el centro de la conversación y pudimos aprender de su experiencia y sabiduría; él supo animarnos en los momentos difíciles para no decaer y perder la esperanza. Fue muy valiente y jamás se escabulló frente a las grandes dificultades y desafíos que se presentaban cada día.

Pese a los duros tiempos que se vivían, pudimos experimentar el gozo de una Iglesia pletórica de vida y dinamismo, muy cercana al pueblo. Fuimos testigos de Cristo predicando y haciendo realidad el Evangelio de la Solidaridad y de las Bienaventuranzas. Pudimos realizar la experiencia de un gran Pastor, profeta de su pueblo que supo encaminarnos a la reconciliación y la paz con su testimonio de respeto y amor a la vida. ¡Cuántas veces nos impregnó de sensatez y espíritu sobre natural para juzgar las difíciles situaciones que debíamos afrontar!

Muchas veces nos encontramos con su paternidad sacerdotal que, como Jesús, había hecho una opción preferencial por los pobres y los pecadores. El Cardenal tenía una profunda vida interior que se trasuntaba permanentemente en sus conversaciones y en sus testimonios de vida. Era un buen rezador; un gran salesiano, con una devoción profunda a la Santísima Virgen; muy amigo de los jóvenes y de los niños, a quienes se dedicó por entero, más aún después de dejar su cargo de Arzobispo.

Nuevamente el Cardenal creyó en nosotros, sus vicarios, con la Misión Joven, que tanto bien significó para la Iglesia de Santiago y de Chile. Fue una bendición para la juventud que, sintiendo el llamado de Jesucristo, retomó el camino por el cual Él les quería conducir para su plena realización y felicidad.

Al cumplir 90 años don Raúl, quiero agradecerle al Señor por el regalo extraordinario de no sólo haber conocido a este personaje providencial para

---

la historia de Chile y de su Iglesia, sino el haber colaborado con él , experimentando personalmente su paternidad sacerdotal, su sabiduría y su amistad. He podido vivir con él momentos de grandes pruebas, pero también de mucho regocijo. Serán imborrables en la ceremonias en la Catedral de Santiago, celebrando la Pascua de Jesucristo entre nosotros. De él recibí y aprendí muchas cosas que le han dado sentido a mi episcopado y me permiten tener un testimonio concreto de lo que me he propuesto: ser un “Buen Pastor, padre de los pobres”.

¡Gracias, don Raúl, le deseo muchas bendiciones del Señor y su Santísima Madre. Que pueda gozar del premio que se merece por haber servido y amado con tanto cariño a los hijos más pequeños de Dios!

## El Cardenal de los pobres Padre Octavio Vío H.

*El “chico Vío”, lo llamaba el señor Cardenal cariñosamente. Compañero y amigo de don Raúl en tantos fines de semana en Punta de Tralca. Solícito y preocupado hasta el último detalle por las cosas y la vida de su amigo.*

**M**i trato más cercano con Raúl se inició en los años 1950 y 1951, cuando fue nombrado nuestro Director en el Instituto Teológico, ubicado, entonces, en La Cisterna. Desde ese momento trabé una amistad muy profunda, que se fue acentuando con el correr del tiempo. Encontré en él a un director espiritual íntegro, de cálida acogida y un amigo del alma.

Saboreé desde entonces, lo que dice la Biblia: “El que encuentra un amigo, encuentra un tesoro”. Sus sabios consejos me han acompañado a lo largo de todo mi sacerdocio, desde 1951. Sus respuestas y sus juicios eran certeros e impregnados del optimismo de San Francisco de Sales. Después de aconsejarme con él, yo volvía a mi trabajo impregnado de esperanza.

Durante más de veinte años, desde 1970 a 1993, fui invitado frecuente del señor Cardenal a Punta de Tralca y al Melocotón, un invitado más bien anónimo.

En este largo período de amistad y compañía, se produjeron innumerables hechos hermosos y relevantes. Sin embargo, me parece oportuno relatar dos anécdotas muy sencillas, pero significativas.

Nos encontrábamos en Punta de Tralca; era el domingo dedicado a la Santísima Trinidad. Con su acostumbrada sencillez, fue discurriendo durante la prédica sobre las tres Divinas Personas y su unidad en un solo Dios. En

seguida, descendió al terreno práctico, haciendo hincapié en cómo, a partir desde ese misterio, se podía descubrir el valor de toda persona humana, imagen y semejanza del mismo Dios, aunque éstas estuvieran muy desfiguradas, incluso por el pecado o el vicio. Terminada la misa, mientras volvíamos a la sacristía, se acercó una señora solicitando hablar sólo unos breves instantes con él. El señor Cardenal accedió gustoso. Ella, muy emocionada le dijo: “Señor Cardenal, sus palabras me han impresionado mucho. Vengo, pues, a pedirle perdón, porque yo lo he ofendido mucho a usted. Ahora he comprendido cuánto vale toda persona. Perdóneme, señor Cardenal”. Y antes de que ella hubiera terminado de hablar, él le respondió no menos emocionado: “Señora, quédese usted tranquila. Usted no me ha ofendido. El buen Dios nos abre sus brazos a todos, pobres pecadores. Sinceramente le agradezco su gesto tan noble”.

En otra ocasión -como de costumbre, después de la misa- había muchas personas que deseaban saludarlo, recibir su palabra y su bendición, o sacarse una fotografía de recuerdo. Entonces un matrimonio se me acercó y me contó que su hijita, de unos siete años, también quería conocer al señor Cardenal. Él la recibió con gran ternura, le obsequió unos confites y respondió sus inocentes preguntas. Al despedirse, le preguntó: “¿Por qué deseabas conocerme?”. Ella sin titubear respondió: “Porque usted es el Cardenal de los pobres...”. Luego la acompañé hasta donde estaban sus padres. Al abrazarlos, me di cuenta de que se había echado a llorar desconsoladamente. Pasados unos instantes, les pregunté qué sucedía. Ellos me contestaron que su hijita sentía mucha pena porque su querido Cardenal estaba tan viejito, y “¿qué sería, entonces, de los pobres?”.

Doy gracias a Dios por haberme concedido la gracia de conocer tan de cerca al Cardenal Silva, cuya figura magnánima se levanta a la altura de los grandes profetas bíblicos y sobre todo fiel réplica de Cristo, el Buen Pastor que se desvive por su grey y da su vida por ella.

## El silencio del mar

Monseñor René Vío V.

*Monseñor Vío, era el Vicario de la Zona Rural Costa, nombrado por el señor Cardenal, fue un queridísimo amigo de don Raúl. Cada vez que René llegaba a verlo la alegría del del señor Cardenal era inmensa. Gozaba con su compañia, su amistad y su conversación.*

### El Hombre

“¿Por qué Dios me hace esto: el otro día cayó Ismael y ahora te enfermas tú...?”

Sentado muy cerca de mí, con voz entrecortada por el dolor, se quejaba el sincero y cordial amigo, Raúl, aquel día en que tuve una hemorragia bucal estando como de costumbre, alojado en su casa, donde me cuidó con un cariño y una delicadeza que nunca podré olvidar.

Es en realidad un hombre tierno, de sensible corazón, que se manifiesta más bien en privado; ternura muchas veces opacada por esa apariencia de hombre frío, silencioso, serio; en una contextura maciza y robusta.

La sensibilidad de don Raúl hay que vivirla, sentirla para apreciarla. Su tierna sensibilidad para llorar, para acoger, para acompañar, para recibir su suave amistad; para escuchar en los momentos en que uno tiene ansias de ser atentamente escuchado por alguien que a uno lo quiera. Todo este acervo de su rica personalidad, que su timidez trata de ocultar, es lo que el señor Cardenal va entregando de sí a medida que la amistad se ahonda, hasta llegar a una fraternidad muy rica que nunca se apaga por tan grande riqueza y valor.



## Hombre Profundamente Religioso

No es un místico como nosotros imaginamos que sean los místicos. Es un hombre práctico. No es tampoco un gran lector que dependa mucho de cada libro de turno, francamente no es un intelectual a la manera como se suele denominar a nuestros grandes intelectuales. Es un hombre de Dios a su manera y a la manera que le enseñaron en su Congregación Salesiana. Diría que es eminentemente salesiano.

Su vida es su consagración, su religiosidad, su contemplación. Utiliza medios sencillos en su cotidiana vida espiritual. Implacable cumplidor del rezo cotidiano del breviario que jamás se siente dispensado de su rezo constante, hasta quedarse dormido en su escritorio en las noches, cabeceando sobre las Completas del breviario. Una Fidelidad absoluta.

Su misa diaria y muy temprana, en los días laborales, en las vacaciones; lo primero y lo insustituible es la celebración matinal de la Santa Misa, eso no se posterga nunca ni se reemplaza por nada.

La Imitación de Cristo”, su librito compañero de todo el tiempo.

Las jaculatorias como “Dios mío y mi todo”, “Señor mío”; dichas en voz casi imperceptible pero repetidas varias veces, sobre todo en momentos difíciles, que no pocos tuvo en su gestión.

Cada vez que el señor Cardenal pasaba por alguna iglesia se persignaba como lo suelen hacer nuestros vecinos antiguos, pero él lo hace con un gesto muy suyo de respeto y veneración.

Sus grandes devociones: María Auxiliadora, San Francisco de Sales, Don Bosco. Grande admiración a la rica personalidad de su Padre Fundador, cuyos sueños, gestión organizadora, don de dirección de jóvenes -como insigne educador-, él repetía con mucha frecuencia y trataba de hacerlas suyas.

## El Cardenal y la Naturaleza

Otro aspecto interesante de su personalidad tan suya, tan irrepetible, son sus vínculos silenciosos muy personales con la naturaleza.

Sobre todo su cariño infantil y tierno hacia los pajaritos. Francamente no he conocido otro hombre que quiera tanto a las aves del cielo como lo fui constatando en nuestra vida tan entrelazada por tantos contactos cercanos y fraternales.

Gozaba intensamente con los pájaros. Me contaba que cuando niño hacía trampas para cazar pajaritos vivos y los mantenía en jaulas allá en Loncomilla, y cómo uno de sus hermanos le espantaba los cautivos con gran dolor y rabia de Raúl. No olvidaba fácilmente aquellos momentos de dolor al verificar que en su jaula no estaban ya sus amigos.

A mí, muchas veces se me hacían largas las horas en que junto al mar nos deteníamos a contemplarlos en los aledaños de Punta de Tralca, cerca de la casa de Pablo Neruda -su amigo-; por horas interminables, en silencio ese hombre pletórico de preocupaciones pastorales se quedaba mirando, sin hablar, sin moverse de su sitio, sin hacer ninguna consideración de cómo las olas iban y venían en su constante movimiento y en su rugir amenazador.

El mar lo sumergía en sus profundidades más íntimas, necesitaba del mar pues lo reconfortaba mucho en su ardua labor pastoral, no siempre tan placentera como todos sabemos.

Había en su alma mucho de la sencillez de nuestros hombres del campo tan adherido a la tierra, al mar, a las aves, a los animales; a Dios en su Obra.

### **Su Arte de Mandar**

Si algo caracteriza a este hombre de Dios es, sin lugar a dudas, su gran clarividencia para mandar sin hacer sentir que manda.

Creo que su obra maestra fue la formación del equipo de gobierno de su Arquidiócesis de Santiago. El equipo de vicarios y colaboradores suyos fue numeroso, formado por sacerdotes para que participaran con él de su gestión, de su autoridad, de su rica personalidad. Confiaba íntegramente en aquellos a quienes escogía como sus colaboradores más cercanos, compartía su autoridad con ellos dando la sensación de absoluta responsabilidad, pero lo que él exigía es que no se le mantuviera ignorante de la gestión de cada uno; que las realizaran con independencia, pero que él supiera lo que se había resuelto; quería información respetando la interpretación que el vicario creía conveniente. Al sentirse uno respaldado por el Cardenal, obraba como en algo propio y no ajeno. Gran habilidad: entregar todo lo que se pueda para bien de la gestión encomendada.

Todos quienes trabajamos con él alguna vez, tenemos el mismo sentimiento de profundo cariño y gran admiración por este hombre providencial con quien Dios nos dio la gracia de compartir.

## **La ofrenda de un condiscípulo**

**Padre Carlos Weiss R.**

*Pocos amigos tienen el privilegio de compartir 70 años de vida, de formación, de emociones. El Padre Weiss, compartió con don Raúl desde los días de liviana juventud hasta hoy, en la meditación y el reposo de la madurez.*

**L**os 90 años del Cardenal Raúl Silva son nuestra gran ocasión para ofrecerle un homenaje.

Toda una larga historia en nuestro vivir nacional, una polifacética actividad en el trabajo de la viña del Señor; cada cual presenta sus palabras de amistad agradecida.

Invitado a presentarme con una ofrenda personal, me es grato señalar algunos rasgos de mi compañero de estudios, que corresponden a la convivencia estudiantil, mientras nos preparábamos para nuestro futuro eclesial en misión salesiana.

Tres aspectos deseo expresar sobre la figura de mi condiscípulo Raúl, que son como el germen de lo que, con el tiempo, fue creciendo y desarrollando para actuar en forma oportuna para el agrado de tantos.

### **Su corazón humano**

Donado por Dios, corazón hecho de carne y no de piedra, sensitivo a la caridad social en toda su problemática.

Un corazón rebosante de bondad expresada en su buen trato, en la simpatía cotidiana, en la ayuda durante la vida estudiantil.

El Corazón de Jesús se hizo presente en él. Presente para acompañar como amigo en el camino, y así, continuar juntos conversando de proyectos a futuro, no en simple teoría sino en vivencias.

A ese corazón, Jesús iba moldeándolo como cera blanda, como arcilla pastosa a cocer en el fuego de la experiencia cotidiana.

### **Su inteligencia**

Ágil, sutil, penetrante y de servicio.

Luego de recibirse de abogado, Raúl inició su noviciado salesiano junto a Alberto. Ya profesos, y después de trabajar en colegios, juntos fuimos enviados a Turín, Italia, para nuestra formación teológica y espiritual salesiana.

Las clases de Derecho Canónico, donde ellos dos gozaban *un mundo*, y que a mí se me hacían un “plato difícil”, se esclarecían con el apoyo de Raúl que explicaba “tan clarito”.

Esa misma inteligencia sería un motor de servicio para los futuros trabajos que Jesús le tenía reservados. Sería una lámpara encendida para guiarlo en noches oscuras en los tiempos que entonces comenzaban con sus nuevas ideologías, vivencias y desórdenes a todo nivel social.

De vuelta a Chile, nos correspondió el trabajo en terreno. Luego de practicar la docencia, Raúl continuó con intensas tareas: fue profesor de Teología, director del colegio Arriarán Barros, condujo la construcción del templo en la Gran Avenida y de la Casa Salesiana de Lo Cañas. Más tarde sería nombrado Obispo, Arzobispo y, finalmente, Cardenal.

### **Su límpida sencillez**

Raúl nunca se complicaba. Cuando estábamos en Turín salíamos a recorrer la ciudad a pie, él y Alberto se detenían frente a la agencia La Stampa para saber más de noticias internacionales. Durante el camino nos separábamos a ratos y luego comentábamos nuestras impresiones sobre la actualidad y los escenarios de teatro, que era lo que a mí me gustaba.

Durante las vacaciones -en hermosas regiones alpinas- nos juntábamos todos los latinos, que éramos muy unidos. Raúl era uno de los que disfrutaba de la simpleza de las caminatas por las praderas y los juegos de dominó por la tarde.

## Corazón de un Pastor

Sergio Wilson P.

*Colaborador y admirador incondicional de don Raúl. Sergio siempre estuvo atento a entregarle cariño y amistad.*

Sólo a mi llegada a Santiago, en 1963, tuve la oportunidad de conocer directamente al personaje que marcaría mi vida: el Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Un grande y común amigo, Arsenio Alcalde Cruchaga, con quien me relacioné desde mi cargo de Delegado Regional de la Cámara Chilena de la Construcción, fue quien me convenció ese año de dar el paso de trasladarme desde mi ciudad natal Concepción, para servir en el Plan Pastoral de la Iglesia en Chile, que presidía el señor Cardenal, don Raúl Silva Henríquez. Pude, de esta manera, realizar mi vocación social en el entonces Departamento Económico Social del Episcopado, DES; que formaba parte del programa. Eran años señeros para nuestro país.

Superados los avatares propios de una gran obra que se inicia -especialmente la falta de presupuesto e incluso de oficinas y otros medios a los que estaba acostumbrado-, pudimos despegar con un primer gran proyecto: el relanzamiento de las Semanas Sociales de Chile, en diciembre de 1963, cuyo tema central fue "La Comunidad Nacional", siendo su sede la Universidad Católica. En su concepción y realización seguíamos la pauta de las famosas Semanas Sociales de Francia.

El comité directivo era cuidadosamente pluralista, dado especialmente la proximidad de las elecciones presidenciales de 1964. Lo presidía el querido y recordado amigo, Camilo Pérez de Arce y su Vicepresidente era

el destacado abogado, profesor y economista, don Julio Chaná Cariola. El asesor doctrinario era el distinguido profesor Carlos Domínguez Casanueva, integrante del equipo del Instituto de Desarrollo, IDE, que pasé también a integrar bajo la dirección de otro gran amigo : Sergio Ossa Pretot. El IDE era la institución clave para las inmensas obras sociales del Cardenal Silva Henríquez.

Estas primeras Semanas Sociales fueron todo un éxito, contando con la bendición del Santo Padre, que envió un mensaje especial. Pero el momento de las conclusiones fue difícil; se desplegaron grandes esfuerzos para “consensuarlas” y como también fracasara, se consideró la posibilidad de dar a conocer sólo unas “líneas de acción” o “conclusiones provisorias”, en medio del desencanto general.

En eso estábamos cuando don Raúl, que parecía como al margen de esta disyuntiva, se levantó con su arrolladora personalidad y convicción, y pronunció una contundente alocución final que comenzó con estas inolvidables palabras: “Estas conclusiones podrán ser todo lo provisorias que ustedes quieran, pero yo las hago mías”. Asunto zanjado, en medio del indescriptible entusiasmo y del regocijo general de cientos de profesionales, académicos, técnicos y dirigentes que habíamos trabajado arduamente durante meses en la preparación de las Semanas Sociales y por más de dos días en comisiones, talleres y plenarios, tratando de diseñar lo que debería ser el desarrollo solidario de nuestro país en los años próximos para convertir a Chile en una verdadera Comunidad Nacional.

Fue mi primer gran encuentro con el señor Cardenal o don Raúl, como lo llamábamos con gran afecto y confianza. En sus Memorias, él ha tenido la amabilidad de hacer una cordial referencia a este episodio.

En el trabajo del DES y del IDE continuaron los contactos con el señor Cardenal, los que se estrecharon más profundamente en la segunda mitad de los años 70. En esa época, después de ser exonerado del Ministerio de la Vivienda el 1976, yo había reiniciado un intenso trabajo profesional y social para enfrentar una gran necesidad de ese momento: la defensa jurídica de los pobladores en materia habitacional; como muchos dirigentes de ese vasto y querido sector social me lo solicitaron.

Esta labor pudo afianzarse, gracias a la colaboración que me pidió ese otro gran pastor de la Iglesia de Santiago, Monseñor Enrique Alvear, Vicario

Episcopal de la zona oeste y, posteriormente, en la Vicaría de la Solidaridad, fundada también, como se sabe, por el Cardenal Silva Henríquez. Hasta el fallecimiento de don Enrique, en abril de 1982, nos unió una muy estrecha amistad y comunidad de ideales al servicio de los pobres.

De esa obra y de esta relación brota en 1978 el germen de la Fundación para la Acción Vecinal y Comunitaria, AVEC; creada con el concurso inestimable del mismo Arsenio Alcalde, del padre Juan Bagá, del dirigente poblacional Hugo Flores y del padre Mario Zañartu y varios otros amigos. En 1980, desempeñándome ya como Administrador de Bienes del Arzobispo de Santiago, por nombramiento del propio señor Cardenal, cargo que serví por diez años, el señor Arzobispo quiso respaldar esta obra y la reconoció como persona moral de la Iglesia, otorgándole personalidad jurídica de derecho canónico. Recuerdo que cariñosa y socarronamente me dijo el señor Cardenal : “Wilson, hombre, ahí tienes un paraguas, pero si te detienen yo no te voy a defender ...”

De ahí en adelante el tema de la vivienda social me unió estrechamente con el Cardenal Silva Henríquez hasta la actualidad. A través de la constante y profunda relación que tuve y mantengo con él y del conocimiento de su verdadera personalidad, más allá de esa imagen un poco distante, pude apreciar ese corazón de pastor y de amigo, fiel a su divisa episcopal: “la caridad de Cristo nos urge”. Pude comprender, de esta manera que la extensa y profunda obra social y humanitaria del Cardenal no tuvo ni ha podido tener otro fundamento que su entrañable amor a Dios encarnado vivamente en el rostro sufriente de los pobres, que él se ha dedicado de un modo preferente de servir.

No olvidaré nunca su palabra encendida cuando en marzo de 1984, en la inauguración de la sede de la Cooperativa Abierta de Viviendas que, ante nuestra majadera insistencia aceptó que llevara su nombre y que fuera creada junto a los comités de ahorro de los pobladores promovidos por la Fundación AVEC, por el sacerdote jesuita, padre Julio Stragier en representación del Hogar de Cristo y por mí en representación de AVEC. Dijo el señor Cardenal con ese vozarrón y esa convicción tan suya: “Los pájaros tienen su nido, las raposas tienen su guarida, pero el hijo del hombre de mi patria no tiene dónde reclinar su cabeza“. Eran años de un dramático déficit habitacional.

Rindo este breve testimonio con emoción y sentimiento por este gran hombre, obsequio de Dios a nuestra patria, con el afecto filial de quien ha tenido el privilegio de estar por muchos años cerca suyo y gozar de su entrañable amistad.



## Su más amargo cáliz

José Zalaquett D.

*Don Raúl y Pepe se jugaron por entero por la dignidad y los derechos del hombre. Se conocieron en la Universidad Católica a principios de la década del setenta. Posteriormente por distintos caminos ambos se jugaron con inteligencia y alma a defender a los perseguidos por el régimen militar.*

**B**ien se sabe que don Raúl Silva Henríquez fue uno de los protagonistas señeros de la vida nacional, durante el período quizás más dramático que ha vivido nuestra patria, cuando la lucha y división entre los chilenos llegó a socavar las bases mismas de nuestra convivencia, culminando con el golpe militar de septiembre de 1973 y los años de régimen militar.

Tuve el privilegio de conocer al Cardenal Silva en los tiempos de mi trabajo en el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, la institución ecuménica de protección de los derechos humanos que se creó, en octubre de 1973, bajo sus auspicios y los de un conjunto de otras iglesias.

Sólo en unas pocas ocasiones traté directamente con él. Fue en momentos particularmente críticos, en que se requería de su decisión personal, habiéndose agotado lo que podían hacer sus obispos auxiliares y otros representantes suyos. Es sobre este aspecto que puedo entregar un sucinto testimonio, que se sume al de tantos otros que lo conocieron mejor y en un más amplio rango de sus múltiples dimensiones como hombre y como pastor.

Don Raúl sufría en carne propia, vívida e íntimamente, la división

entre los chilenos y la injusticia. Pienso que concebía la concordia, la justicia y la fraternidad como las expresiones superiores de la virtud del amor en la vida en sociedad, y padecía las agudas divisiones políticas, la injusticia y las violaciones de los derechos humanos, como un estado trágico y profundamente perturbador: el imperio del desamor.

Personalmente lo violentaban las situaciones de tensión y enfrentamiento, pero no rehuyó las exigencias de sus responsabilidades como pastor, tanto al intentar acercar las posiciones entre los bandos políticos en contienda, en los últimos meses del gobierno de Allende, como más tarde, socorriendo a los caídos, en circunstancias tremendamente difíciles y confrontacionales.

Quiso el destino que este hombre, que no parecía hecho sino para la paz y la concordia, cargara sobre sus hombros las más graves responsabilidades durante los oscuros tiempos del reinado de la discordia. Fui testigo, en más de una oportunidad, de la desgarradora tensión entre su propia naturaleza, tan por entero orientada al entendimiento, y la necesidad en que se encontró de enfrentar crisis particularmente agudas con las autoridades militares.

Ese fue su más amargo cáliz. A semejanza de su Maestro, deseó que lo apartara de sí, pero fiel a Él, en último término nunca dejó de beberlo.

Transcurren los años y la labor de justicia y de amor de aquellos tiempos, que tanto debió a este hombre bueno, crece en la estima del pueblo chileno y se levanta además como un ejemplo fecundo que ha inspirado a otras naciones, que pasan o han pasado por trances semejantes.

Muchas son las personas amigas de don Raúl que merecen estar en este testimonial.

Sin embargo, hubo que limitar la invitación. Noventa y cuatro personas entregaron su testimonio con motivo de los 90 años que cumplió el señor Cardenal el 27 de septiembre de 1997.

Ellos y don Raúl son los verdaderos autores de este libro.

